

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



SAN BERNARDO

SU VIDA Y LA OBRA DE SU VIDA ESTÁ EN CLARAVAL
ENSEÑANDO A LOS HOMBRES CÓMO AMAR A DIOS

... Sacando hombres de todos los caminos de la vida,
modelándolos a semejanza de Cristo, y enseñándolos
lo que enseñó al Emperador Conrado,

ENSEÑÁNDOLOS A EMPEZAR A SER AGRADECIDOS A DIOS...

La Parroquia, con sus dependencias
Sociales, es el centro de la vida
católica.

V. H.

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en **BESSACHS**
(GIRONELLA)

**PUBLICACIONES
CRISTIANDAD**

Hacia el Cuarto Año Jubilar	10 pesetas
Catolicismo o barbarie	35 pesetas
Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón	30 pesetas
Emisaria de Cristo Rey	30 pesetas

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual	100'— Ptas.
Semestral	50'— »
Trimestral	25'— »
Número ordinario	5'— ptas.
Encuadernar	25'— »
Tomo encuadernado	125'— »

Precio de este ejemplar: 7,50 ptas.

Actualidad

Una de las características fundamentales del apostolado y de toda la actividad de los católicos en los tiempos presentes es sin duda la preocupación de la actualidad. Signo de época de crisis, aparece este tema constantemente en los labios y en la pluma de cuantos de un modo u otro se entregan a una tarea apostólica o apologética. Y por cierto con toda la gama de matices que da a tal expresión el brotar en ocasiones de un sentimiento profundo y aún trágico de la trascendencia de esta «gran hora de la conciencia cristiana», o en el caso opuesto, el haberse convertido en un tópico, estrechamente relacionado con el afán de novedad que caracteriza a los que son dominados por la superficial obsesión de lo que llaman «estar al día».

Cuando este «afán de novedad» empapado de espíritu naturalista, ha ido acompañado, como consecuencia, del olvido del valor eterno del elemento sobrenatural en la Iglesia, ha llevado a buscar y exigir de ésta una evolución «que la adapte a la mentalidad de nuestros tiempos» a desear una Iglesia transigente incluso con el error y con el mal.

En otros casos no llegamos ciertamente a esto, mas bien creemos emprender el camino opuesto. No sólo concediendo, sino insistiendo en la inmutabilidad de los principios de la Iglesia y en la eficacia permanente de sus medios sobrenaturales, pasamos en seguida, creyendo sacar una conclusión obvia e inmediata, a entregar toda nuestra atención e intención, en orden al deber urgente que nos incumbe responder a lo que de nosotros reclaman las circunstancias y lo que los tiempos exigen, a la tarea de actualizar nuestro apostolado en el orden de los medios naturales.

La consecuencia lógica de nuestro discurso nos parece clarísima, en el fondo, no obstante, venimos a razonar en el sentido de que, puesto que Dios es eterno e inmutable, la actualidad ha de conseguirla el hombre. Si esta actualidad que debemos alcanzar viene exigida, en efecto, por el plan de Dios que exige nuestra cooperación en la tarea de la salvación de las almas, ello nos parece un nuevo argumento para llevar de nuevo toda nuestra atención al orden de los medios humanos, naturales.

* * *

¿Por qué los católicos, nos preguntamos, han influido menos de lo que debieran en la vida pública y en el orden internacional, en la estructuración de un orden social, en la marcha de la vida económica del mundo? ¿Por qué no poseer la más poderosa prensa al servicio de la verdad? ¿Por qué no domina el catolicismo el mundo de las ideas filosóficas, la literatura y el arte? ¿Por qué no son los más poderosos productores cinematográficos?... A todas estas preguntas se responde con otras que vienen a ser un examen de conciencia propuesto a los católicos acerca de su adaptación a los tiempos, a su darse cuenta de la eficacia de los medios de la técnica y la vida moderna en orden a la lucha en el complicado ambiente en que los enemigos de la Iglesia han usado de todos estos medios con tan universal eficacia para combatir a Cristo.

* * *

Grave es la responsabilidad de los católicos en estos tiempos, Pío XII nos ha intimado recientemente: «A nadie es lícita la indolencia, a nadie la inercia... ¡Que jamás en lo sucesivo se pueda decir que los hijos de este siglo son más prudentes que los hijos de la luz, que jamás sean menos activos éstos que aquéllos!»

Ha llegado la hora de la acción. Sólo una legión de orantes puede dar la paz social. Estas enérgicas palabras pontificias, expresión en el fondo de una misma orden de mando, que nos convoca a una gran movilización de espíritu cristiano, es decir, de espíritu sobrenatural, que nos llama, en una palabra, a la santidad, las entendemos a veces

como si la acción apostólica a que nos llama consistiese esencialmente en las actividades naturales.

De aquí que el insistir en que en los medios sobrenaturales y únicamente en ellos se funda toda nuestra esperanza, aunque a la vez se diga que «debemos usar de los medios naturales de todas las maneras posibles, los cuales sin embargo reciben sólo de la divina gracia su valor y eficacia para la propagación del Reino de Dios, «nos deja a veces sin comprender bastante estas verdades, sea por no conocer suficientemente el valor y eficacia de la oración, sea también por olvidar que la vida sobrenatural no consiste únicamente en ella sino en la actuación de todas las virtudes, bajo el imperio de la caridad y brotando de la radical renovación del espíritu por la gracia divina.

* * *

En el presente número presentamos al lector uno de los ejemplos más ilustres de influencia social de la santidad. San Bernardo de Claraval, el hombre a quien no importaban en sí mismas la ciencia ni el gobierno, el contemplativo que quiso vivir siempre escondido en el seno de una familia de monjes, el Cister, que consagrados a la oración y al trabajo manual, no parecían aspirar a ejercer influencia alguna en la sociedad, y que frente a Cluny habían representado desde los tiempos de San Roberto «el Rebelde» (1) un movimiento de pobreza, de renuncia al mundo, y aún de desprecio por cualquier elemento de esplendor humano, el hombre que por ello fué el eje de Europa durante la primera mitad del siglo XII, el promotor de la Cruzada, el consejero de los Papas y de los reyes, el que osó enfrentarse con Abelardo y Arnaldo de Brescia, el defensor de la unidad de la Iglesia en tiempos de un grave Cisma...

Por su entrega absoluta al amor de Cristo crucificado, su única ciencia, por su contemplación profunda y tierna de los secretos divinos, su ardiente celo por la fe, y sólo por ello, San Bernardo fué el que había de recoger las consecuencias sociales de aquel movimiento de radicalismo sobrenatural que representó el Cister.

«El espíritu de los santos, su persona y su acción—se escribió hace poco en *CRISTIANIDAD*—vive y perdura en la Iglesia porque es algo eterno y divino, es de actualidad imperecedera, sin merma ni decadencia». Y ello porque siempre la santidad, que es la total y verdadera cooperación al trabajo de Cristo, es la que produce la verdadera actualidad en la tarea de la Iglesia de regenerar espiritualmente al mundo.

Los santos son siempre los hombres del día, los que verdaderamente resuelven los problemas concretos de los hombres y de las sociedades. Y ello hoy de un modo especial deberemos tenerlo presente, porque ¿no deberíamos tener la sinceridad de comprender que la Iglesia estaría completamente derrotada en el mundo moderno, en el orden de los medios naturales, y sobre todo que puesto que esto mismo nos obliga a entregarnos al trabajo en todos los campos que nos sea posible, cualquier actividad en la esfera concreta de actividades humanas exigirá en primer término un heroico espíritu de sacrificio que sólo una fe viva y una caridad ardiente nos puede dar? ¿Cómo tener los católicos una gran prensa, auténticamente cristiana?, por ejemplo, y así podríamos repetir las preguntas que antes hacíamos. Y a todas y de un modo concretísimo deberemos responder que la primera condición que causará todas las otras infaliblemente deberá siempre ser el espíritu de los santos: Pobreza y humildad, fe viva y caridad apostólica. Y una esperanza sólida, que sólo el espíritu sobrenatural podrá comunicarnos.

F. C.



(1) Vid. *Tres Monjes Rebeldes*, de M. Raymond, O. C. S. O.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

- EDITORIAL. Actualidad (págs. 377 y 378).
Exhortación a la justicia y a la caridad (Encíclica «Summi Moeroris») (págs. 379 y 380).
Carta de S. S. al Director general del Apostolado de la Oración (pág. 381).
Cluny y Cister, por María Asunción López (págs. 382 y 383).
¿Un judío en el Pontificado?, por Pablo López Castellote (págs. 384 y 385).
Monjes y caballeros, por Fernando Serrano (págs. 386 y 387).
Somos los hijos de los cruzados..., por Carlos Felio de Travy (págs. 388 y 389).
Reims-Estrasburgo, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 390 y 391).
Sólo Dios sabe si la guerra es inevitable entre Rusia y Occidente (págs. 392 y 393).
El sentido de Cruzada en Ísigo de Loyola, (VIII), por el P. Ramón Orlandis, S. I. (págs. 394 a 396).
Conciencia Social y espíritu de reforma, (II), por Francisco Hernanz (págs. 397 a 398).
Cruzada de Occidente: Mensaje a Juan, por C. (págs. 400 a 402).
Historia de una conversión y de una vocación monástica, por Manuel de Montoliu (págs. 403 y 404).
Notas bibliográficas, (págs. 404 y 405).
La política en el mes (págs. 406 a 408).
La renuncia de Leopoldo III, por J. O. C. (pág. 408).

ADVERTENCIA.—CRISTIANIDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

EXHORTACION A LA JUSTICIA Y LA CARIDAD

Encíclica SUMMI MAERORIS

Venerables hermanos: Salud y Bendición Apostólica

SUMMI maeroris non desunt Nobis summaeque laetitiae causae. Siquidem ex una parte cernimus multitudines undique gentium per Sacrum, qui voluitur, Annum Romam confluere, ibique insigne communis fidei, fraternae concordiae incensaeque pietatis praebere spectaculum; idque tali peregrinantium numero, qualem per saeculorum decursum haec alma Urbs, tot celeberrimos experta eventus, umquam adhuc non vidit. Quas quidem innumeras multitudines amantissimo Nos excipimus animo, paterno recreamus alloquio ac novis praeclarisque propositis sanctitatis exemplis, ad morum renovationem christianaque perfectionem vitae, non sine uberibus fructibus, revocamus.

Ex altera tamen parte oculis observantur Nostris publicae eiusmodi populorum conditiones, quae graves Nobis sollicitudines anxitudinesque afferant. De concilianda tandem optatissima pace utique a multis disseritur, scribitur, praedicatur; sed ea, quae solida huius pacis fundamenta esse debent, a nonnullis vel negleguntur, vel aperte repudiantur. Etenim, haud paucis, locis non veritas, sed mendacium fucata quadam ratione effertur; non amor, non caritas fovetur, sed odium excitatur ac livida simultas; non civium concordia extollitur, sed seditiones commoventur ac turbae. Atqui, ut sinceri ac cordati homines fatentur, hoc agendi modo neque invicem discrepantes Nationum causae, quae in praesens acriter agitantur, recte componi possunt, neque proletariae classes ad meliorem fortunam, ut oportet, adduci. Nihil enim umquam boni peperit odium, nihil mendacium, nihil seditio. Opus est quidem indigentem plebem ad statum homine dignum evehi; non tamen vi, non tumultuationibus, sed iustis legibus. Necesse quidem est controversias omnes, quae populos seiungunt ac dividunt, quam primum dirimere veritate auspice, iustitia duce.

Dum tetris caelum infuscatur nubibus, Nos, quibus Nationum omnium libertas, dignitas, prosperitas tantopere cordi sunt, facere non possumus quin omnes cives eorumque moderatores ad pacem, ad concordiam adhortemur. Considerent omnes quid bellum, ut experiundo novimus, afferat; ruinas, mortem omneque genus miseriarum. Progrediens aetas talia instruxit ac letifera, quae possunt non modo exercitus ac classes, non modo urbes, oppida, pagos, non modo inestimabiles religionis, artis, culturae thesauros ad interitum reducere, sed insontes etiam pueros, eorum matres, aegrotos debilesque senes. Quidquid pulchrum, quidquid bonum, quidquid sanctum hominum ingenium edidit, id omne, vel fere omne destrui potest. Si igitur bellum, nostris praesertim temporibus, sanae cuiusvis menti tamquam aliquid omnino horrificum atque mortiferum observatur, fore sperandum est ut —probis omnibus entitentibus, iis praesertim, quorum in manibus populorum sunt sortes— obscurae ac minaces caeli nubes, quae trepidos in praesens animos tenent, arceantur; ac gentibus tandem aliquando pax veri nominis illucescat.

Attamen, quandoquidem novimus «omne datum optimum et omne donum perfectum desursum esse, descendens a Patre luminum» (cfr. Iac. 1, 17), opportunum ducimus, Venerabiles Fratres, publicas iterum indicere supplicationes ad populorum impetrandam conciliandamque concordiam. Pastoralis vestrae sollicitudinis erit greges vobis concreditos non modo ad impensas Deo admovent-

MOTIVOS de sumo dolor y de suma alegría no nos faltan, ciertamente. Ya que por una parte vemos a muchedumbres de todas las naciones concurrir a Roma, en el presente Año Santo, y dar aquí un insigne espectáculo de la común fe, de concordia fraterna y de ardiente piedad; y esto en tal número de peregrinos, cual no vió jamás en el curso de los siglos esta alma ciudad, testigo de tan ilustres hechos, en innumerables multitudes, que Nos acogemos con ánimo amantísimo, confortamos con lenguaje paterno y, proponiéndoles nuevos y preclaros ejemplos de santidad, llamamos no sin frutos abundantísimos a la renovación de las costumbres y a la perfección de la vida cristiana.

Mas, por otra parte, contemplamos con nuestros ojos la situación pública de las naciones, tal que Nos causa graves sollicitudes y angustias. Ciertamente que por muchos se discurre, se escribe y se habla acerca de la consecución de la tan deseada paz: pero aquello que debe ser el sólido fundamento de esta misma paz, es por algunos despreciado, o abiertamente rechazado. Y así, en no pocos lugares, no la verdad, sino la mentira, se anuncia, disfrazada de cierta apariencia de razón; no se fomenta el amor y la caridad, sino que se excita el odio y la ciega rivalidad; no se ensalza la concordia entre los ciudadanos, sino que se promueven sediciones y disturbios. Según reconocen todos los hombres sinceros y sensatos, con tal modo de obrar no pueden hallar solución recta las causas de discrepancia que dividen hoy a las naciones, ni se elevan como conviene las clases obreras a mejor condición. Pues nunca el odio engendró bien ninguno, ni la mentira y sedición. Es ciertamente preciso levantar al pueblo indigente a una condición digna de hombres; pero no por la fuerza, ni por agitaciones, sino con leyes justas. Es necesario que todas las controversias, que hoy oponen y dividen a los pueblos, sean cuanto antes dirimidas, bajo los auspicios de la verdad y teniendo por guía a la justicia.

Mientras el cielo se entenebrece con negras nubes, Nos, que tan en el corazón llevamos la libertad, la dignidad y la prosperidad de todas las naciones, no podemos dejar de exhortar a todos los ciudadanos y a sus gobernantes a la paz y a la concordia. Consideren todos qué traen consigo las guerras, como por experiencia lo hemos aprendido: ruinas, muerte y todo género de miserias. El progreso de los tiempos inventó y preparó armas tales, crueles y mortíferas, que pueden destruir no sólo los ejércitos y escuadras, las ciudades, las fortalezas y los pueblos, y no sólo pueden hacer perecer inestimables tesoros de la religión, del arte y de la cultura, sino también dar muerte a los niños inocentes, a sus madres y a los ancianos enfermos y débiles. Cuanto el ingenio humano creó de hermoso, de bueno y de santo, todo ello, o casi todo, puede ser destruído. Si, pues, la guerra, de un modo especial en estos tiempos nuestros, es considerada por cualquiera que tenga la inteligencia sana como algo absolutamente horrible y mortífero, hay que esperar, esforzándose todos los hombres honrados y principalmente aquellos en cuyas manos está la suerte de las naciones, que las oscuras y amenazadoras nubes del cielo, que tienen al presente temblorosos los ánimos, se alejen, y brille por fin alguna vez para las naciones la paz verdadera.

Sin embargo, puesto que sabemos que «toda dádiva buena y todo don perfecto de arriba viene, descendiendo del Padre de las luces», juzgamos oportuno, Venerables Hermanos, ordenar de nuevo públicas preces para procurar y conciliar la concordia de los pueblos. Será cuidado de vuestra pastoral sollicitud no sólo exhortar a la grey a vosotros confiada para que eleve a Dios fervorosas ora-

das preces adhortari, sed ad piae etiam paenitentiae expiationisque opera excitare, quibus Aeterni Numinis maiestati, tam gravibus criminibus privatim publiceque laesae, grata praebeatur satisfactio.

Dum vero, pro officio vestro hanc invitationem Nostram cum christifidelibus communicaturi estis, eos etiam admonetote quibus ex principiis liceat rectam ac solidam haurire pacem, et quibus rationibus oporteat eam componere ac confirmare. Ea siquidem, ut probe nostis, ex christianis tantummodo principiis christianisque praeceptis, sincere religioseque in usum deductis, haberi potest. Haec enim homines ad veritatem, ad iustitiam, ad caritatem advocant; eorum cupidinibus modum imponunt; sensuum facultates compellunt ad rectae obedientiam rationi, rationem autem movent ad obtemperandum Deo; omnes denique iubent, eos etiam qui civitates Nationesque regunt, debitam libertatem religioni agnoscere, utpote quae non modo ad sempiternam nos conducatur assenquendam salutem — quod quidem praecipuum est — sed ipsius etiam rei publicae fundamenta tueatur.

Ex iis, quae diximus, facile cernitur, Venerabiles Fratres, quam longe il li absint a vera ac firma procuranda pace, qui sanctissima Catholicae Ecclesiae iura proculdant; qui sacros ministros a suo officio libere obeundo prohibeant eosque etiam in vincula vel in exilium coniciant; qui litterarum ludos, scholas ceteraque instituta, quae christianis regantur normis, vel praepediant, vel omnino proscribant ac deleant; qui denique erroribus, calumniis atque obscenitatibus omne genus populorum ac flexanimam praesertim iuventutem ab integritate morum, ab innocentia, a virtute ad corruptelarum vitiorumque oblectamenta pertrahant.

Ac patet etiam quam longe a veritate aberrant qui falso criminantur hanc Apostolicam Sedem ac Catholicam Ecclesiam percipere ut nova habeatur belli conflagratio. Numquam quidem defuere, neque remotis neque proximis temporibus, qui exercitibus subiugare populos contenderent; at Nos a pace recte concilianda non destitimus unquam; at Ecclesia non armis, sed veritate subicere gentes desiderat, easque ad virtutem et ad humanum divinumque cultum conformare. Etenim «arma militiae nostrae non carnalia sunt, sed potentia Deo» (2 Cor., 10, 4).

Haec omnia aperte doceatis oportet; quandoquidem tum solummodo, cum nempe christiana praecepta in tuto ponantur ac privatam moderentur publicamque vitam, tum solummodo sperare licet fore ut, humanis compositis rebus, civium classes populi ac gentes fraterna concordia copulentur.

Impetrent a Deo communes, quae habebuntur, supplicationes ut incensa haec vota Nostra effecta dentur; ut nempe non tantum, divina adspirante gratia, omnium mores christiana virtute renouentur, sed publicae etiam populorum rationes ita quam primum ordinentur ut, iniusta restincta in ceteros dominandi cupidine, singulae Nationes debita fruantur libertate; quam quidem debitam libertatem et religioni sanctissimae et suis omnibus civibus concedant, quemadmodum divina humanaque iura postulant.

Qua spe freti, cum vobis singulis universis, Venerabiles Fratres, tum clero populoque vestro, il lique peculiari modo, qui hortationi huic Nostrae volenti obtemperabunt animo, Apostolicam Benedictionem, caelestium auspiciem gratiarum Nostraeque benevolentiae testem, amantissime in Domino impertimus.

Datum Romae, apud S. Petrum, die XIX mensis Iulii, anno MDCCCCL, Pontificatus Nostri duodecimo.

ciones, sino también excitarla a piadosas obras de penitencia y expiación, por las que ofrezca una satisfacción agradable a la majestad del Dios eterno, ofendida por tan graves pecados privados y públicos.

Y cuando, conforme a vuestro oficio, comunicuéis a los fieles esta invitación Nuestra, enseñadles también de qué principios puede brotar una recta y sólida paz, y por qué medios conviene que ésta sea obtenida y confirmada. Porque ésta, como sabéis bien, sólo por los principios y preceptos cristianos, llevados sincera y religiosamente a la práctica, puede conseguirse. Pues éstos llaman a los hombres a la verdad, a la justicia, a la caridad; moderan sus concupiscencias; obligan a las pasiones sensibles a someterse a la recta razón, y mueven a la razón a obedecer a Dios; a todos obligan, aún a los que gobiernan los Estados y las naciones, a reconocer la debida libertad a la religión, de modo que no sólo nos lleve a conseguir la eterna salvación, lo que es, ciertamente, lo principal, sino que también tutele los mismos fundamentos de la sociedad civil.

Por las cosas que hemos dicho, Venerables Hermanos, fácilmente se comprende cuán lejos están de procurar la verdadera y firme paz los que conculcan los derechos de la santísima Iglesia Católica; los que impiden a los sagrados ministros el ejercicio libre de su oficio, y aun los reducen a prisión o destierro; los que impiden o absolutamente proscriben y destruyen las escuelas o centros de educación regidos según las normas cristianas; los que finalmente con errores, calumnias y obscenidades desvían a gentes de toda condición, y especialmente a la tierna juventud de la integridad de costumbres, de la inocencia, y la arrastran de la virtud a los engaños de la corrupción y del vicio.

Y es también patente cuán lejos de la verdad están los que falsamente acusan a esta Sede Apostólica y a la Iglesia Católica de desear una nueva conflagración. Nunca faltaron, por cierto, ni en los tiempos remotos ni en los próximos, quienes se esforzaron en subyugar a los pueblos con las armas; mas Nos nunca hemos desistido de conciliar rectamente la paz, pues la Iglesia desea someter a las naciones no con las armas, sino con la verdad, y conformarlas según la virtud, la religión y la recta convivencia social, pues «las armas de nuestra milicia no son carnales, sino las del poder de Dios».

Es necesario que enseñéis abiertamente todo esto; pues que sólo entonces, a saber, cuando los preceptos cristianos sean firmemente guardados e informen la vida privada y pública, entonces solamente podremos esperar que, arregladas las cosas humanas, se unan en fraternal concordia las clases sociales, los pueblos y las naciones.

Las comunes oraciones que se harán, impetren de Dios que estos Nuestros ardientes deseos se vean cumplidos, y así no sólo por la gracia divina se renueven las costumbres cristianas por la virtud, sino que también las públicas condiciones de los pueblos se ordenen lo antes posible, de modo que, extinguido en los ánimos el injusto deseo de dominar sobre los demás, cada una de las naciones disfrute de la libertad debida; justa libertad que concedan también a la religión santísima y a todos sus ciudadanos, al modo como lo reclaman los derechos divino y humano.

Apoyados en esta esperanza, a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y pueblo, y de un modo especial a los que obedezcan con ánimo pronto a esta exhortación Nuestra, impartimos amantísimamente en el Señor la Bendición Apostólica, auspicio de las gracias celestiales y testigo de Nuestra benevolencia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 19 de julio del año 1950, duodécimo de Nuestro pontificado.

AJUSTANDOSE CON FERVOR A NUESTRAS INCITACIONES

Tenemos la firme confianza de que lo antes posible otros muchos refuerzos de fieles han de acudir con ardiente fervor a este generoso certamen de plegarias y obras de expiación.



*Al Amado Hijo Federico Schwendimann, S. I.,
Director General Delegado del Apostolado de la Oración*

PIO PAPA XII

Amado hijo: Salud y Bendición Apostólica.

No sin especial consuelo, hemos sabido que esta Asociación del Apostolado de la Oración, ajustándose con fervor a nuestras incitaciones, ha proclamado para el presente Año Santo una como «Cruzada de Oración y buenas obras de penitencia», para atraer con más abundancia las divinas misericordias sobre el género humano, desgarrado por tantos conflictos, y por tantas angustias gravemente fatigado.

Todos los que desean tomar parte en este sagrado combate, procuren principalmente, por lo menos un día entre semana, asistir al Sacrificio de la Misa, acercándose al sagrado altar, ofreciendo la que llaman comunión reparadora, y rezar todos los días el Santo Rosario, con la familia reunida en casa en cuanto sea posible.

Ahora bien, de todos los confines de la tierra, como hemos oído con suma complacencia, no sólo los que están inscritos en el Apostolado de la Oración, sino otros muchos fieles, han dado generosamente su nombre a esta Cruzada de oraciones. Por esto, en muchas regiones, gracias también a las exhortaciones de los Prelados y a la intensa ayuda de los miembros de la Acción Católica, se celebran con más asistencia y mayor devoción las funciones piadosas, especialmente en honor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, los cuales deben ser levantados y mostrados a todas las gentes, como banderas de paz y caridad.

A ti, pues, y a todos los asociados al Apostolado de la Oración, felicitamos cordialmente por los frutos hasta ahora recogidos, y al mismo tiempo tenemos la firme confianza de que lo antes posible otros muchos refuerzos de fieles han de acudir con ardiente fervor a este generoso certamen de plegarias y obras de expiación. Esto responde de manera clara y maravillosa a los fines propuestos por Nos para el Año Santo.

Apoyados en esta feliz esperanza, como anhelo de los dones celestiales y prenda de Nuestra particular benevolencia, a ti, amado hijo, a los compañeros de tus proyectos y trabajos, y a todos los inscritos en la «Cruzada de oraciones», concedemos, con todo el amor en el Señor, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 1.º del mes de julio, fiesta de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, Año 1950, de Nuestro Pontificado el duodécimo.

PIO PAPA XII

Dilecto Filio Friderico Schwendimann, S. J., Moderatori Generali Delegato Consociationis ab Apostolatu Orationis.

PIUS PP. XII

Dilecte Fili,
salutem et Apostolicam Benedictionem

Non sine peculiari animi delectatione agnovimus, consociationem istam ab Apostolatu Orationis in Sacrum vertentem Annum, Nostris monitis studiose obsequentem, indixisse veluti «Cruciatam precum piorumque pœnitentiæ operum», ut divinæ misericordiæ generi humano, tot conflictationibus dilaniato angustiisque graviter laboranti, copiosiores arcessantur. Omnes autem qui sacrum ejusmodi certamen inire volunt, curare præsertim debent, ut semel saltem in hebdomada sacrificio Missæ intersint deque altari libent, quam Communionem reparatricem vocant, et Mariale Rosarium, quantum fieri potest, collecta domi familia, quotidie recitent. Jam vero ex omnibus partibus terrarum orbis, ut libentissime accepimus, non modo ii, qui Apostolatu Orationis inscripti sunt, sed bene multi e ceteris fidelibus pio supplicationum certamini hilares nomen dederunt. Itaque multis in regionibus ipsis cohortantibus sacrorum Antistitibus sociisque Actionis Catholicæ enixe adjuvantibus, majore frequentia et impensiore studio religionis pietatisque officis celebrantur, præcipue in honorem sacrorum Cordium Jesu et Mariæ, quæ, quasi pacis et caritatis vexilla, sunt omnibus gentibus ostensioni attollenda. Dum igitur de fructibus hucusque perceptis tibi cunctisque ab Apostolatu Orationis sodalibus ex animo gratulamur, firmiter fore confidimus, ut plura alia fidelium agmina in generosum precatationum expiationisque operum certamen quam primum alacriter descendant. Hoc enim consequendis finibus a Nobis per Annum Sacrum propositis plane ac mirifice respondet. Qua quidem lætissima spe erecti, in auspiciis cælestium donorum, inque peculiaris Nostræ caritatis pignus, Apostolicam Benedictionem tibi, Dilecte Fili, tuisque consiliorum laborumque sociis et universis «Cruciatæ precum», adscriptis amantissime in Domino impertimus.

Datum Romæ apud Sanctum Petrum, die I mensis ulii, in festo Pretiosissimi Sanguinis D. N. J. C., Janno MDCCCCL, Pontificatus Nostri duodecimo.

PIUS PP. XII.

CLUNY Y CISTER

El portero de Cluny manda a los siervos que abran los anchos portales de la Abadía. Desde su ventana ha visto que se acerca el séquito del Abad, y, dada la orden, vuelve a su observatorio. Su rostro rubicundo muestra profunda satisfacción al ver el lucido cortejo que se acerca. Diríase que es más suntuoso que el de los duques y príncipes que visitan la Abadía. El Abad Pons sabe rodearse del fausto adecuado. Le preceden más de cincuenta lacayos y pajes con largas y peinadas pelucas y deslumbrantes libreas. Le siguen, por lo menos, cien acémilas y carros cargados de cajas repletas de los más variados enseres; vajillas, manjares escogidos, muebles, candelabros, mantelerías, edredones, lujosos paramentos de lecho, y, en medio de la comitiva, ¡qué arrogante se muestra el Abad, vestido de «ricas pieles y tejidos de precio, largas mangas, holgada capucha» y montado en su soberbio caballo enjaezado como el de un rey!

La vista de la grandiosa Abadía evoca en su mente la inmensidad de sus posesiones; castillos, tierras, granjas, innumerables siervos que aseguran abundantes cosechas, prestigio que llena las arcas... de todo es rey absoluto. La fundación de Cluny así lo dispone, y ¡ay del sacrilego que por cualquier medio intente limitar su soberanía! ¡Con qué fruición repasa mentalmente las maldiciones que el fundador, Guillermo de Aquitania, lanzó contra el osado que atentara contra ella! «Caiga bajo la cólera de Dios y lo horre del libro de la vida... que la tierra lo trague... que el infierno lo queme vivo... sea compañero de Judas y con él encadenado a los suplicios eternos... ya en vida sufra los efectos de la condenación... sea su suerte la de los sacrilegos que profanan la casa de Dios... no tenga entrada en el Paraíso... sea también condenado por el poder civil...» ¡Qué base tan amplia tiene en ellos el pedestal desde el que domina! Por esto, desdeñoso y altivo, desprecia las murmuraciones que suscitan por doquier sus alardes y ostentación. En cuanto a las diatribas de los Obispos, le hacen sonreír. ¿Pues qué? ¿Se han olvidado que desde el tiempo de San Hugo se llama a Cluny la segunda Roma, y hasta pueden ellos mismos bendecir los óleos santos y ordenar diáconos y sacerdotes? Sólo el Papa está por encima de él.

La convicción de que es invulnerable da a sus maneras un aplomo y seguridad que impresiona el alma sencilla del lego portero que le admira, y, afanoso porque nada entorpezca la entrada de la comitiva, mira hacia atrás para cerciorarse de que el camino está despejado. Entonces tropiezan sus ojos con una carta que del Cister han traído para el joven monje Roberto, y que, como es natural, la retiene para entregarla al Abad.

La carta, por asociación de ideas, le trae a la memoria lo que se dice de la pobreza y austeridad del Cister y los complace comparándolos con la magnífica cabalgata que se acerca. Rápido como un relámpago acude también a su memoria lo que le ha contado el mensajero que la trajo: el milagro de la carta escrita por San Bernardo en el bosque, bajo la lluvia torrencial, sin que una sola gota la empañase.

Pensando en esto, el portero se ha distraído más de la cuenta y se encuentra con que su Abad ya ha desmontado. Con el atolondramiento se olvida del «Benedicite» y tampoco ha cuidado que los alborotados pajes y los siervos guarden el silencio prescrito por la Regla. Se da cuenta de que son dos transgresiones, pero los monjes ya se han habituado a ellas hace tiempo. El abad es muy indulgente en este sentido y no hay que preocuparse.

La carta

Apenas instalado el Abad en su palacio, va el portero a entregarle la carta que han mandado del Cister. Piensa contarle los detalles del milagro que tanto le ha emocionado, pero se turba y se retira prudentemente al ver el ceño adusto con que el Abad Pons la recibe y la rapidez con que despectivamente la tira sobre la mesa.

Ni aun delante del portero ha disimulado el mal humor. Antes de abrirla ya adivina de qué se trata. Pasea nervioso por la habitación y calcula la cuantiosa herencia que ha conquistado para Cluny arrancando con su astucia al joven Roberto del Cister, donde ya tenía votos solemnes, y, diga lo que diga el escualido e intransigente Abad de Claraval, está bien decidido a no dejársela arrebatar. ¿Por qué un muchacho tan noble y tan rico ha de hartarse de habas, vestirse de saco, entrecavar la tierra, aventar el trigo y acarrear estiércol? Pero, en fin, es preciso saber lo que dice ese terrible Bernardo, que atosiga a sus monjes con sus austeridades y sus minucias. Ya encontrará manera de contrarrestarlo. Sin embargo, al empezar a leer, la sorpresa se pinta en su semblante. El que habla en aquellas letras no es el Abad ofendido que fulmina anatemas contra el prófugo, sino un dolorido corazón de padre que, pronto a estrechar entre sus brazos al hijo pródigo, le sale al encuentro y, en vez de amenazar, ruega y suplica. Esto alarma de verdad a Pons. Tiene argumentos para combatir amenazas, mas, ¿qué efecto producirán estas amorosas quejas en el impresionable Roberto?, se pregunta estupefacto. Pero de pronto esta nueva inquietud cede a la indignación cuando sigue leyendo:

«Un cierto famoso prior fué enviado por el superior de la Orden. Vino vestido con piel de cordero, aunque era lobo voraz, y así engañó a los pastores, que le dejaron el corderillo. Ni siquiera el corderillo huyó. ¿Cómo había de huir si le creía también cordero? ¿Qué más? Le atrajo a sí, le engañó, y, predicándole un evangelio nuevo, le alabó el vino y le despreció la continencia, tachó su voluntaria pobreza de miseria; sus ayunos y sus vigilias, su silencio y su trabajo, de locuras insensatas. A la ociosidad le llamaba contemplación; a las sobremesas, charlas; a las curiosidades y otros excesos semejantes, sabiduría y discreción. ¿Cuándo, le decía, se ha complacido Dios en nuestras torturas? ¿En qué lugar de las Sagradas Escrituras se dice que el hombre se dé muerte? ¿Qué clase de religión es esta que consiste en cavar la tierra, cortar leña y remover estiércol? ¿Por ventura no es sentencia de la misma Verdad: «Misericordia quiero y no sacrificio»; «No busco la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»? ¿Pues, para qué hizo Dios los manjares si había de prohibir comerlos? ¿Para qué nos dió el cuerpo si había de prohibir sustentarlo? ¿Para quién será bueno el que es verdugo de sí mismo? ¿Quién vió jamás un sabio que odiase su carne?»

«Cautivo en la trama de estos sofismas y desdichadamente crédulo, el jovencito se dejó seducir y siguió al seductor; pasó a Cluny, hizo cortar el pelo, hizo afeitarse, se lavó todo él, despojóse de los hábitos rústicos, viejos y sórdidos y vistió otros de precio, nuevos y flamantes, y de este talante entró en el convento. ¡Con cuánto honor fué recibido! Se alabó su desorden como la hazaña de un héroe, se le colocó sobre los demás, se le dió preeminencia sobre otros más ancianos; todos le aplaudieron y se felicitan del triunfo que ha proporcionado tal botín.»

Pons ha palidecido más de una vez durante la lectura. Ahora está rojo de rabia y de vergüenza. La historia de su maquinación inicua aparece a lo vivo y se evidenciará a los ojos de Roberto por la habilidad con que Bernardo, al tiempo que le hace sentir los amorosos latidos de su corazón, fustiga con la verdad el mezquino ardid empleado para engañarlo y las costumbres relajadas de sus monjes, que él no puede impedir, porque es el primero de los culpables y tal vez su causa y ocasión. Se revuelve furioso contra Bernardo, y exclama: ¿Con qué derecho se dirige a Roberto, si ya no pertenece al Cister, porque se ha obtenido la dispensa de Roma? ¿Con qué jurisdicción fiscaliza la riqueza, la ociosidad, el refinamiento, la glotonería, el lujo y la ostentación de Cluny, cuando él, su Abad, lo encuentra bien y no ha pensado nunca que convenga cambiar las costumbres de sus gobernados? Ya hacen bastante privándose de carne. Estruja la carta entre sus finas manos, pero, instintivamente, sigue leyendo:

«Levántate, soldado de Cristo, levántate y sacude el polvo que te manchó. Vuelve al campo del combate, de donde huíste, a pelear con mayor heroicidad y a triunfar con más alta gloria. ¿Por qué rehusas el peso del casco y la aspereza de las armas, soldado cobarde? Mira que el enemigo se te echa encima y vuelan las saetas apuntando tu corazón, pero la victoria es infalible con Cristo y por Cristo, y por lo único que puedes perderla es por la fuga. Huyendo puedes perderla, muriendo, no, porque serías inmediatamente coronado; pero, ¡ay de ti si huyendo pierdes la victoria y la corona!» (1).

(1) San Bernardo. Carta a Roberto.

Esta llamada vibrante le hace saltar. Ya no puede más. Es demasiado. La soberbia endurece su corazón. La vanidad le ciega y la ambición le domina. El Abad de Claraval no prevalecerá contra él. No se expondrá a que una reacción de Roberto desbarate sus planes, y por esto no leerá jamás esta carta. La esconde entre sus papeles y el joven monje no sabrá nunca ni siquiera que ha sido escrita.

El ataque

Esta vez, es una gran polvareda que se levanta en el camino lo que llama la atención del portero de Cluny, que no espera a nadie si no es algún mendigo. Parece una tropa de salteadores, pero lo raro es que se dirige directamente a la Abadía. Su asombro sube de punto cuando, montado a caballo y capitaneando aquella tropa, distingue la apuesta figura de Pons, el antiguo Abad, el mismo que había venido tantas veces por aquel camino rodeado de una escolta que envidiaría un príncipe. La satisfacción que producía entonces su venida al orondo portero se ha trocado en terror. Hace la señal de la cruz como para ahuyentar un maleficio y se precipita, tembloroso, a dar la noticia al prior, pues el nuevo Abad está ausente. Cunde la alarma entre los monjes. Las macizas puertas de la Abadía se cierran y se atrancan. Nadie sabe qué hacer, porque, ciertamente, no están preparados para pelear, y aun no saben lo que aquello significa.

Pons esperaba sorprenderlos y encontrar franca la entrada, pero no se arredra ante la resistencia. Con furor de poseído manda a sus tropas forzar las puertas y escalar el muro. La resistencia es nula. Se reduce al trabajo material de derribar la puerta. Una vez dentro, algunos monjes, que aun «echan de menos las tres o cuatro comilonas diarias», en las que, entre «risas y chanzas, se recreaban los oídos mientras se hinchaban los carrillos de comida», les pesa el silencio y gustarían volver a vestir «de lo más precioso y caro», se unen inmediatamente a los asaltantes. Se forman dos facciones y estalla la guerra civil en los claustros y las celdas. Pons y los suyos se hacen dueños de la situación, y sin andarse con contemplaciones encarcelan a los contrarios. Hacen estrago en las bodegas y despensas, y después del banquete arramblan con lo que pueden. Pons se apodera de la cruz de oro, los candelabros y los ornamentos ricos en pedrerías. Su rapacidad no retrocede ante el sacrilegio. Convierte en moneda hasta los cálices sagrados para pagar a sus mercenarios. El se hace dueño del gobierno, y a ellos, entre los que no faltan mujeres, los instala en los castillos y granjas de la Abadía.

¿Qué había pasado?

Algún tiempo después de la llegada de la carta de Bernardo de Claraval para Roberto, algunos monjes de Cluny, que aun conservaban el recuerdo y añoraban la observancia del tiempo de los grandes y santos Abades que habían precedido a Pons, se dirigieron al Papa exponiéndole la relajación del monasterio; el desorden de las comidas; la variedad de platos y vinos, aliñados con miel y especias; el lujo de los hábitos; las faltas del coro y el desorden que introducían las numerosas visitas con su acompañamiento de pajes, mujeres y criados.

Pons, que lo consentía y lo fomentaba, estaba precisamente en Roma cuando llegó este mensaje, y en la audiencia del Pontífice quedó sorprendido cuando le representó las quejas de sus monjes. Como no tenía modo de justificarse, disimulando su despecho, manifiesta al Papa, fingiendo devoción y humildad, que prefiere abdicar y pasar en Jerusalén el resto de sus días dado a la oración y contemplación.

Probablemente, consideró este paso como retirada estratégica, esperando que sus partidarios, que también los tenía, volvieran a llamarle. Ha ocurrido, sin embargo, que, muerto el Abad que le sucedió, han elegido a Pedro, por sobrenombre el Venerable, se ha restablecido la disciplina

en el monasterio y todos se dejan gobernar en paz, sin acordarse de él. La ambición, espoleada por el despecho de verse olvidado, le decide a volver a Francia. Recluta mercenarios entre gentes sin escrúpulos, promete largamente, y ya hemos visto cómo a mano armada se apodera de Cluny.

Tanta osadía no puede quedar impune. El Papa Honorio II quiere juzgar por sí mismo un hecho que considera sobremanera grave. Ordena que Pedro el Venerable y Pons comparezcan ante él. A cada uno le acompañan sus partidarios y ambos exponen sus razones. Después de concienzuda deliberación, la Iglesia Romana declara a Pons usurpador, sacrilego, cismático, y, depuesto de toda dignidad eclesiástica, le encarcela. El gobierno de Cluny y todas sus dependencias es entregado a Pedro el Venerable.

Pedro el venerable

Después de la excomunión de Pons, ni uno solo de sus partidarios le acompaña. Todos vuelven a Cluny, cumplen las penitencias impuestas a su falta, se unen fraternalmente a los monjes fieles, y nada, en adelante, denota la escisión que produjo el asalto.

Pedro el Venerable encuentra, entre los papeles de Pons, la carta que escribiera un día Bernardo de Claraval al monje Roberto. La lee atentamente, y no sólo se la entrega, sino que le impele a volver al Císter para cumplir su primera vocación.

El nuevo Abad ama entrañablemente a Bernardo, con el que sostiene amistosa correspondencia y al que más de una vez ha pedido consejo y ayuda. Conoce su opinión acerca de Cluny, y, como él, lamenta que las grandes riquezas acumuladas y la multitud de privilegios alcanzados cuando Cluny era el sostén del Papado y de la Iglesia, le lleven a la decadencia. Sin embargo, en un comedido escrito justifica las mitigaciones que el clima cluniacense impone, a pesar del resurgimiento de virtud que se nota bajo su gobierno.

Desde luego que Cluny no puede compararse con Cister, que se encuentra en los primeros fervores. En esta época, las tendencias de las dos Ordenes quedan representadas, podría decirse que gráficamente, por la construcción de sus iglesias y su espíritu por la personalidad de sus Abades respectivos: La iglesia de Cluny es «de inmensa elevación, de desmesuradas proporciones, con superfluas amplitudes, suntuosos pulimentos, pinturas curiosas... imágenes coronadas de verdaderas ruedas de pedrería y rodeadas de lámparas tan resplandecientes por sus luces como por las gemas que llevan engastadas... candelabros que son verdaderos árboles de bronce y también resplandecen más por las piedras preciosas que por las luces...» (2). Todo es centelleo, lujo, arte, comodidad; hasta los sitiales del coro parecen igualmente aptos para el muelle descanso como para el rezo litúrgico y la meditación.

En Císter, en cambio, la piedra desnuda no lleva tras sí los ojos, no hay vidrieras de colores, ni plata, ni oro, ni piedras preciosas; «los ornamentos no son maravillas de arte» (3), nada hay «sorprendentemente rico y hermoso» (4); las imágenes son severas, y todo invita al recogimiento y oración.

Las acometidas de Bernardo son valientes, firmes, decididas; Císter tiene todo su vigor y es propio de almas recias que viven de fe y siguen exclusivamente el camino que conduce al más alto grado de virtud.

La mayor flexibilidad de Pedro el Venerable puede sostener y aun santificar las virtudes más débiles que cobija Cluny, y lo hace asequible a mayor número de personas. Probablemente, Abelardo, aunque convertido sinceramente, no hubiera resistido el Císter y, en cambio, murió piadosamente en Cluny.

Maria Asunción López

(2) San Bernardo.
(3) Los tres Monjes Rebeldes.
(4) Ibid.

¿UN JUDIO EN EL PONTIFICADO?

«Tanto por medio del rey como por vuestro medio, vuelva la paz a la Iglesia, y sea extirpada, con la ayuda del Señor, la pérfida herejía judía que no ha mucho ha nacido en la Iglesia» (1).

«Habiendo nacido de los judíos, favorecía la fe porque esperaba el dominio de todo el mundo con la obtención de la Sede romana» (2).

Los ingredientes del cisma

Un punto culminante en la trayectoria de la Reforma en el siglo XI fué el Decreto de 1059, dado por Nicolás II. Es, podríamos decir, el primer canon de la elección pontificia, de todo punto necesario en aquellos turbulentísimos tiempos. Con él queda descartada la influencia de la aristocracia romana en el Pontificado, delimitado el papel del Emperador, y atribuido a cada orden eclesiástico su derecho en la elección papal (3).

Parecía llamado este Decreto a zanjar en lo futuro todos los abusos anteriores. Sin embargo, continuaba existiendo la misma aristocracia y el mismo Imperio, y, fruto de la influencia de ambos, continuáronse traduciendo sus luchas mutuas en los bandos que dividían el colegio cardenalicio. Y, como presidiéndolo todo, se erguía en Roma, durante el primer tercio del siglo XII, una familia descendiente de Jacob, apenas conocida poco ha, y entonces en la cumbre de la veneración e influencia: los Pierleoni.

Todos estos ingredientes fueron hirviendo en el matraz de la Historia hasta que, unos lustros más tarde, llegaron a un punto en que advino la explosión: fué el famoso cisma de Anacleto, la *pérfida herejía judía*, como le llama el autor arriba citado. Tal fué la fuerza de esta explosión, que amenazó de incendio a toda la Cristiandad; pero ya entonces había comenzado a caer del cielo de la Iglesia, como una lluvia de austeridad y penitencia que apagó el fuego y fertilizó los corazones, la palabra del Abad de Clavaul.

Veinte años llevaba de vida religiosa nuestro Abad, y se cumplían los quince de su abaciado, cuando tuvo lugar en Roma el comienzo del Cisma.

¿Papa un judío?

Los últimos días de Honorio II tuvieron un carácter fuertemente trágico. La ambición del Cardenal Pedro Pierleoni tenía al pueblo revuelto aun antes de la muerte del Papa, hasta el punto de obligarle a «asomarse a la ventana para probar que aun vivía» (4). Una buena parte de los Cardenales presbíteros ardían en celos de los Cardenales-obispos, que gozaban de más directa influencia en la elección. Y el mismo texto de Nicolás II había sido gravemente alterado por las ambiciones del Emperador y de los partidos. De todo este complejo nació, el 13 de marzo de 1130, el Cisma (5).

Antes de morir Honorio II, viendo el mal cariz que tomaba la situación, dice Enrique, Obispo de Lucca, «habiéndose reunido los Cardenales en la Iglesia de San Andrés, dejaron establecido que ocho personas, a saber: dos Obispos, el de Preneste y el de Sabina; tres Cardenales-presbíteros, P. Pisano, P. Rufo y Pedro de León, y tres diáconos, Gregorio del Santo Angel, Jonatás y el Canciller Aimerico, se encargarían de la elección del Pontífice, de

manera que si ocurriere morir al Papa Honorio —en aquellos momentos «in articulo mortis»—, se tendría por Pontífice Romano a la persona elegida por ellos o por la parte más sana. El de Preneste, junto con los demás, decretó que si alguien contradijese tal elección fuese anatema, y si alguien intentara elegir a otro, fuese tenido el hecho por nulo y el autor no tuviese, en adelante, lugar en la Iglesia; lo cual aprobó de su propia boca Pedro de León» (6).

«Habiendo, pues, muerto el Obispo de la Sede Romana, nuestro Padre, de feliz memoria, Honorio, según hemos oído y tenemos por verdad —dice Gualterio, Obispo de Ravena—, Inocencio, llamado antes Gregorio, Cardenal del Santo Angel, disponiéndolo Dios desde toda la eternidad, fué elegido canónicamente al gobierno de la Iglesia por la elección de los venerables hermanos y señores nuestros Guillermo de Preneste, M. de Albano, Juan de Ostia y D. de Sabina y los demás Obispos y Cardenales católicos» (7). No quería aceptar el Cardenal Gregorio; pero tuvo que hacerlo ante la insistencia de sus electores, de los cuales se habían separado, antes de la elección, Pedro de Pisa, Jonatás y Pedro Pierleoni.

Enterado Pierleoni del suceso, inmediatamente se hizo elegir por sus partidarios, tomando el nombre de Anacleto II; poco después se entregaron sus partidarios a un desenfundado saco de las iglesias, de lo cual, avergonzándose luego, según un contemporáneo, culparon a los judíos.

Ambos habían sido elegidos por Cardenales, pero, evidentemente, sólo la elección de Inocencio cumplía lo establecido antes de la muerte de Honorio II: de los ocho Cardenales electores, cinco estaban por Inocencio y sólo tres por Anacleto. Aparte de esto, Inocencio tenía prioridad en el tiempo: había sido elegido «Hora tertia», mientras que Anacleto lo había sido «Hora sexta». «Por tanto —concluye San Bernardo—, habiéndose celebrado una elección primero, la otra, que se presume pudo celebrarse después no fué la segunda, sino ninguna: no valió» (8).

Sin embargo, en el primer momento, todas las ventajas fueron para el antipapa: Roma entera se declaró por él, incluso los Frangipani, enemigos de los Pierleoni. Inocencio II marchó a Francia por Pisa y Génova. Pronto casi toda la Cristiandad se entregó al verdadero Pontífice.

Al mismo tiempo, se hallaba dividido el Imperio por causa de la Casa de Suabia. La situación fué, por unos momentos, caótica: la cabeza espiritual de la Cristiandad se hallaba amenazada por el cisma de Anacleto, y la temporal por la rebelión de Conrado de Suabia contra Lotario III.

En Italia, poseía el Cisma todo el Sur y la Sicilia, a cuyo Duque concedió el antipapa el título de rey, y en el Norte, Milán y Etruria; Escocia también seguía al antipapa. El Imperio dudó al principio, pero San Norberto lo orientó en seguida hacia Inocencio; los Patriarcas orientales no se decidían por ninguno de los dos, aunque luego reconocieron al verdadero Papa (San Bernardo, carta 126), y lo mismo sucedía con Inglaterra, España y Francia, en la que se arrojaron al Cisma Angulema y Tours, por sus Obispos, después de haber reconocido el rey franco al legítimo Papa. Era, pues, gravísima la situación en los primeros momentos. Sólo Dios podía salvar a la Cristiandad; y Dios la salvó.

(6) Henrici Luc, ep. loc. cit.

(7) Gualterii Raven. arch. loc. cit.

(8) San Bernardo, carta 126, traducción P. Pons, pág. 294.

(1) Littera Gualterii Ravennatensis arch. ad N. Magdeburgensem arch. PL CLXXIX, col. 38.

(2) Arnulfi Lexoviensis episcopi tractatus de schismate orto post Honorii II papae decessum. — PL CCI col. 180.

(3) Delarc, «Saint Grégoire VII» t. II, p. 98.

(4) Henrici Lucensis ep. ad arch. magdeburgensem. PL CLXXIX, col. 40.

(5) Sobre Honorio II véase la meritisima obra del P. March, S. I. «Liber pontificalis prout exstat in Codice Dertusensi». El hecho de que Pandulfo, autor de la biografía de Honorio, fuese partidario de Anacleto, explica, como dice el Padre March, su pasión contra ese Papa, favorecido por los Frangipani, partidarios luego de Inocencio (págs. 8, 69 nota 1, etc.). Obsérvese el tono de la biografía: «Este (Honorio), por voluntad de Cristo, nunca hubiese nacido...»; al principio le llama «homo porcini moris et in specie bubalus»; es el mismo estilo de la carta a Didaco, Arzobispo de Compostela. En ella se dice que Honorio II fué enterrado «sicut vilissima bestia» (España Sagrada XX, p. 513). Según ha demostrado el P. March (op. cit. pág. 83) ambos documentos son de Pandulfo. Antes se atribuía la carta a Pedro de Pisa.

El hombre de Dios, San Bernardo

El año que estalló el cisma tenía ya gran fama y ascendente en toda Europa un hombre extraordinario: San Bernardo; sólo su santidad le había hecho célebre. «Nadie ignora que por el fruto se conoce el árbol, y el bálsamo por el buen olor que despide. Por esto no es de extrañar, hermano mío, que por el perfume que exhala la reputación de vuestro nombre haya venido yo en conocimiento de la santidad de vuestra vida e integridad y pureza de vuestra doctrina» (9). Así se dirigía a San Bernardo el Arzobispo de Tours, Hildeberto, el año del cisma.

San Bernardo arrastró a Europa y la apartó de la sima que la amenazaba tragar. El Concilio d'Etampes, del cual fué el alma, tocó de muerte el cisma. En él se convenció a Luis VI el Gordo, de Francia; y, convertida Francia, era un paso muy grande hacia la conversión de Inglaterra y de España. Autores ha habido que han presentado un San Bernardo no convencido de la legitimidad de la elección y que se guiaba más bien, en su juicio, por la moralidad de los dos contendientes (10). Si bien parece dar a entender eso las palabras que Sugerio aplica al Concilio: «Magis de persona quam de electione investigans» (11), las cartas de San Bernardo nos parecen responder a un convencimiento absoluto de que la elección de Inocencio es la verdadera.

La ambición de Gerardo, Obispo de Angulema, indujo de nuevo al cisma a toda la Aquitania, con su Duque a la cabeza, pero Bernardo no descansó hasta unificar de nuevo el redil. Curiosa es la conversión de Guillermo X de Aquitania, muestra de la santa audacia de Bernardo. Convencido el Duque después de una conferencia con San Bernardo, no se decidía, sin embargo, a ceder en todo. El Santo le convocó a una última conversación, y se preparó para ella con decir la Santa Misa. Una gran multitud llenaba la iglesia; el Duque, excomulgado, permaneció en la puerta. Llegada la comunión, toma San Bernardo la hostia, la pone sobre la patena y va hacia la puerta al encuentro del Duque. «Nos os hemos rogado y nos habéis despreciado —le dice—. En nuestra anterior conversación, la multitud de servidores de Dios, reunida a vuestro alrededor, os ha suplicado, y también la habéis despreciado. He aquí, ahora, el Hijo de la Virgen que viene a vos, el Señor de la Iglesia a quien perseguís. He aquí vuestro juez, en cuyas manos caerá un día vuestra alma. ¿También a El rechazaréis? ¿También a El despreciaréis como habéis despreciado a sus servidores?» Desde aquel día, el Duque Guillermo X de Aquitania fué fiel partidario de Inocencio II, y murió en Compostela, adonde había ido en peregrinación de penitencia.

El sucesor de Hildeberto en el arzobispado de Tours, a pesar de su amistad con San Bernardo, se declaró por el antipapa, pero no pudo resistir al santo Abad: fué depuesto y sustituido.

En el Concilio de Reims logró Bernardo otra victoria para su santa causa al conquistar definitivamente a Enrique I de Inglaterra. España, representada en ese Concilio, se unió también al verdadero Papa (12). No mucho después, en el Concilio de Lieja, extirpó nuestro Santo un germen que hubiera producido las más horribles catástrofes. Convocado ese Concilio para entrevistarse el Papa y el Emperador, pidió Inocencio ayuda para poner fin al cisma y conquistar Roma. Mal aconsejado, Lotario quería cobrar el servicio que iba a prestar, con lo cual a punto estuvo de renovar la cuestión de las investiduras. Pero la acción de San Bernardo cortó muy al principio este maligno brote, y la Asamblea acabó con perfecto acuerdo de

ambas potestades. Lotario iría a conquistar Roma para el Papa.

En Italia no fué menos profunda la influencia de San Bernardo en la extinción del cisma. La putrefacta Milán fué arrastrada por los milagros y la elocuencia del Santo, y el Concilio de Pisa, que bajo la dirección de Bernardo excomulgó de nuevo al antipapa, fué el triunfo definitivo de la buena causa. Todavía subsistió Anacleto, pero su causa estaba perdida.

Después de Pisa, todavía le quedaban al antipapa Roma, la Campania, el sur de Italia y Sicilia, con su más firme apoyo, el normando Roger. Una nueva expedición de Lotario devolvió a Inocencio toda Italia. Roma, empero, no pudo ser conquistada.

Unas conversaciones que se iniciaron ante Roger por representantes de uno y otro partido no dieron resultado, a pesar de que San Bernardo, defensor del Papa, logró una completa victoria sobre el Cardenal Pedro de Pisa, defensor del antipapa: Roger se hallaba ligado al cisma por intereses terrenos. Anacleto le había hecho rey y le había concedido el sur de Italia. Sin embargo, no volvió Bernardo con las manos vacías: fruto de estas conversaciones fué la conversión de su mismo contrincante Pedro de Pisa, derrota tremenda para los anacletistas, que arrastró a muchos a reconocer al verdadero Papa.

La Roma cismática permanecía, a pesar de todo, en pie. Pero pronto Dios se encargó de dar la victoria a Inocencio. El 25 de enero de 1138 murió Anacleto. ¡El cisma había terminado! Por fin podría entrar en Roma el verdadero Papa. Sin embargo, continuó todavía el cisma. Los Cardenales disidentes dieron un sucesor a Anacleto con el nombre de Víctor IV. Poco tiempo le duraron los honores. Abandonado de todos —que nadie se resistía a la palabra de San Bernardo—, acabó convirtiéndose el mismo, por obra del Abad de Claraval, y sometiéndose al verdadero Papa. Acabado el cisma, volvió Bernardo a su Abadía, llevando como recompensa la victoria de Cristo y la paz de la Iglesia.

Las lecciones de la Historia: actualidad del cisma de Anacleto

De *pérftda herejia judía* califica un contemporáneo este cisma, y otro contemporáneo pone en la persona del judío Pedro Pierleone *el deseo de dominación universal, para lo cual quiere valerse de la Iglesia*. Fué, pues, un momento de verdadero peligro. Por eso San Bernardo dice: «*Pasó el tiempo del descanso; acabáronse ya los ocios regalados en que hiciste licitamente cuanto te plugo. El tiempo de obrar se nos ha impuesto, pues han pisoteado la ley del Señor*» (13).

Nosotros vivimos también un tiempo que está bajo el signo de una gran conspiración; la que indican aquellas palabras de una instrucción de la «Alta Venta» carbonaria: «*...ya que el Papa, sea quien fuere, no ha de seguir jamás a las sociedades secretas; a éstas toca dar hacia la Iglesia los primeros pasos con objeto de vencer a la Iglesia y al Pontífice*» (14). Busquemos, pues, el remedio que una boca, más autorizada aún que la de San Bernardo, nos propone: «*O la conciencia cristiana despierta a la plena y viril comprensión de su misión de ayuda y salvación para la humanidad puesta en peligro en su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: «Tened fe; he conquistado el mundo»; o, de lo contrario, y Dios no lo permita, despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo y se cumplirá el veredicto «el que no está conmigo, está contra Mí»*» (15).

Pablo López Castellote

(9) San Bernardo. Carta 122.

(10) Vacandard, «*Vie de Saint Bernard*», t. I, p. 298.

(11) Sugerii abbatís S. Dionysii vita Ludovici Grosi. PL CLXXXVI, col. 1131.

(12) Anacleto se queja de Didaco, Arz. de Compostela porque no le contesta a su carta (Ad Didachum PL CLXXIX, col. 723).

(13) San Bernardo. Carta 125.

(14) CRISTIANDAD, n.º 45, p. 33.

(15) Pío XII, Mensaje de Pascua, 1948. — CRISTIANDAD, n.º 98.

MONJES Y CABALLEROS

La caballería

Singular institución, fruto de unos tiempos y para unos tiempos.

Como todo lo humano, con sus virtudes y sus defectos. Muchos fueron, sin duda, los segundos, pero nunca tantos ni tan trascendentes como por algunos se pretende.

No vamos a intentar, no obstante, hacer la apología del feudalismo caballeresco medieval, ni mucho menos creer que fuera remedio aplicable a la sociedad moderna. Tan sólo procuraremos presentarlo tal como era en sus más nobles aspectos, en sus virtudes y su grandeza, y muy particularmente salir al paso de tantos autores que, con tanta parcialidad y tan imbuidos por los prejuicios, establecen cual una especie de lucha constante entre la Iglesia y el feudalismo, entre el monje y el caballero, entre la abadía y el castillo.

Como dice Montalembert (1), después de un estudio concienzudo de los hechos se puede proclamar: «De todos los poderes que han reinado en el mundo, antes o después de la aristocracia feudal de la Edad Media, ninguno ha atribuido a la Iglesia una parte tan grande de autoridad y de riquezas, de honor y, *sobre todo, de libertad*; ninguno la ha dotado de monumentos tan gigantescos, admirables y pródigamente extendidos sobre la faz de la tierra; ninguno ha escuchado tan respetuosamente su voz y proporcionado para la defensa de sus libertades y derechos tan numerosos y valientes ejércitos; ninguno, en fin, ha poblado sus santuarios de tan gran multitud de fieles y de santos.»

El caballero

No podía ser de otra forma, si se comprende el profundo sentido cristiano que inspiraba la institución y que se precisaba para alcanzar el honroso título. Varios y nobles eran los cometidos del caballero; bien conocidos son los mundanos, tales como la defensa del honor, el respeto a la dama, la lealtad al señor, etc.; quizá lo sean menos los aspectos netamente religiosos de la caballería.

Humildad contra orgullo

Sería vano empeño negar la existencia de un orgullo especial entre los caballeros. No es extraño; casi diríamos que es normal. Era la resultante necesaria de toda su educación, de la organización social. Seleccionado para ser mejor, para mandar; constituida la sociedad en clases dirigentes y serviles, difícil fuera que en las primeras no surgiese la reacción del poderío, de la superioridad, en algún aspecto: el orgullo.

Pero ya le quisiéramos para nosotros en estos tiempos. Había orgullo, pero no menos había, en justo equilibrio, una singular humildad, que difícilmente hoy podríamos hallar, y menos en las clases dirigentes.

Con todo lo que representaba el señorío del caballero, con lo discriminadores que eran los suplicios y las penas infamantes, de las que estaba exento aquél, sólo entonces, en el oncenso siglo, hubiéramos podido ver a todo un Godofredo, Duque de Lorena, y a un Bonifacio, Marqués de Toscana, hacerse disciplinar públicamente, en presencia de sus súbditos, para obtener el perdón de la Iglesia por las violencias de que se consideraban culpables.

Asimismo, cuando Godofredo, Conde de Vendôme, violó las inmunidades de los vasallos de la gran abadía de la Santísima Trinidad, fundada por su padre en Vendôme, arrepentido por las exhortaciones de los legados apostólicos, entró descalzo en la iglesia, se arrodilló ante el Abad y, depositando sobre el altar cuatro monedas de plata y su puñal, juró respetar en lo sucesivo los derechos de los monjes.

(1) «Los monjes de Occidente».

Esa nobleza, que hemos visto fundando abadías y dotándolas ricamente, no quería limitarse a desprenderse de unas tierras o un poco de plata: quería ofrecer su persona y los valores espirituales de superior estima.

No era suficiente para ella despojarse de los bienes por amor a Cristo: era preciso hacer entrega de su persona, su libertad y, sobre todo, su orgullo, que deponían ante el Dios de los ejércitos. Inmolaban su propia naturaleza, torciendo sus hábitos y sus pasiones, bajo el yugo de la severa regla.

Mas no eran sólo los de raza conquistadora quienes poblaban los conventos; también tenían libre acceso los siervos, y entonces aquellos nobles orgullosos los trataban como hermanos y, en muchas ocasiones, como superiores, les obedecían.

Luego de haber ocupado los primeros puestos en los parlamentos, en las cortes de los reyes y sobre los campos de batalla, no querían ser los últimos en los combates de la penitencia, la humildad y la piedad. No se trataba de desgraciados de la naturaleza o la fortuna, sino, al contrario, los más ricos, los más famosos y poderosos, los primogénitos o los últimos vástagos de casas ilustres quienes poblaban los monasterios, transformando en ellos sus propias fortalezas. Y los señores pasaban a ser siervos de sus siervos, buscando las más bajas ocupaciones.

De estas cosas y de esta época, tan bella como desconocida, nos da buena idea el escrito conservado en la abadía de Hirschau, en la Selva Negra. Dice así:

«Había entonces en nuestra abadía una multitud de hombres que brillaban en la orden monástica como los astros en el firmamento. Muchos de ellos, antes de su entrada en religión llevaron grandes nombres y habían obtenido grandes dignidades en el mundo. Al lado de los monjes salidos de la sangre más ilustre, había otros salidos de la humilde clase de los pobres y plebeyos. Pero como les unía una verdadera caridad fraterna y un mismo género de vida se les imponía a todos, el noble no tenía ninguna superioridad sobre el siervo; la nobleza de sangre no daba ningún derecho a los cargos del convento. Las buenas obras y la práctica de la humildad eran los únicos títulos que se reconocían... Unos, hijos de duques, de condes, de poderosos señores, habían sido célebres en el siglo; otros, canónigos o prelados de iglesias, catedrales, o colegiales, podían estar orgullosos de su ciencia o de la potencia de su familia; pero todos habían arrojado a los pies las grandezas del mundo, para hacerse monjes por amor a Dios; todos practicaban la humildad de los pobres de Cristo, con tal intensidad cual si fueran los más ignorantes de los hombres o salidos de linaje de mendigos.»

Uno de los prejuicios más difíciles de superar para las clases nobles o ecuestres era su insuperable repugnancia a ir a pie. Queriendo probar al noble hijo de un gran señor flamenco, San Popon, Abad de San Trond, le dió orden de seguirle a pie desde San Trond hasta Stavelot, y de regreso, al verle agotado por la fatiga, le ordenó acostarse a la puerta del monasterio. Gontran, que así se llamaba, soportó heroicamente la prueba y luego llegó a ser Abad del propio monasterio.

Ninguna forma del orgullo había de escapar a su sincero deseo de humildad.

Monje y caballero. Abadía y Castillo

Sean las instituciones fruto de los tiempos o para los tiempos, es bien evidente que respecto a la época a que nos venimos refiriendo, monjes, caballeros, abadías y castillos representan las dos piedras angulares del momento histórico, que en modo alguno se contraponen, antes al contrario, se complementan.

Deshecha la civilización romana de los tres primeros

siglos de nuestra era por las sucesivas irrupciones de los bárbaros, que por doquier dejaron el desorden y la confusión, el asalto, incendio y reiterado saqueo de villas y ciudades y el arrasarse de huertas y campos hizo que casi desaparecieran los núcleos habitados y transformó en selvas y nidos de fieras los segundos.

El individuo se sintió moralmente aislado, acorralado e indefenso ante la naturaleza y ante los hombres; para defenderse de las fieras y del enemigo precisaba adherirse a persona de valor que le protegiese.

De los valientes que tuvieron ánimo y decisión cuando los demás desesperaban, y que procuraron mantener un orden cuando todo se desmoronaba, cuando no había gobierno ni seguridad alguna, de aquellos guerreros nació la nobleza, la caballería. Los que buscaron y concertaron su amparo constituyeron los siervos.

Como dice Taine (2): «Entonces era noble el que era fuerte, valeroso y perito en armas; el que, en vez de huir o pagar un rescate, se mantenía firme y defendía su rincón de tierra con el pecho... La Europa, que antes podía ser devastada por flotillas de barcas de dos velas, fué capaz de presentarse como conquistadora en el Norte y en el Sur, frente a paganos y a musulmanes... Junto a la figura del *santo* surgió la del *caballero*, que vivía constantemente en armas.»

Gracias a él, el labriego se sintió protegido; en adelante no sería fácil quitarle la vida ni llevarle cautivo; se atrevió a arar, a sembrar y a esperar la cosecha. Sabía que si se acercara peligro hallaría refugio para sí, su familia y su grano, tras las torres del castillo.

Se había salvado la vida material, pero cabía hacer lo propio con la vida del espíritu. Esa misión la cumplió el monje y el monasterio.

No es que en modo alguno se limitaran a una plácida vida de estudio; en tiempos en que se precisaban todos los brazos, los monjes fueron los primeros en tomar los terrenos más duros, difíciles y escarpados, para roturarlos, sanearlos y hacerlos productivos.

Pero su función principal fué la de auténticos salvadores de la cultura y civilización cristianas. Fueron los monasterios los únicos reductos de esa cultura que permanecieron a través de la época; verdaderas luminarias de vida intelectual en un mundo oscurecido por las guerras. Los manuscritos, los estudios en las varias ramas de las ciencias, su destacada labor en el terreno de las artes y sus singulares servicios rendidos a la Historia, bien les hace acreedores de tal calificación.

Hubo más; no fueron sólo el derecho, las ciencias y las artes cuanto conservaron y acrecentaron; fué, y muy principalmente, la misma esencia de la vida cristiana. Con su abnegación, con su espíritu de sacrificio, con su tenacidad y su ejemplo, esos nobles monjes y esos monjes nobles hicieron posible que la barbarie no se apoderase de toda la vida y costumbres, y que, por el contrario, brillasen tales virtudes como para ser época de tantos y tan grandes santos, la mayoría de ellos salidos o formados por el monasterio.

El caballero sentía cumplida su misión al pelear y defender a quienes tenía bajo su custodia o ayudando al señor de quien dependía en otras mayores empresas. Pero quedaba un vacío en su vida del espíritu. Sea por llenar éste, por retornar lo mucho que recibiera o por reparar las evitables o inevitables tropelías, daños e injusticias que en su actividad guerrera cometiese, lo compensaba fundando, restaurando, dotando y, si cabía, defendiendo los monasterios.

Decía un caballero de Aquitania: «La limosna extingue el pecado, como el agua extingue el fuego. Por ello, tras bien considerarlo, yo, Codredo de Guillac, abandono mis

granjas y sus dependencias al monasterio de la Sauve.»

La solicitud constante de los caballeros por los monasterios se manifestaba incluso por una multitud de pequeños y familiares cuidados, cuya relación embellece los anales monásticos.

Guillermo VIII, Duque de Aquitania y Conde de Poitiers, no se contentaba con haber fundado espléndidamente la gran abadía de su capital de Poitiers. Cuando regresaba de sus numerosas expediciones guerreras, antes de entrar en su palacio siempre pasaba a visitar primeramente a los monjes, a quienes llamaba sus señores. Llegaba incluso hasta la cocina, se interesaba por lo que tenían para comer, y si estimaba que era demasiado frugal, ordenaba a su tesorero cuidase de proporcionarles una alimentación más suculenta.

Eso explica, por contraposición, que los monjes guardaran tan gran recuerdo del mismo, y luego de su muerte, tan tierna solicitud por su alma; además de las diarias oraciones por su intención, y de las solemnes celebraciones en los aniversarios, cada día se ponía en el refectorio su cubierto con la *justa*, o porción de vino destinada a cada religioso, como si el Duque estuviera entre ellos y se fuera a presentar de un momento a otro.

El monje le bautizaba, bendecía sus armas, le perdonaba y oraba por el caballero; el caballero defendía, ayudaba y proveía al monje. Y ambos conjuntamente protegían, amparaban y consolaban a los más necesitados, a los pobres y desvalidos.

Ese era el justo y adecuado equilibrio de cosas en aquella forma de organización social, sinceramente cristiana.

Caballeros de Cristo

El espíritu cristiano fué penetrando profundamente en todas las esferas de la vida, y en consonancia con los tiempos creó la sintonía del espíritu religioso con el espíritu guerrero.

Por así exigirlo las circunstancias, el joven era educado para las armas. La recepción de la espada, escudo y lanza, que le otorgaba el derecho y el deber de compartir todos los peligros y glorias de la sociedad, era acto solemne y de suma trascendencia en su vida.

Hasta en esa ruda ceremonia, acudía maternal la Iglesia. Ya que no se las podía arrancar de las manos a aquella generación belicosa, bendecía aquellas armas para que fueran prudentemente empleadas.

Un mismo ideal coincidente hacía a los caballeros austros, firmes y cumplidores cual monjes, y a los monjes, valientes y tenaces en su lucha cual caballeros.

Para el caballero que se despojaba de su patrimonio o que se entregaba a sí mismo a la vida claustral; para el copista que pacientemente cubría el pergamino con sus transcripciones laboriosas, y para el artista que los ornaba con sus miniaturas; para el noble que dejando comodidades pasaba a roturar tierras, guardar ganados o limpiar zapatos; para los religiosos que cantaban las alabanzas del Señor en los coros de las Iglesias, que amparaban generosamente a los pobres, que se entregaban apasionadamente al estudio en la soledad de los claustros, el servicio de Dios era el polo único de su inteligencia y de su voluntad.

Unos y otros, consagrándose por entero a Dios, merecieron que, según promesa divina, lo demás se les diera por añadidura. Unos y otros hicieron posible salvar los tesoros de la literatura y de las ciencias, escribir la historia de los siglos iluminados por su virtud, regenerar las costumbres, santificar las artes, mostrar todo género de valentías contra toda clase de enemigos y suprimir la indigencia a fuerza de caridad.

Unos y otros fueron y vivieron como verdaderos caballeros de Cristo.

Fernando Serrano

(2) Taine.—«Les origenes de la France Contemporaine».—T. I., pág. 9-14.

SOMOS LOS HIJOS DE LOS CRUZADOS...

La Historia se repite. Y la razón está en la misma naturaleza de lo que llamamos Historia. ¿Qué es la Historia sino el hombre? El hombre en su acontecer, en el que es dable observar así las huellas de un deseo persistente de remontarse a lo alto, trasunto de un «quid» divino, que delata la primitiva nobleza de nuestra estirpe, como el rastro no menos vivo de una proclividad al mal, que acusa la existencia de una vieja caída. De hoy, de ayer y de siempre es, por ejemplo, el súbito despeñarse desde las cumbres de la gloria a las simas de la ignominia o del menosprecio, o el monumento levantado a la gloria póstuma de alguien que no logró en vida ver reconocidos sus méritos por los contemporáneos. La Historia se repite, porque el hombre ha de seguir siempre fiel, por manera invariable, a su modo de ser característico.

La verdad de esa reiteración de la Historia aparece manifiesta a través del paralelismo que existe entre determinados hechos que llenan gran parte de la primera mitad del siglo XII, y otros ocurridos en el pasado siglo XIX. Frente al racionalista Abelardo y su discípulo Arnaldo de Brescia se levanta San Bernardo, la comprensión total de cuya personalidad es imposible, prescindiendo de su carácter de propulsor de la segunda Cruzada. Siglos después, una nueva especie de racionalismo negaría a la Iglesia el derecho de ejercer por sí la enseñanza con independencia del poder del Estado y, como otro Arnaldo de Brescia, desposeería al Sumo Pontífice del poder temporal. Es notable que los católicos, que en el pasado siglo luchan por la libertad de la Iglesia contra las antedichas pretensiones del nuevo racionalismo, se proclamen hijos de los Cruzados.

Arnaldo de Brescia

La personalidad de Arnaldo de Brescia es la típica del extremista. Hay en él la decisión, la audacia y hasta la sinceridad que a menudo distinguen a tales sujetos, pero, también, la falta de equilibrio y de ponderación mental y la dureza de juicio, no menos propias de los mismos. Como se ha hecho notar repetidas veces, a diferencia de Abelardo, su maestro, esencialmente teórico e investigador,

Arnaldo fué el hombre de acción que extrajo y redujo a la práctica las que él veía consecuencias, si no tanto de la doctrina, si del espíritu que parecía informarla, del celebrísimo profesor de París.

El espectáculo de una Cristiandad que, por efecto de diversas causas —ininteligencia entre el Papado y el Imperio, discordias intestinas, corrupción de los eclesiásticos—, parece no halla el punto de gravedad que le permita gozar de una posición estable, repercute en el espíritu ardiente de Arnaldo como una llamada a la misión augusta de reformador. Aquel vaivén incesante, que se traduce en un estado permanente de desasosiego, se debe, a su juicio, a la invasión por parte del clero de un terreno que le está vedado a la Iglesia. Es el terreno de lo temporal en su más amplio sentido. En substancia, para Arnaldo de Brescia, la misión del sacerdote, puramente espiritual, encaminada por modo exclusivo al bien de las almas, es incompatible con la posesión de algún bien temporal, que puede hacer que aquél se desentienda de su oficio. No hay que pensar, pues, en que le sea lícito al clero poseer algunos bienes, ni, mucho menos, ostentar, por alta que sea su categoría —Obispo o Papa—, jurisdicción temporal.

Precisamente en aquellos momentos comienza a producirse un fenómeno histórico, que en adelante, y a lo largo de cuatro siglos, será decisivo para la orientación de la vida política italiana. Nos referimos al desenvolvimiento de las ciudades bajo el signo de un gobierno más o menos independiente. La nostalgia del pasado, avivada con la visión del poderío creciente de las ayer pequeñas ciudades, despierta pujante en la conciencia de los inquietos y levantiscos romanos y provoca un súbito e incontenible afán de independencia. Las rivalidades entre las principales familias, las ausencias de los Papas, las intermitencias de delibidad del Imperio, son vientos propicios al deseo de los romanos.

El logro de la independencia iba unido, como es lógico, a la rotura de los lazos que en lo temporal sujetaban a los romanos a la potestad de los Papas. A nadie debe extrañar, entonces, que Arnaldo de Brescia se convirtiera en paladín del nuevo Senado romano. Ni tampoco que la muerte en la horca del revoltoso reformador, ocurrida en 1155, cuando la entrada en Roma de las tropas libertadoras de Federico Barbarroja, equivaliera a la desaparición definitiva del utópico sueño de restaurar el antiguo poderío de Roma como ciudad independiente.

Arnaldo de Brescia tuvo en San Bernardo el más temible de sus enemigos. «No come, no bebe, pasa hambre con el demonio y tiene sed de la sangre de las almas; su habla es miel, pero su doctrina es veneno», dice San Bernardo de él. El Santo previene contra las doctrinas de Arnaldo a los príncipes y señores de las tierras que atraviesa, en sus viajes y predicaciones, el pseudoreformador. En el camino, que es la actividad toda de San Bernardo, hacia el ideal de una Cristiandad compacta y unida bajo el magisterio supremo del Vicario de Cristo, Arnaldo de Brescia era un obstáculo que se hacía preciso remover.

«Somos los hijos de los Cruzados...»

Han de transcurrir varios siglos para que el eco de las Cruzadas, que, desde Pedro el Ermitaño y San Bernardo hasta San Luis de Francia, llena el ambiente, resuene otra vez en Europa. Fué en la primera mitad del siglo pasado. Los católicos de Francia se unían alrededor de sus Obispos para defender el derecho de la Iglesia a la enseñanza,



Disputa teológica

frente al monopolio abusivo ejercido por el Estado a través de la Universidad oficial. El día 16 de abril de 1844, el Conde de Montalembert se pronunció, en la Cámara de los Pares, con la elocuencia que le era habitual, en defensa del Episcopado y de todos sus compatriotas católicos. En medio de la atención del auditorio, la figura del conde, aureolada con el recuerdo de las vigorosas campañas que sostuviera desde su primera juventud en pro de los derechos de la Iglesia, se yergue solemne sobre la tribuna parlamentaria en los momentos finales del discurso. Hay en su voz ráfagas de altísima elocuencia, cuando pone punto final a su peroración con el siguiente párrafo: «... Y yo añado, en nombre de los católicos seculares, católicos del siglo XIX: En medio de un pueblo libre no queremos ser ilotas; somos los sucesores de los mártires y no temblaremos ante los sucesores de Juliano el Apóstata; somos los hijos de los Cruzados y no retrocederemos ante los hijos de Voltaire.»

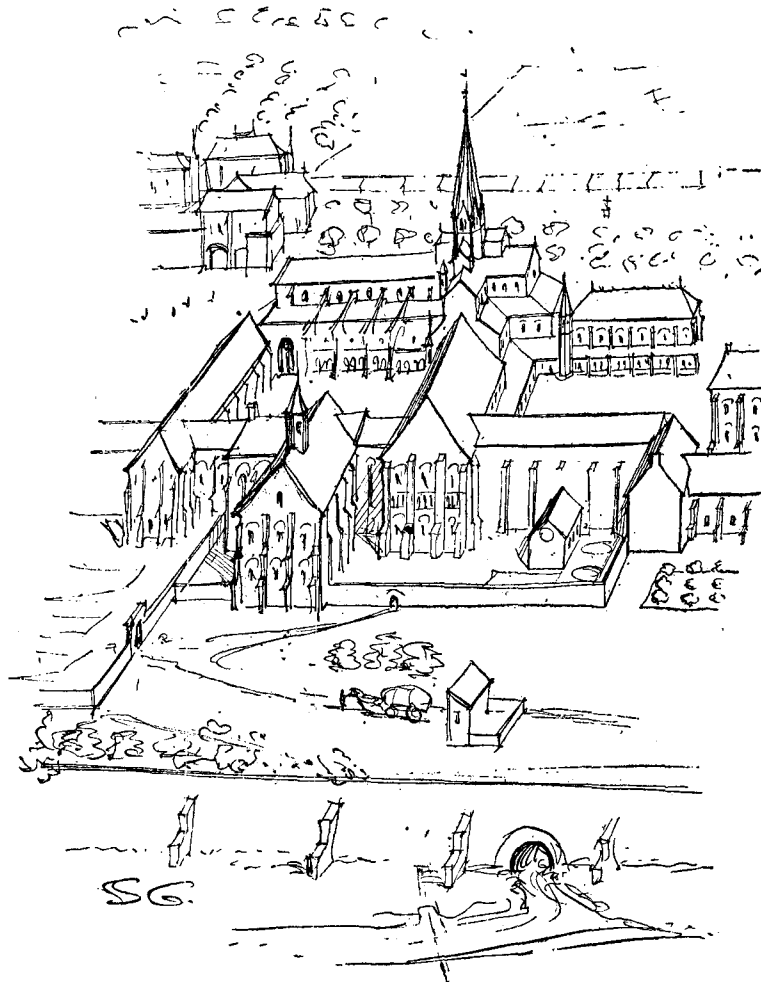
Ciertamente, si alguna actitud es comparable a la de los Cruzados, ésta es, sin duda, la de los católicos de las antiguas grandes naciones europeas en el pasado siglo. Año quedaba reservada para los teólogos la lucha contra los principios heréticos y dañinos a la Verdad. Desde los comienzos, casi, de la pretérita centuria, la defensa del patrimonio de la Iglesia, entendido éste como el conjunto de sus derechos, se sentirá incumbencia de todos los cristianos. De ahí el que, en las ocasiones de máximo peligro formen todos los católicos de un modo colectivo y con un espíritu semejante al que había movido a los antiguos Cruzados, en una misma línea de batalla contra los que se

atreven a hacer escarnio de Dios y de su Iglesia. De ahí, también, la presencia, en los puntos avanzados de dicha línea, de seculares que, con las armas de la pluma o de la palabra, evocan en nuestra mente la memoria de los grandes caudillos de las Cruzadas. Con razón podían recabar para sí, por boca de Montalembert, aquellos católicos, el honrosísimo nombre de Cruzados. En este sentido, no cabe duda ninguna que la historia de los viejos guerreros de la Cruz revivía en la persona de los católicos del pasado siglo.

Pero la naturaleza de las cosas exige que un semejante revivir obedezca siempre, en último término, a la necesidad de hacer frente a una situación o estado de cosas depresivo para la Iglesia. Eso nos lleva a recordar el lado triste de la repetición de la Historia, que venimos considerando. El monopolio estatal de la enseñanza sería defendido en Francia por los hermanos de los que, en Italia, iban a despojar al Papa de sus posesiones temporales. ¿Qué importa que Mazini, el entonces cabecilla de las turbas que rechazan el dominio temporal de la Santa Sede, no obre movido por afanes de reforma como Arnaldo de Brescia, sino, antes bien, se confiese anticatólico? Lo verdaderamente importante es hacer notar que no se puede estar a medias respecto a la Iglesia. Esta es la razón por la que ambos movimientos vinieron, al cabo, a desembocar en un mismo término. Y, por lo mismo, la que, pensando en las dos épocas sobre las que ha discurrido el presente trabajo, nos ha hecho afirmar, desde un principio, que la Historia se repite.

Carlos Feliu de Travy

Barcelona, agosto de 1950.



El Monasterio de Cister

REIMS - ESTRASBURGO

Excomuni3n del Emperador Enrique

El Obispo de Barcelona, San Olegario, haba terminado su docto serm3n. Bajo las b3vedas de la Catedral, en cuyos sifiales tomaban asiento gran n3mero de Obispos y Abades llegados de todas las regiones de Europa, resonaban todav3a los ecos de la magistral disertaci3n del antiguo Abad de Saint-Ruf sobre la importancia y significaci3n de la dignidad real y las excelencias y prerrogativas del sacerdocio. Las palabras de San Olegario, pronunciadas inmediatamente despu3s de la exhortaci3n del Papa Calixto II, que presid3a la magna asamblea, glosaban la materia principal debatida en sucesivas sesiones y que hab3a sido objeto de uno de los c3nones aprobados por todos los asistentes y promulgados por el Romano Pontifice. Las tareas de la solemne reuni3n parec3an acabadas con el broche de oro de la lecci3n del Prelado barcelon3s. Pero no era as3. El Papa quer3a sancionar debidamente a quienes, neg3ndose a sujetarse a su magisterio y a su autoridad, daban el pernicioso ejemplo de una rebeld3a que llenaba de intranquilidad y de fundados temores a los pueblos cristianos. Tras los repetidos e in3tiles intentos para obtener la sumisi3n de los discolos, se impon3a el castigo que reclamaba la justicia y aconsejaba la caridad.

M3s de cuatrocientos cirios encendidos se distribuyeron entre los Obispos y los Abades que llevaban b3culo. El espect3culo que ofrec3an en aquellos momentos las naves del templo, reconstruido tres siglos antes por el Arzobispo Hincmar, era realmente impresionante. Un silencio absoluto manten3a atentos a los Prelados, que, puestos en pie, esperaban la decisi3n del Pontifice. Finalmente, de orden del Papa, se di3 lectura a una larga lista de nombres de individuos que iban a ser excomulgados. La lista comenzaba con los nombres del Emperador Enrique y del antipapa Barduino. Estos fueron los primeros excomulgados. Adem3s, en cuanto al primero, se di3 lectura a una disposici3n por la que el Papa, obrando con su autoridad apost3lica, desataba a todos los s3bditos de Enrique del juramento de fidelidad, a menos que se arrepintiese y se sujetase a la Iglesia.

As3 se clausuraba, el d3a 30 de octubre de 1119, el Concilio de Reims.

El Concilio y la paz europea

Dos grandes acontecimientos hab3an roto la paz en Europa. Uno era la pretensi3n del Emperador Enrique de otorgar la investidura a los Obispos y Abades; otro, la guerra entre los reyes de Inglaterra y de Francia a prop3sito de Normand3a, regi3n que hab3a sido recientemente conquistada por las armas del primero.

La gravedad de la negativa del Emperador a aceptar la decisi3n papal, y las discordias que aqu3lla engendraba, impulsaron al Pontifice Gelasio II a convocar un Concilio en la que fu3 sede de San Nicasio y en cuya iglesia recibi3 Clodoveo las aguas bautismales. La muerte de Gelasio difiri3 el Concilio, pero por muy poco tiempo, ya que su sucesor, el Papa Calixto II, lo convoc3 para el 20 de octubre del propio a3o en la misma ciudad de Reims.

Para preparar los trabajos conciliares, el Pontifice hab3a comisionado al Obispo de Ch3lons-sur-Marne y al Abad acuerdo, y con esta impresi3n di3 comienzo la asamblea.

Obispos de Francia, de Espa3a, de Alemania, de Bretaña, de Inglaterra, de Italia y de todas las provincias del Occidente se hallaban presentes en la Catedral de Reims. Quince metropolitanos, m3s de doscientos Obispos y un

n3mero semejante de Abades se congregaban bajo los arcos catedralicios. M3s tarde, acudir3an al Concilio el rey de Francia y otros grandes personajes. El Papa, despu3s de versaciones parec3an haber logrado unas bases para el de Cluny para que se entrevistasen con Enrique. Las conhaber celebrado la Santa Misa, tom3 asiento en el trono que le hab3a sido preparado, ocupando igualmente los Obispos y Abades sus respectivos sifiales. Rezadas las letanias y las plegarias rituales, el Vicario de Cristo habl3 de las tempestades que aflig3an la nave de la Iglesia, y que el Se3or, que manda los vientos, apacigua cuando lo juzga conveniente.

Entretanto, el rey de Francia llegaba a Reims con un escogido s3quito; inmediatamente se dirigi3 al Concilio, y con la venia del Soberano Pontifice, y desde el mismo estrado del trono papal, habl3 a la asamblea de las injurias que le hab3a hecho el rey de Inglaterra, su antiguo aliado, con la conquista de Normand3a y con las injusticias de que eran objeto el duque Roberto y su embajador el conde de Bellesme, al que el monarca ingl3s ten3a encerrado en una mazmorra. Terminado el discurso de Luis VI, escuchado con manifiesta simpat3a por la mayor parte de los reunidos, el Arzobispo de Rouen pretendi3 defender la conducta del rey de Inglaterra, pero hubo de renunciar a ello ante las protestas de la asamblea.

Tambi3n la condesa de Poitiers, Hildegarda, reclam3 justicia al Concilio por el repudio de que era v3ctima por parte de su esposo. El Papa pregunt3 por qu3 raz3n el conde, contrariando sus3rdenes, no se hallaba presente, a lo que el Obispo de Saintes respondi3 que el conde se hallaba enfermo. Calixto II acept3 la excusa, pero se3al3 un t3rmino para que se presentase en Roma, a fin de justificarse.

El Pontifice, preocupado por la rebeld3a del Emperador Enrique y deseoso de apurar todas las posibilidades para reintegrarle a la obediencia, suspendi3 las reuniones conciliares para dirigirse a Mouson, donde aqu3l se hallaba entonces. La entrevista no tuvo el 3xito esperado, y, aconsejado prudentemente por los Prelados que le acompa3aban, el Papa regres3 a Reims despu3s de haber comunicado a Enrique: «He hecho por el Emperador lo que ning3n predecesor mio ha hecho jam3s. He suspendido un Concilio general para entrevistarme con 3l; no puedo esperar m3s, he de volver junto a mis hermanos. Si Dios quiere benignamente darnos la paz, estoy dispuesto a recibir al principe, ya en el Concilio, ya despu3s de celebrado.»

Reemprendidas las sesiones conciliares, se aprobaron cinco decretos: contra la simon3a; contra las investiduras de Obispos y Abades, bajo pena de anatema; contra los usurpadores de los bienes de la Iglesia; contra la sucesi3n en los beneficios y la exigencia de estipendios por el bautismo, la sagrada unci3n, la sepultura y la visita a los enfermos, y contra la incontinencia de los cl3rigos. Tambi3n se dict3 un decreto para la observancia de la tregua de Dios.

El 3ltimo d3a, despu3s de cantado el «Veni Creator», el Papa hizo un serm3n, tratando especialmente de la sabidur3a y de la caridad, y exhort3 a todos los presentes a la concordia y a la paz. A continuaci3n, San Olegario habl3 a los reunidos, seg3n hemos explicado anteriormente.

El santo Concilio hab3a terminado. Pocos d3as m3s tarde, Calixto II se pon3a en camino hacia Normand3a para entrevistarse con el rey de Inglaterra en Gisors. El rey recibi3 al Papa con los m3ximos honores, se arrodill3 humildemente a sus pies y prometi3 obedecerle en todo,

para terminar pidiéndole sus consejos para utilidad de los que gobiernan y de los que son gobernados. El Pontífice estableció la paz entre Francia e Inglaterra, siendo devueltos los castillos a sus legítimos señores y dejados en libertad los prisioneros de ambos bandos.

La autoridad del Papa se imponía sobre los discolos, allanaba las dificultades entre los pueblos y era garantía de paz y prosperidad para el mundo cristiano. No tardaría muchos años en obtener la sujeción del Emperador Enrique. La paz lograda en Worms en 1122 fué también fruto de la asamblea conciliar de Reims.

La asamblea de Estrasburgo

Varios siglos han transcurrido desde el Concilio de Reims; ocho, para ser más exactos. En este espacio de tiempo, el progreso humano ha realizado grandes conquistas, ha obtenido brillantes descubrimientos. Pero el temor y la intranquilidad, lejos de amenguar, han ido en continuo aumento, no tanto por las transgresiones contra las normas imperecederas del derecho y de la moral, sino porque la sociedad, los pueblos todos, se han dado cuenta de que las instituciones encargadas de salvaguardar la paz eran incapaces de llevar a buen término la labor que les había sido encomendada.

También en el siglo XII hubieron transgresiones, y muy graves, que afectaban a la tranquilidad de las naciones. Hemos citado algunas de ellas. Pero cuando la Cristiandad, por la codicia o la soberbia de algunos poderosos, se hallaba perturbada a causa de las exigencias injustas o los apetitos malsanos de ciertos monarcas, los ojos de los pueblos se volvían suplicantes hacia la figura del Vicario de Cristo, único capaz de sujetar a los sediciosos, solventar las disputas y dar al mundo la paz y el bienestar.

Hoy estamos muy lejos de aquellos días, y no tanto en el tiempo cuanto en orden a la influencia bienhechora de la Iglesia, apartada por los sabihondos hombres de Estado de nuestro tiempo de su misión de Madre amorosa de las naciones y de la sociedad universal.

¿Y qué vemos hoy?

No repetiremos lo que se ha escrito ya en estas mismas páginas; no obstante, sí que haremos una brevisima referencia a los métodos de pacificación introducidos por el cesarismo y el espíritu liberal en nuestra edad, y que han ido «perfeccionándose» continuamente hasta llegar a alcanzar la sima de unas Naciones Unidas y, por doloroso contraste, de la asamblea de Estrasburgo.

No muy lejos de Reims —hoy los kilómetros cuentan poco—, en la capital alsaciana, se han reunido, el pasado mes, varios personajes, de mayor o menor calibre, que, en su afán de estabilizar la efímera paz del continente, tratan de lograr una unión de los Estados europeos, para equilibrar la potencia de la U. R. S. S. y hacer imposible el estallido de otra guerra mundial. Esto es, al menos, lo que se dice.

No han buscado para sus deliberaciones el ambiente y el refugio de ninguna catedral; han preferido los aires de un edificio moderno, presidido por cualquier símbolo que pudiera representar su apartamiento de todo principio religioso y la seguridad y fuerza de la razón para lograr el orden y la armonía en el cuerpo social.

No sabemos exactamente lo que han logrado en dichas reuniones. No sería, empero, muy difícil adivinarlo. En todo caso, cabe suponer que un cambio de clima y un li-

gero descanso no habrán ido del todo mal a los asambleístas en los rigores de un verano excepcionalmente caluroso. Pero lo que está sucediendo, los peligros que asoman por doquier, piden algo más que una excursión y unas vacaciones, y este algo más es lo que no se encuentra en ninguno de los congresos de ministros, de ayudantes de ministro, de jefes militares, de técnicos de Hacienda y de la Defensa Nacional, de delegados para uniones aduaneras, y otros muchos, que durante la temporada estival se han reunido en diversas ciudades europeas. ¿Dónde vamos con todo esto?

La respuesta no la daremos nosotros. La sacaremos de un dictamen sobre el futuro del Occidente, publicado por el «Comité internacional para el estudio de las cuestiones europeas», y del que forman, o han formado parte hasta hace poco, Paul Reynaud, André Le Troquer, Louis Marin, Maurice Schumann, Paul Claudel, lord Vansittart, Maurice Hill, etc. (1). En dicho documento leemos lo siguiente:

«Hemos ensayado los congresos de paz, los pactos de no agresión, los acuerdos de asistencia mutua, la Sociedad de Naciones, pero todo sin éxito.

»Tal vez el fracaso se deba al hecho de haber puesto nuestra confianza en la razón del hombre y no tan sólo en la amenaza de la pena capital y del principio: Quien mata, morirá.»

Es decir, la contestación a nuestra demanda es sencillamente la de que así no vamos a ninguna parte. Mejor dicho, a una solamente: a la destrucción y a la ruina.

Hay que volver a Roma

¿Cuál es el verdadero camino?

En el Concilio de Reims podemos ver una auténtica asamblea de la Europa cristiana; una asamblea que preside el Jefe de la Cristiandad, el Romano Pontífice. Allí es llevada la causa de un Emperador; allí, el rey de Francia defiende sus derechos y pide justicia; allí se debaten cuantos asuntos exigen arreglo y solución eficaz. Y se realiza ante la presencia activa de diputados llegados de toda Europa, y con la máxima publicidad, publicidad que por sí sola, como dice un autor, era capaz, muchas veces, de «reprimir la iniquidad más audaz y alentar la virtud más tímida».

Allí se manifiesta «aquella verdadera sociedad de naciones que fué la comunidad de pueblos cristianos», en cuyo seno permanecía en vigor la santidad del derecho mismo como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones (2).

Pero esto era posible porque se respetaba la plenitud del magisterio de nuestra Santa Madre la Iglesia, única que puede custodiar la santidad del derecho de gentes, «única que se muestra apta para tan excelsa misión, ya por su divino encargo, ya por su misma naturaleza y constitución, ya, finalmente, por su gran majestad proveniente de su larga existencia» (3).

Y esto también sería posible en nuestros días si los pueblos atendiesen las exhortaciones y las enseñanzas del Papa.

¿No habría sido, acaso, muy distinto el final de las reuniones de Estrasburgo si se hubiese aprendido la lección y seguido el ejemplo de la asamblea de Reims?

José-Oriol Cuffi Canadell

(1) *Le Monde*, 11 de julio de 1950, pág. 2.

(2) Pío XI. Enc. *Ubi arcano*. Véase «Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón», pág. 121.

(3) Obra cit. pág. 122.



SOLO DIOS SABE SI LA GUERRA ES

“PUES EL MUNDO ESTA ACOSADO NO SOLO POR LAS AMBICIONES DE DOMINIO”...

CRISTIÁN G. RAKOVSKI. — ¿Lo cree usted sinceramente?... ¿Cree usted unos inconscientes a esos verdaderos genios?... ¿Cree usted unos idiotas a los hombres a quienes obedece hoy el mundo entero?... ¡Esta sí que sería una contradicción estupenda!...

GABRIEL G. KUZMIN. — ¿Qué pretende usted?...

R. — Sencillamente, afirmo que son revolucionarios, objetiva y subjetivamente; totalmente conscientes.

G. — ¡Los banqueros!... ¿Se ha vuelto usted loco?...

R. — Yo no... ¿y usted?... Reflexione. Esos hombres son hombres como usted y yo. El poseer ellos el dinero, por ser sus creadores, sin conocido límite, no puede determinar el fin de todas sus ambiciones. Si algo crece en los hombres en razón directa a su satisfacción es la ambición. Y de todas, la que más, la ambición del Poder... ¿Por qué no han de sentir el impulso al dominio, al dominio total, esos hombres banqueros?... Igual, exactamente igual que usted y yo.

G. — Mas si, según usted y creo yo, ya tienen el poder económico universal... ¿qué otro pueden ellos desear?

R. — Ya lo he dicho: el poder total. Un poder como el de Stalin sobre la U. R. S. S.; pero universal.

G. — ¿Un poder como el de Stalin?

R. — El poder, si en realidad es absoluto, SÓLO PUEDE SER UNO. La idea de absoluto excluye la de pluralidad. Por tanto, el Poder al cual aspira la «Kapintern» (1) y la Komintern, por ser absoluto y por ser ambos en un orden mismo, en el político, han de ser un solo e idéntico Poder. El Poder absoluto es fin en sí o no es absoluto. Y hasta hoy no se inventó otra máquina de poder total más que el Estado comunista. ¿Comprende usted que los que dominan ya relativamente sobre las naciones y los gobiernos de la tierra pretendan el dominio absoluto?... Comprenda que es el único no alcanzado por ellos...

G. — Acabemos; ¿quiénes son ellos?... ¿No ha dicho usted que son banqueros?...

R. — Yo no; recuerde que siempre le he dicho la Finanzas Internacional y que al personalizar he dicho siempre «Ellos» nada más. Si he de informarle con sinceridad, sólo le diré hechos, no nombres, porque no los sé. No creo equivocarme si le digo que «Ellos» no son ninguno de los hombres que aparecen ocupando cargos en la política o en la Banca mundial. Según tengo entendido, desde el asesinato de Rathenau, el de Rapallo, no emplean en la política y en la finanza más que hombres interpuestos. Naturalmente, hombres de toda su confianza, con una fidelidad garantizada por mil medios distintos; así que cabe asegurar que los banqueros y políticos tan sólo son sus «hombres de paja»... por grande que sea su rango y aun cuando aparezcan personalmente como autores de los hechos.

En honor a usted, y también por ser necesario al fin que perseguimos ambos, haré lo posible por orientarle. Sepa usted que la historia no escrita, sólo conocida por nosotros, nos señala como fundador de la Primera Internacional Comunista —naturalmente, secreta— a Weishaupt. ¿Ya recuerda su nombre?... Fue el jefe de aquella masonería conocida bajo el nombre de Iluminismo, cuyo nombre lo tomó de la segunda conspiración anticristiana y comunista de la Era, el Gnosticismo. Previsto por aquel gran revolucionario, semita y ex jesuita, el triunfo de la Revolución francesa, decidió él, o le fué ordenado —hay quien señala como jefe suyo al gran filósofo Mendelssohn—, fundar una organización secreta que impulsara la Revolución francesa más allá de sus objetivos políticos, a fin de transformarla en Revolución social para instaurar el comunismo. En aquellos tiempos heroicos, era un enorme peligro tan sólo mencionar el comunismo como meta: de ahí todas las precauciones, pruebas y misterios de que debió rodear al Iluminismo. Aun faltaba un siglo para que, sin peligro de prisión o muerte, se pudiera declarar comunista un hombre públicamente. Esto es más o menos

conocido. Lo que se ignora es la relación de Weishaupt y sus secuaces con el primero de los Rothschild. El misterio del origen de la fortuna de los más famosos banqueros pudiera explicarse siendo tesoreros de aquella primera Komintern. Indicios hay de que cuando los cinco hermanos se reparten en cinco provincias el Imperio financiero de Europa, algo también oculto les ayuda a formar aquella fortuna fabulosa; pueden ser aquellos primeros comunistas de las catacumbas de Baviera, esparcidos ya por Europa entera. Pero dicen otros, creo que con mayor razón, que no fueron los Rothschild tesoreros, sino jefes de aquel oculto comunismo primero. Se apoya esta opinión en el hecho cierto de que Marx y los más altos jefes de la I Internacional, ya pública, entre ellos Herzen y Heine, obedecieron al Barón Lionel Rothschild, cuyo retrato revolucionario, hecho por Disraeli, *premier* inglés, y también criatura suya, nos lo legó pintado en el personaje Sidonia, el hombre que, según el relato, conocía y mandaba, siendo un multimillonario, en más espías, carbonarios, masones, judíos secretos, gitanos, revolucionarios, etc. Parece todo fantástico; pero está demostrado que Sidonia es el retrato idealizado del hijo de Nathan Rothschild, como también consta la batalla que libró contra el Zar Nicolás en favor de Herzen. Batalla que ganó. Si todo lo que se puede adivinar a la luz de estos hechos es realidad, como yo creo, ya podríamos hasta personalizar quién es el inventor de la formidable máquina de acumulación y de anarquía que es la Finanzas Internacional, el cual sería, a la vez, el mismo que creó la Internacional Revolucionaria. Algo genial: crear con el Capitalismo la acumulación en el más alto grado, empujar al proletariado al paro y a la desesperación y, a la vez, crear la organización que debía unir a los proletarios para lanzarlos a la Revolución. Sería éste el capítulo más sublime de la historia. Más aún: se recuerda una frase de la madre de los cinco hermanos Rothschild: «Si mis hijos quieren, no habrá guerra.» Es decir, que eran ellos árbitros, señores de la paz y la guerra, y no los Emperadores. ¿Es usted capaz de imaginar un hecho de tan cósmica trascendencia?... ¿No se ve así ya la guerra en función revolucionaria?... *Guerra Commune*. Desde entonces, toda guerra fué un paso de gigante hacia el comunismo. Como si una fuerza misteriosa diera satisfacción al anhelo que Lenin expresó a Gorki. Recuerde: 1905-1914. Reconozca usted, por lo menos, que dos de las tres palancas que llevan al mundo hacia el comunismo no son ni pueden ser manejadas por el proletariado. Las guerras no fueron provocadas ni dirigidas por la III Internacional ni por la U. R. S. S., que no existían aún. Tampoco pudieron provocarlas, aunque las ansiasen, y menos dirigirlas, aquellos pequeños grupos de bolcheviques que languidecían en la emigración. Esto es una evidencia meridiana. Y menos aún pudo ni puede la Internacional ni la U. R. S. S. conseguir esa tremenda acumulación de capital y la anarquía nacional e internacional de la producción capitalista. Anarquía capaz de hacer quemar ingentes cantidades de alimentos antes que darlos a las gentes hambrientas; capaz de lo que en frase gráfica escupió Rathenau: «Hacer que medio mundo se dedique a fabricar m... y hacer que el otro medio se dedique a consumirla.» Y, por último, no podrá el proletariado sostener que se debe a él esa infracción en progresión geométrica creciente, desvalorización, robo permanente de la plus-valía y ahorro del capital no financiero, no capital-usura, por ello, incapaz de recobrar la baja constante de su poder adquisitivo, produciéndose así la proletarianización de la clase media, la enemiga verdadera de la Revolución... No es el proletariado quien maneja la palanca económica ni la palanca de la guerra. Es él, sí, una tercera palanca, la única visible y espectacular, que da el asalto definitivo a la fortaleza del Estado capitalista y la toma... Sí, la toma, cuando «Ellos» se la entregan...

(1) El lector sabrá, por el contexto, advertir el sentido de esta expresión.

Del interrogatorio de Rakovski. «Sinfonía en Rojo Mayor», (pág. 537).

¿Resuelven estos textos de la obra «Sinfonía en Rojo Mayor» el enigma de las pa

INEVITABLE ENTRE RUSIA Y OCCIDENTE

“SINO TAMBIEN POR CORRIENTES QUE HAN ESCAPADO AL CONTROL DE LA HUMANIDAD”

General De Gaulle ⁽¹⁾

Mi buen amigo:

Acabo de leer cuanto ha escrito. Pero no tema, doctor. Su amor por su esposa y sus hijos es algo muy grande y hermoso. Créalo, me ha conmovido. Este mi corazón, al cual creía yo muerto ya para toda humana emoción, ha latido en piadoso acorde con el suyo.

Al abandonarle a usted, debo brindarle una reparación. Veo todas sus horas atormentadas por la implacable acusación de su conciencia. Se cree usted un asesino miserable, indigno de perdón ante Dios y los hombres. No, doctor, no. No es usted un maldito criminal. SIN SABERLO, HA SIDO UN HOMBRE QUE HA LUCHADO CONTRA LAS FUERZAS DEL MAL.

Mucho ha visto y mucho adivinó; pero no alcanzó jamás a sospechar quién era usted en realidad, porque fué incapaz de concebir quién fui yo...

Recuerde usted cuanto le dije aquella noche en París; todo lo que creyó mentira y prueba. ¿Lo recuerda?... *Pues todo era verdad.* Mi furor, cuando frustró mi plan, haciéndome seguir amarrado a la galera del Terror por la cadena de mi madre, me llevó a matarle. Se lo confieso y le pido perdón, como yo le perdoné a usted luego al considerar que ambos éramos esclavos por el mismo amor.

No ha sido usted un asesino. Le debo esta explicación. Si creyó siempre obrar mal, fué por ignorar la finalidad real de cuanto yo le ordené. Si hubiera yo podido revelar le motivo y consecuencia, usted hubiera obrado igual que obró. Ha sido usted mi camarada en la lucha más loca y audaz de un hombre QUE FUÉ CAPAZ DE LUCHAR ÉL SOLO CONTRA TODO EL INFIERNO.

Sí, amigo. A mí me transformaron en demonio. Dios, amor, conciencia y patria en mi mataron..., pero cuando a mi madre arrastraron a este infierno, EL DEMONIO QUE DE MÍ ELLOS HICIERON SE REBELÓ CONTRA TODOS CON UN ODIO SATÁNICO, INFINITO... En la lucha intestina del Partido hallé una oportunidad maravillosa para mi venganza insaciable. ¡Cómo los torturé!..., ¡cómo los asesiné!..., ¡cómo les hice que se mataran unos a otros!... Pero en este orbe del mal, asesinato, crueldad e inteligencia criminal son los grandes méritos para escalar las más altas cimas del Poder. Y yo las escalé. Al no ver en mi ambición de jerarquía, Stalin me creyó un místico enamorado de su implacable *divinidad*... Y fui ese a quien usted vió en algunos momentos... Imagíneme igual, pero siempre, día tras día, año tras año...

En un principio, mi venganza sólo fué deporte, gozo, alegría..., pero al escalar las vertiginosas cumbres del Horror, EL ODIO CIEGO DEVENÍA LÚCIDO, DIALÉCTICO: SATÁNICO.

Mi lucidez me hizo ver que no eran dioses los divinizados jefes comunistas. EL SECRETO DE SU FUERZA Y CLAVE DE SUS TRIUNFOS ERA EL ODIO, UN ODIO INFINITO CONTRA TODO, QUE, POR SER INFINITO, HACÍA QUE EL COMUNISTA ODIASE TAMBIÉN A TODO COMUNISTA. En esta verdad fundamental se basó mi plan de acción. Exploté el odio y la ferocidad de los comunistas para que se destruyesen entre sí. Esta lucha feroz entre marxistas debe ser algo consustancial con la naturaleza del propio comunismo... Se libra ya cuando nace la Internacional (Bakunin-Marx) y siguen exterminándose sin piedad, con infinita sed de sangre.

«El mal es mal para el mal», me dijo usted una vez. Es verdad. Yo no lo niego, he sido un criminal..., un asesino de asesinos.

Yo soñé con ser el más grande asesino asesinando al asesino máximo: Stalin.

Pero son «Ellos» los progenitores de toda revolución y de toda guerra. Sin «Ellos» no existiría hoy este Horror del Comunismo. Sin «Ellos» no se lanzaría hoy la humanidad a una matanza planetaria; a la guerra y a la revolución permanente, nuevo diluvio universal de fuego.

Sí, doctor, eso han pactado Stalin y Roosevelt... ¿Triunfará su maquinación?... Hasta hoy, sí.

SE DIRÍA QUE A «ELLOS» NO LOS ANIMA YA UN ANSIA DE PODER ABSOLUTO SOBRE TODOS LOS HOMBRES DE LA TIERRA, SINO UN DESIGNIO SATÁNICO DE DESTRUIR LA CREACIÓN...

Yo quiero, yo debo impedirlo, aunque pierda mi vida en el intento. Diré a los hombres responsables de la Europa, sentenciada por «Ellos» a morir, cuál es el plan de Roosevelt y Stalin... Esos hombres aun tienen en sus manos la oportunidad de salvar a sus patrias. Que Hitler y Stalin se destruyan entre sí..., que no inmolén a sus pueblos en una estúpida matanza para ser luego esclavizados por Stalin o por «Ellos»...

Sí, ya sé cuánta es la idiotez y la corrupción de la Europa sentenciada..., *pero el Terror no reina todavía en ella, existe aún Cristianismo: aun es posible el Amor.*

SI LA ESTUPIDEZ, EN ALIANZA CON LA TRAICIÓN DE TANTOS, LOGRA QUE SE DESTRUYAN ENTRE SÍ LAS NACIONES DE LA CRISTIANDAD, aunque parezca la más loca paradoja, la única esperanza de salvación para los supervivientes está en que Stalin viva. Que viva Stalin garantiza la división de las fuerzas del Mal. Su equilibrio y neutralización. Su choque, al fin..., y su autodestrucción. Fué, sin duda, providencial que usted me impidiera matar a Stalin. Viviendo él habrá división entre las fuerzas del Mal... «Y todo reino dividido será destruido», como dijo Cristo.

Créame, siento gran pesadumbre al dejarle aquí; si es preciso y puedo, volveré para llevármelo. Ahora es imposible. Es usted la única persona de mi afecto dentro de la U. R. S. S.

Lydia, la pasión de mi vida, se destruyó a sí misma creyéndose inmolada por mi al Moloc del comunismo. Y su muerte me demuestra que es imposible un amor en este infierno.

Mi madre también ha muerto hace unos días. Dios quiso premiar a mi santa dejándola morir en la ignorancia: Cuando yo cerré sus párpados a besos, sentí sobre mí su mirada eterna. Ya me verá siempre cual yo soy. He jurado ante Dios y ante ella que ya jamás se avergonzará de su hijo...

Y, por reflejo, ello motiva esta carta para usted, mi amigo. No he querido que usted se sienta avergonzado ante su esposa y sus hijos, *que hace mucho tiempo lo ven cual es...* ¡Valor, mi buen amigo!... Su mujer y sus hijos fueron asesinados por mandato de Yagoda cuando mandó asesinarlo a usted. Dios le dé fuerzas y se apiade. No sé decirle nada para consolarle en su inmenso dolor.

Adiós, doctor. Ahí le dejo medios, divisas, llaves, por si la guerra llega y quiere huir. Si se libera por sí mismo, yo lo hallaré.

Consuélese. Para usted ha tenido fin esta «sinfonía en rojo mayor».

Adiós, doctor; hasta nunca o hasta la libertad. Valor y resignación le desea su amigo,

GABRIEL

Carta de Gabriel al Dr. J. Laudowsky.
«Sinfonía en Rojo Mayor» (pág. 587).

(1) De un discurso pronunciado en julio del año actual.

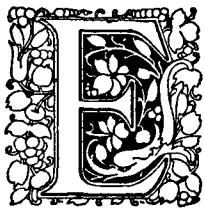
bras del General? ¿Serán esas fuerzas a que alude, el odio satánico contra Dios?

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

VIII

IÑIGO Y LA NOTIFICACION DEL CONCILIO

Un impreso a medio real



N la ciudad de Burgos, donde residía por aquel entonces la corte del Rey Católico don Fernando, a los 16 de noviembre de 1511 se realizó una ceremonia de gran solemnidad y de incalculable trascendencia: la pública notificación de la convocación del Concilio Ecuménico de Letrán, que, de parte del Papa Julio II, hizo a España el Nuncio extraordinario o embajador pontificio, doctor Guillermo Cazador. Era éste persona señalada en la Curia Romana y de origen catalán, circunstancia personal que muy bien pudo influir en su nombramiento.

De todo aquel notabilísimo suceso nos da noticia circunstanciada una relación impresa a los pocos días en el mismo Burgos. La lectura de este impreso contemporáneo en su texto original me parece que ha de ser conducente para ponernos, a los que vivimos en el siglo xx, en contacto espiritual con aquellos tiempos ya remotos, y que esta lectura habrá de ser mucho más conducente que cualquier reconstrucción fantástica seminovelesca.

Esta es la razón que me mueve a trasladar a las páginas de *CRISTIANDAD* los fragmentos que, para conocimiento de sus lectores y para la finalidad de mis artículos, juzgo que han de ser de especial interés y utilidad. La transcripción es literal; solamente he modernizado la ortografía, y entre guiones he pospuesto algún vocablo moderno al no tan inteligible del texto. El lector que desee conocer el documento íntegramente, lo hallará en el libro, digno de todo encomio, de don José M. Doussinague, «Fernando el Católico y el Cisma de Pisa» (Espasa-Calpe, 1946).

Colofón del impreso. — «Impreso en la dicha noble ciudad de Burgos, en veinte días del mes de noviembre del dicho año —1511—, por arte e industria de Fadrique Alemán, con privilegio de Su Alteza que otro no lo imprimirá en estos reinos. Es el precio medio real.

Comienzo el texto. — «16 de noviembre de 1511. Estando el Rey nuestro Señor en esta noble ciudad de Burgos, envió a él nuestro muy Santo Padre Julio segundo, por su Embajador o Nuncio, al venerable y docto varón el doctor Guillermo Cazador, auditor de Causas del Sacro Palacio, a le notificar por un Breve y copia signada y sellada de la Bula de la convocación del Concilio General que Su Santidad ha convocado y convoca en Roma en San Juan de Letrán.

»Al cual Nuncio Su Alteza mandó honorablemente recibir, y cuando le fué a besar las manos y a presentar el dicho Breve, le suplicó le quisiese mandar dar pública audiencia para decir su embajada, y Su Alteza se lo otorgó.

»Y luego el domingo adelante que se contaron 16 días de noviembre de este año de mil y quinientos y once, a las ocho de la mañana, fué Su Alteza a la iglesia mayor —a la Catedral—, acompañado de muchos preladados y grandes señores de estos reinos y de muchos de su alto Consejo;

de caballeros y otras personas de corte. Y allí se llegó gran muchedumbre de pueblo.

»Y luego se comenzó la Misa muy solemnemente. Al medio de la cual, en el tiempo que se suele predicar, después de la ofrenda —del ofertorio—, Su Alteza se levantó de su real silla y el dicho Nuncio, en presencia de todos, presentando su Breve, en alta voz propuso en latín una solemne oración —discurso—, el tenor de la cual, puesta en nuestro romance castellano, es este que se sigue:»

Antes de pasar adelante en la copia del escrito de Fadrique Alemán, tengo por conveniente hacer un alto para poner en antecedentes al lector que de ellos tuviere falta.

Aquel día 16 de noviembre de 1511 hubo de ser, para el noble y piadoso pueblo de Burgos, de esperanza y de gozo espiritual.

El anuncio de un Concilio Ecuménico, proclamado con tanta majestad como popularidad, conmovió las almas de aquel pueblo tan cristiano y los llenaría de aquella venturosa esperanza que nace de la fe viva e ituminada y de aquel gozo íntimo y dilatado, que es fruto de la caridad derramada en las almas de los fieles por el Espíritu Santo.

Sin embargo, aquella legítima alegría, aquella esperanza, debieron quedar algo enturbiadas por la pena y desengaño. Pena debieron de sentir por los males que hacían necesario el Concilio, mayormente por el Cisma, por la división de la Iglesia, y desengaño por haberse desvanecido una ilusión: la de verse libres de piraterías y cautiverios; bien que podía esperarse de la Cruzada.

El malogro de la Cruzada del Rey

El Rey Católico, don Fernando, distaba no poco de ser San Fernando, pero no menos distó de aquel Fernando el cual tomó por ejemplar de príncipes Maquiavelo y de quien trazó un elogio caricaturesco. Fué pecador, y tal vez más escandalizado que escandaloso, prestó homenaje práctico a relajaciones de la moral, en nuestro tiempo inimaginables. Pero en su vida y en su conducta auténtica no aparece, como lo pintan, escéptico, egoísta y desamorado, sino profundamente religioso y enamorado de altos ideales. Sus palabras, que no son mentiras, y sus obras, nos lo muestran prudente y condescendiente, amigo de la paz entre cristianos y de la guerra contra los infieles, de la Cruzada.

Laméntase sin cesar de la mala suerte que le ha enzarzado en guerras contra cristianos. una tras otra, y le ha impedido realizar su ideal: la guerra contra los infieles; la conquista de la tierra de infieles.

Tanto era el deseo de Fernando de emprender esta guerra santa contra los infieles, que llegó un momento en que el optimismo, nacido del deseo, llegó a ilusionar su claro y profundo entendimiento práctico. Y tan ofuscado anduvo, que juzgó que una paz tan superficial y ficticia como la entonces existente daría tiempo y posibilidad para realizar uno de sus principales planes de su ideal de Cruzada: la conquista de Túnez.

Debió de concebir tal ilusión cuando esperó con razón juntar a todas las principales potencias europeas en un Congreso de paz, y se convalidó la ilusión cuando en Mantua se reunió este Congreso.

Cobró con ello tales alientos, que resolvió equipar un ejército poderoso y una numerosa y fuerte armada. En persona iba él a gobernar estas fuerzas hasta alcanzar la conquista de la importante plaza de Túnez. En Sevilla estaba dando la última mano a la expedición, cuando en mayo y en junio de aquel año de 1511 fueron llegando noticias cada vez más alarmantes:

La conferencia de Mantua avanzaba entre dificultades;

Julio II quería intervenir personalmente, por lo cual los congresistas hubieron de trasladarse de Mantua a Bolonia;

el delegado francés no pudo entrar en Bolonia, ni participar en conversaciones en que el Papa intervenía personalmente, por considerarse éste en guerra con Francia; fracasa en definitiva aquella conferencia de la paz;

el Obispo de Gurk, delegado del Emperador, se ausenta airadamente sin despedirse del Papa;

este prelado, desde Parma envía mensajeros a los Cardenales enemigos del Papa que residían en Milán, incitándoles a que cuanto antes convoquen el Conciliábulo antipapal;

el general francés ocupa Bolonia, la segunda ciudad de los Estados del Papa, y hace entrega de ella a los Bentivoglio, enemigos del Papa Julio;

los Cardenales antipapales convocan el Conciliábulo de Pisa en nombre del rey de Francia y del Emperador;

queda disperso y prácticamente anulado el ejército pontificio; los Estados del Papa se hallan indefensos y expuestos a una ocupación total extranjera;

Julio II vuelve a Roma enfermo y derrotado;

se considera probable la creación de un antipapa.

Dios, compadecido de su Iglesia, no permitió que los franceses se aprovecharan de su situación para llevar adelante sus avances y sus conquistas con el séquito de calamidades que les son naturales. Sea que en aquellos corazones de militares vivieran los sentimientos humanos de misericordia y de justicia; sea que les contuvo el temor de Dios; sea que les enfrenó la indecisión o la cobardía, lo cierto es que en aquellos momentos, aquel territorio y aquel pueblo padecieron menos de lo que hubiera sido de temer.

Mas también es cierto que el plan de Cruzada, en que tenía el Rey Católico puesta su mente y su corazón, quedó, por entonces, frustrado.

Decisiones y actuaciones diplomáticas

Sumario

Hasta el 21 de junio de aquel año 1511 quedó el Rey Católico en Sevilla. El plan de guerra a los turcos y berberiscos que le había llevado a la ciudad del Guadalquivir se había hecho imposible por la fuerza mayor de acontecimientos imprevistos. Mas no era el rey Fernando persona que se dejara desbordar por lo imprevisto, aun cuando la imprevisión proviniera, como en este caso, de descuido o alucinación que hubiera podido impedirle.

Antes de salir de Sevilla reúne su Consejo, para asistir al cual tuvo que hacer un no corto viaje el insigne y ya anciano Cardenal Cisneros. Salió de esta asamblea la decisión de acudir en defensa de la Iglesia y emplear para este santo fin el ejército y la escuadra dispuestas para la conquista de Túnez. El Cardenal Cisneros ofreció para los gastos de la empresa 400.000 ducados y su propia persona; el Rey declaró que estaba resuelto a poner una parte de su ejército a disposición del Romano Pontífice para la recuperación de Bolonia.

Ya se ve que semejante actitud no era solamente del Rey, sino del Consejo y del pueblo español, y traía consigo el peligro próximo de guerra con Francia. Este peligro mo-

vió al Rey a trasladarse a Burgos con su Corte, para estar en lugar más vecino a la frontera.

Fernando no era amigo de la guerra y la evitaba cuanto podía. En el caso presente, aun cuando la guerra parecía inevitable, no desesperó de los recursos pacíficos y emprendió una muy sagaz e intensa campaña diplomática que duró meses. Su intento era ver de reconciliar a los Estados, y en primer término a Luis XII con el Romano Pontífice, dando con esto un golpe de muerte al Conciliábulo de Pisa.

De resultar esto imposible, sería la táctica del Rey Católico aislar a Francia, hasta llegar a lo más difícil, como era separar de Luis XII al Emperador.

Esto que parecía punto menos que imposible lo consiguió el genio práctico y diplomático de Fernando valiéndose de sus dóciles y eximios colaboradores: los embajadores. Estos varones de mérito, que debieran ser más conocidos de lo que lo son, eran, como digo, dóciles a las directivas que les llegaban de la central diplomática de Europa, que era la Corte del Rey Católico, estuviera él donde estuviera.

Durante estos meses de actuación diplomática incesante, audaz, como ahora se dice, de gran envergadura, la Corte residió siempre dentro de los límites de los reinos de Castilla, donde gobernaba el rey de Aragón en nombre de su hija Juana, incapaz de reinar por su estado de demencia, y en nombre de su nieto, el futuro emperador Carlos V, que era entonces de 11 años.

Dentro de los confines de Castilla, durante estos cinco o seis meses que se cuentan desde la suspensión de la expedición contra Túnez, a principios de junio, hasta la solemnidad de que nos da noticia el papel de Fadrique Alemán, a 16 de noviembre, la corte se iba moviendo lentamente desde Sevilla a Burgos, término del viaje: Cantillana, Madrid, Valladolid, Tordesillas, Burgos. Desde estas poblaciones se hallan fechados documentos del rey o de su secretario Pérez de Almazán, señor de Maella.

Lo que de esta correspondencia nos ha sido posible leer y meditar resulta muy luminoso, no tan sólo para aprender la historia de aquel momento trascendental, sino también para conocer y valorar aquella Corte, a la que he apellidado la central diplomática de Europa, y en ello no creo pecar de exagerado. Todo esto es de sumo interés para nuestros artículos, como el lector irá viendo.

«Servía en la Corte del Rey Católico»

Muy parco fué siempre San Ignacio de Loyola en comunicar a los demás, aun a sus íntimos, noticias de sí mismo y de su vida.

Mas esa parquedad sube de punto por lo que se refiere al transcurso de tiempo que abarca los años desde su nacimiento hasta su conversión total y definitiva, que se realizó en 1521.

De los años más próximos al 1521, algo dijo, por ejemplo, de sus relaciones con el Duque de Nájera, pero de los años en que consta que vivió con el Contador Mayor de Castilla, don Juan Velázquez, nada o casi nada nos ha legado, a lo más alguna alusión.

Mas he aquí que, por lo que se refiere a aquellos tiempos de su primera juventud anteriores a 1518, nos da una noticia de no escasa importancia incidentalmente al narrar, en su autobiografía, un episodio de su peregrinación a Jerusalén.

Este es el pasaje a que aludimos:

«... En este camino de Ferrara para Génova pasó otras cosas mucho menudas, y a la fin llegó a Génova, donde le conoció un vizcaíno que se llamaba Portundo —Rodrigo Portundo; era entonces general de las galeras de España—, que otras veces le había hablado cuando él servía en la Corte del Rey Católico. Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho peligro de

PLURA UT UNUM

ser tomado de Andrés Doria, que le dió caza, el cual entonces era francés.»

Será preciso en otro artículo analizar con alguna detención el pasaje copiado.

Nos ayudará para este análisis un documento que el muy erudito P. Fidel Fita, S. I., publicó en el Boletín de la Academia de la Historia en 1890, que transcribo a continuación. Es, como dice el P. Fita, copia de una relación que está al principio de la historia del Colegio de Arévalo, en que se da noticia cómo San Ignacio vivió en Arévalo.

«Para consuelo de los del Colegio, se pone que N. P. Ignacio, fundador de la Compañía, vivió en este lugar algunos años. Y fué desta manera que el Contador Mayor de los Reyes Católicos, llamado Juan Velázquez, caballero muy principal, fundador del monasterio de la Encarnación de esta villa, siendo persona de gran calidad y muy amigo de Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola, padre de N. P. Ignacio, envió a pedir le diese uno de sus hijos, para que él, con su favor, le ayudara y tuviese en su casa; y así le envió a Iñigo de Loyola su hijo menor; y estuvo en casa del dicho Contador, *unas veces en la Corte y otras veces en Arévalo*, hasta que el dicho Contador murió sin poderle dejar acomodado como deseaba. La mujer del dicho Contador, que era señora muy principal, dió a Iñigo de Loyola quinientos escudos y un par de caballos, en los cuales el dicho Iñigo se fué al Duque de Nájera; y de allí se fué al castillo de Pamplona. Todo esto lo contó Alonso de Montalvo, como testigo de vista, al P. Antonio Láriz. Era este caballero muy rico; y él fundó la capilla principal de San Francisco en esta villa, que está ahora debajo del altar mayor; y este caballero era paje del Contador cuando N. P. Ignacio vivía en su casa; y era muy amigo de N. P. Ignacio; y le fué a visitar, cuando en Pamplona estuvo malo de la pierna, y le vió curar de ella; y lo contaba, antes que se imprimiese y se escribiese la Historia, como en ella se refiere.

»Lo mismo que decía Alonso de Montalvo contaban en su tiempo otras personas antiguas; en especial el Padre Alonso Esteban, que siempre ha sido y es muy devoto nuestro, se lo contó a él doña Cathalina de Velasco, hija del Contador; a la cual, N. P. Ignacio escribía después de ser general y fundador de la Compañía, *reconociendo la casa en que había estado*; por lo que piadosamente podemos

creer que por oraciones y méritos de N. P. Ignacio se fundó este Colegio en esta villa.»

Conclusión

Lo dicho en este artículo proporciona a quien desea conocer a Iñigo de Loyola en su juventud, en el ambiente que por entonces en él influyó, elementos de juicio que no parecen despreciables. Iñigo dice que sí que vivió en la Corte del Rey Católico, y este artículo hace ver esta Corte desde un punto de vista en general poco aprovechado.

La Corte del Rey Católico, en la cual Iñigo de Loyola servía, era, repito, la central diplomática de Europa. Iñigo, cuando se llamaba Ignacio, actuó como hombre de gobierno extraordinario. Dios en su providencia fuerte y suave, prepara y dispone, para sus divinos intentos, a sus elegidos, por medio de procedimientos inasequibles e insospechables a la humana pedagogía. Aun vista la obra de Dios en su perfección ultimada, se nos oculta en su mayor parte el trabajo que Dios en ella ha puesto; a lo más llegamos a adivinar una sombra de la labor divina. Con todo, hablando en líneas generales, es natural que para adaptar una persona a su destino, Dios omnipotente la ponga en un ambiente favorable, directa o indirectamente, inmediata o mediatamente, a la formación que intenta.

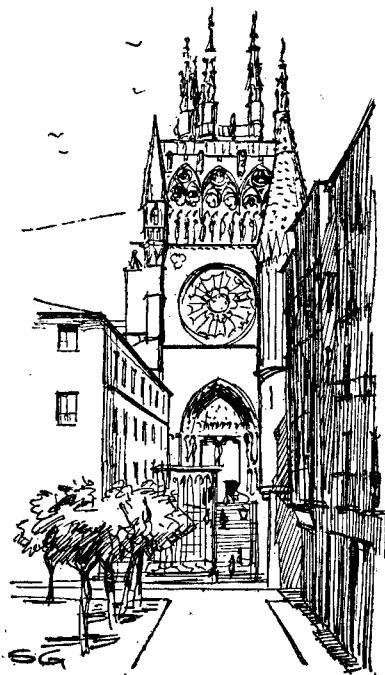
En la Corte del Rey Católico actuaba un Gobierno cuyas características eran la eficacia de un ideal elevado y la prudencia y ductilidad en los medios.

Estas virtudes fueron precisamente las características del gobierno sobrenatural de Ignacio. ¿No vislumbras, lector que te interesas por conocer a San Ignacio, el designio de la Divina Providencia al situarlo, en su juventud, en la Corte del Rey Católico?

Y ahora ocurre preguntar: ¿en qué documentos desconocidos, en qué archivos secretos habían podido, el novelista y su prologuista, de que hablamos en el artículo VI, formarse la idea de un Iñigo de Loyola colateral de César Borgia, militarista y precursor del auténtico fascismo?

Y aprovecho gustoso la ocasión para satisfacer la comprensible curiosidad de algunos lectores de CRISTIANDAD. El novelista era don Pio Baroja; su prologuista, don E. Giménez Caballero, y la obra, se titulaba «Comunistas, judíos y demás ralea».

Ramón Orlandis, S. I.



Catedral de Burgos: Fachada del Sarmental

CONCIENCIA SOCIAL Y ESPIRITU DE REFORMA

II

JUSTICIA SOCIAL

Insistencia sobre el tema de la persona

Las palabras, como pura expresión, no convencen; el hombre ni siquiera atiende a razones. La persona, en cambio, es siempre sugerente. Para entender algo de lo que hay en el universo, es forzoso transitar por ella a través del diálogo y de la inmediata presencia, lo cual supera fundamentalmente al lenguaje.

El peso de la persona empieza a gravitar cuando ha superado la lógica. El heroísmo es una «locura», pero, en las antipodas, la rutina de la vida pasional sitúa al hombre al margen de toda razón. En última instancia, cabe establecer una radical diferenciación: la existencia rutinaria es necesidad; el heroísmo del ideal, sabiduría. Por encima del saber intelectual existiría otra más honda sabiduría, aquella en la que participaría la persona entera.

El diálogo nos hace volver hasta nosotros mismos; si no fuera así, es que no hay auténtica *conversación*, en donde siempre se nos arranca algo entrañable, justamente porque se da allí un verterse hacia afuera, pero en una recíproca transvasación de humanidad. Hay que huir, en cambio, de la «charla».

Seguramente no le es posible al hombre tener intimidad sin haber atravesado por lo foráneo. Pero en la mirada profunda que dirige a su contorno se forjará su *conversión*; y en el trato con las cosas y las personas que le rodean aquilatará su propio valor, su virtud, es decir, su vigor personal. En todo caso, por *lo que hay* —cosas, personas y Dios—, la persona llega a ser conscientemente presente a sí misma.

Aceptar sinceramente la vida consiste en situarse en este punto de arranque de toda humildad. La soberbia es desnaturalizadora, hasta el extremo de pretender situar al hombre más allá de sí mismo y de sus posibilidades; desdén una seria confrontación ontológica.

Pero esto no es todo. Lo que pudiéramos llamar el drama de la existencia personal, entendiéndolo aquí por drama el desenvolvimiento activo de la vida, pero también el contrapunto de dolor y sufrimiento que el simple vivir pueda engendrar cuando en el sujeto se enfrentan aquellas posibilidades, ese drama comienza en el instante justo en que la persona tiene que hacer algo con las cosas, con las otras personas, con Dios y, lo que es más grave, con ella misma.

Entonces despunta verdaderamente en el horizonte personal de la vida el problema ético. Descúbrese también entonces uno de los quicios fundamentales de tal problema; aquel en que se apoya todo el armazón de la vida interpersonal, allí donde juegan su respectivo papel las cosas, las personas, el sujeto y Dios. Nos referimos a la justicia.

Justicia y humildad

Dice Santo Tomás que lo excelso de una virtud se calibra por el orden que la razón establece en vistas a algo, principalmente al fin y secundariamente a lo que se orienta hacia el fin. «*Esta ordenación —añade— consiste, de modo esencial, en la misma razón que ordena; por participación estriba en el apetito ordenado por la razón. Un orden tal le establece universalmente la justicia, sobre todo la legal. La humildad, por su parte, sujeta al hombre a aquel orden*» (1).

Por eso la justicia se antepone a la humildad, que es algo de tipo negativo, por decirlo así, la que «elimina lo que impide la salvación humana» (2). La justicia, en cambio, es la ordenación misma, y por eso incluye las otras virtudes. Puede decirse que es virtud general. En efecto, dispone los actos de las demás en pos de su fin (3).

Aquella confrontación ontológica de que hablábamos antes, es decir, la humildad, por ser una referencia, por

ser un auténtico tomar posición en el cosmos, conduce, a través de la justicia, al ápice de la vida perfecta, a la penitencia y a la caridad. De aquí que la verdadera justicia, a su vez, sea amor de Dios y del prójimo. «*Justitia —recoge Santo Tomás palabras de San Agustín— est quæ cæteras (virtutes cardinales) diffunditur, dilectio Dei et proximi*» (4).

La humildad prepara el camino de la justicia, como la justicia el de la caridad, último y heroico remedio para guardar fidelidad al destino personal. Si la humildad consiste en aceptar serenamente el perímetro de nuestro propio ámbito personal, la justicia, por su parte, ratifica el de los demás y, en su esencia, encierra toda relación operativa exterior de la persona (5), pero, aunque exterior, se refiere incluso a su propio ser y existencia personales. Así, en cuanto social, el hombre no puede dejar de tener miramiento ni a sí mismo, porque, con todo y que no cabe ser injusto para consigo, sin embargo sería injusto con la sociedad y con Dios, a los que pertenece (6).

La humildad posibilita el complejo mecanismo de la justicia. Toda vez que el ideal confiere a la persona su carácter de educable, no es extraño constatar que sólo en el caso de que la persona se reconozca inferior al ideal puede hablarse de educación. Por consiguiente, hay en la base de toda pedagogía un acto de humildad que equivale a lo que pudiéramos llamar un *dejarse ayudar*.

Hasta, no sin cierta lógica, puede arrancar de esto mismo una falsa humildad. Es la que rechaza Santa Teresa, apurando la experiencia, después de haber sufrido sus extravíos. Consistiría en ahondar de tal suerte el abismo que nos separa del ideal, que vendría a pensarse tentación de soberbia el intentar establecer con nuestras exiguas fuerzas una conexión, por muy remota que fuese, con él. Así explica la Santa el hecho de haber permanecido algún tiempo en actitud refractaria a la oración y a la eucaristía (7).

Diametralmente opuesta es la actitud de quien se juzga con poder suficiente para bastarse a sí mismo. Claro está que alguien mencionaría incluso un *derecho* a no dejarse ayudar; pero, ¿no resulta absurdo este tan impropiamente llamado «derecho»?

Ahora bien, lo que resulta asombroso, aunque no lo parezca en seguida, es que este «dejarse ayudar» compromete irremediablemente, no ya al que entrega y difunde su persona —he aquí la verdadera ayuda—, sino a aquel que desde su indigencia es elevado hacia los niveles superiores en pos del ideal. Y lo calificamos de cosa extraordinaria porque aquí no vale la astuta hipocresía del «ir tirando». No es posible, en una palabra, aceptar la ayuda y no ser digno de ella, porque no se trata de riquezas, sino de personas, ni siquiera de ciencia, sino de sabiduría.

«Dejarse amar» —un caso más concreto y, por eso, más profundo, de lo que venimos diciendo— no es posible sin amar a la vez. Cuando se dice que en la vida unos aman y otros se dejan amar, no se cae en la cuenta del contradictorio que la fórmula encierra. No es posible insistir en este momento.

Persona, sociedad y justicia

Mas advirtamos lo que se desprende de todo ello. Al procurar su personal educación y salvación, la persona ha de procurar la educación y salvación de los demás. En el «yo» hay una constitutiva referencia al «tu». *Amor Dei et proximi*: el «amaos los unos a los otros» —sublime insistencia de San Juan— podría tener el sentido de comprometer a los hombres en una mutua y común responsabilidad de salvación por la caridad, *pero también por la justicia*. Porque, ¿puede pensarse al hombre como entidad

(1) Santo Tomás. S. Teol., II-II, q. 161, art. 5, c.

(2) Ibid., ad 4.

(3) Ibid., q. 58, art. 6.

(4) Ibid., art. 8, ad 2.

(5) Ibid., arts 8, 9, 10, etc.

(6) Ibid., q. 59, art. 3, ad 2.

(7) Santa Teresa, «Autobiografía», cap. 7, n.º 9 y cap. 8, n.º 3.

PLURA UT UNUM

aislada? Sin duda no es posible; y, sin embargo, ¿llegaremos hasta el extremo de afirmar que el individuo es una abstracción? De hacerlo, es casi seguro que asentariamos las bases de un socialismo extremo.

Son famosas, por lo trascendentales para nuestro tiempo, las palabras de Natorp, el neokantiano de la escuela de Marburgo: «*El hombre particular es propiamente sólo una abstracción, como el átomo del físico. El hombre, por lo que respecta a todo lo que hace de él un hombre, no se presenta, al principio, como individuo particular para entrar después con otros en una comunidad, sino que, sin esta comunidad, no es de ningún modo hombre*» (8).

Natorp pretende desterrar el individualismo de la época, y está en lo cierto: «*La sociedad no se explica por una unión meramente externa de particulares.*» Pero si esta posición ha de situarse, como en realidad se sitúa, en el extremo más rabiosamente opuesto a la otra, ambas acaban siendo exageradas, puesto que si bien el hombre no tiene sentido solo, no por ello la persona es una abstracción. Por el contrario, es lo más concreto, porque es lo más real que existe. Las irradiaciones personales y los lazos que contrae con lo que la circunda, en especial con el mundo constituido por las otras personas, no hacen más que cargarla de potencial ontológico.

Esta íntima referencia social de la persona la hace radicalmente abierta y comunicativa, de modo que puede decirse, con verdad, que *nada humano le es ajeno*. Interfiere el destino de los demás y el suyo queda transido por el de la sociedad entera.

Resulta entonces absurdo e incongruente desentenderse de lo que no sea el «yo»; en consecuencia, si aceptásemos que la oración es un medio eficaz para alcanzar la salud espiritual, en la intención de esta plegaria personal va involucrado el género humano entero. Rogar por los otros es, de esta suerte, la expresión genuina de la solidaridad metafísica y, por lo tanto, inexorable, que transpira la persona. En la insalubre pantanosidad del Cister (9) —pongamos por caso típico—, un monje pudiera haber cumplido una efficacísima misión social simplemente orando.

He aquí la razón de nuestra insistencia por situar todos los problemas en que se debate el hombre, hoy y siempre, en el marco luminoso de la persona. Luminosidad que puede ayudarnos a vislumbrar los términos en que se plantea el problema social moderno y muy mucho de su solución.

Justicia social

«Lo social» vendría a ser, si se nos permite salvar la distancia, la *teoría de los grandes números* en filosofía. El vocablo «social» adquirirá su esplendor en el positivismo del siglo pasado, cuando se acuña la palabra «sociología» a modo de preparación terminológica del fenómeno humano que estaba germinando.

«Social» significa, probablemente, «aquello que se refiere a la sociedad en cuanto tal». Término, pues, legítimo, como el que más. Pero hablar de *justicia social* parece, por lo pronto, una redundancia. Claro está que pueden distinguirse aspectos distintos de las relaciones *ad alterum* y, con ello, diversas clases de justicia, pero parece que lo social implicaría siempre la justicia, y que ésta, siempre también, tendría lugar por una referencia a la sociedad.

Ahora bien, al margen del sentido estricto de las palabras, sería interesante acercarse a lo que en la actualidad se entiende por aquella expresión.

«Además de la justicia conmutativa, existe la justicia social —dice Pío XI (10)—, que impone también deberes a los que ni patronos ni obreros se pueden abstraer. Y precisamente es propio de la justicia social el exigir de los individuos (tanto patronos como obreros) cuanto es necesario al bien común.»

Sin detenernos ahora en el problema debatido alrededor de esta posible cuarta clase (11) de justicia, la social, es evidente que las palabras del Papa fijan, de un modo amplio y general, el fin de esta justicia en sentido similar al que Santo Tomás determina para la justicia legal: *el bien común* (12).

¿Cómo lo entienden, por su parte, los movimientos sociales extremistas que, con la Iglesia aunque al margen de ella, son los que con mayor insistencia reclaman justicia social?

(8) Pablo Natorp, «Pedagogía social», pág. 97 (trad. esp.).

(9) Bajamos a la concreción de este nombre porque el presente número se centra sobre él precisamente.

(10) Encíclica *Divini Redemptoris*.

(11) Las otras tres aceptadas tradicionalmente son: legal, conmutativa y distributiva.

(12) Santo Tomás, loc. cit., q. 58, art. 3.

Justicia social sería igualdad de clases; todo lo matizada que se quiera, pero igualdad al fin y al cabo.

Independientemente del desarrollo de estas doctrinas, podemos simplemente apuntar que esta pretendida igualdad es legítima siempre y cuando se funde en lo que, de hecho y de derecho, como dice el actual Papa, es unidad de origen e «*igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres*» (13). Lo que acontece es que el hombre, percatándose de que su persona no tiene sentido, ni eficacia, en soledad, y exacerbando el sentimiento de solidaridad en la medida en que lo restringe a su grupo, se ha dejado desviar al temible conflicto de la lucha de clases, en cuya provocación quizá él no tiene tanto arte ni parte como se podría suponer.

Justicia o caridad

La sociedad ha quedado, pues, dispuesta en grandes bloques, donde han desaparecido todos los rasgos personales diferenciadores. La sociedad anónima y el sindicato: he ahí los frutos de la madurez de nuestro tiempo, que es medularmente impersonalista. Como decíamos en otra ocasión (14), hasta la beneficencia se hace por instituciones, y lo que es más grave, por cursos financieros.

Esto no es caridad, y *nada más lejos de la justicia*. Así, adquiere un tremendo sentido la exclamación del indigente: *¡No queremos caridad, sino justicia!* Si es que reclama a la persona, le asiste completamente la razón. Puede y debe exigir la persona, porque la persona se le debe en justicia.

En todo caso, su exclamación tiene otro sentido menos profundo, pero eso no importa para que también por este lado se coloque en el lugar que le confiere su dignidad y le permite la justicia. *¡No caridad, sino justicia!* Si, ciertamente, «*la caridad que priva al obrero del salario que se le debe no es caridad, sino un vano nombre, una apariencia fingida de caridad*» (15).

En Santo Tomás encontramos un pasaje elocuente a este respecto:

«*Con la justicia —dice— se unifican otras virtudes secundarias, como la misericordia, la liberalidad y otras de este tipo; y por eso socorrer a los indigentes, que pertenece a la misericordia o piedad, y beneficiar liberalmente, que pertoca a la liberalidad, se reducen y atribuyen a la justicia como a la virtud principal*» (16).

Lamentablemente, aquel grito angustioso del obrero pide, con una gran inconsecuencia ontológica, pero con meditada lógica histórica, la constitución de un bloque que oponer, anónimo también, al capitalismo: es el sindicato. La justicia social, así entendida, queda entonces en una difícil postura: precisamente en el espacio por donde ha de circular el arco voltaico entre estos dos gigantes polos. ¿Será asombroso que el régimen de la justicia se perturbe en estas condiciones?

Es cuando puede empezar a hablarse de *pecado social*. Advirtamos que el pecado siempre quebranta una relación de justicia; por eso mismo es *iniquidad*. El obrero pide en justicia que se le devuelva lo que le corresponde por el fruto de su trabajo. Pero, ¿a quién se lo pide? ¿Al capitalista o al capital? El capitalista se escuda detrás del anónimo del capital, y el obrero pretende hacerlo bajo el anónimo del sindicato. Mas no nos engañemos: el pecado nunca es anónimo. Al ampararse con estas barreras de papel, la sociedad ha perdido el norte de la verdadera solución, que es volver a la persona en una *penosa reconquista* de la dignidad humana (17).

En definitiva, se trata, como dice Pío XII, de una reconciliación con la divina justicia. «*Se opera así el gran retorno de una Humanidad rebelde a las leyes de Dios*» (18).

De inmediato, la ley del egoísmo («lo mío, mío, y lo tuyo, mío») habrá de substituirse irremediablemente por la norma de la justicia («lo mío, mío, y lo tuyo, tuyo»). Y ni siquiera esto puede ya salvar a la humanidad; a no ser que tenga lugar una entrega sin tasa, un «loco» heroísmo, un abnegado cumplimiento de la ley de Dios, que se expresa *ya* en fórmula de caridad («lo tuyo, tuyo, y lo mío, tuyo»).

Sólo casual y paradójicamente pueden compararse aquellas palabras del Papa a estas otras de Proudhon: «*La justicia social no puede salir del odio social.*»

Francisco Hernanz

(13) Encíclica *Summi Pontificatus*.

(14) Vid. CRISTIANIDAD, n.º 150 el art. «Espíritu burgués y espíritu de cruzada».

(15) Es la voz de la Iglesia. Vid. Intención del A. de la O. para mayo 1950 en CRISTIANIDAD, n.º 147, p. 202.

(16) Santo Tomás, loc. cit., art. 11, ad 1.

(17) Es digno de atención el carácter de verdadera *penitencia social* que tiene esta reconquista. Esperamos insistir algún día.

(18) Pío XII. Encíclica *Summi Pontificatus*.



SAN BERNARDO

«El milagro más grande no lo hizo en Espira, en Albi, en Sens o en Reims. No, **su milagro de milagros se realizó en ClaraVal...** Sacando hombres de todos los caminos de la vida, y modelándolos a semejanza de Cristo...»

«Ud. se estremeció cuando Bernardo silenció a Abelardo en Sens, en Albi, cuando obligó a esa Iglesia a proclamar la profesión de fe ortodoxa; dice Ud. que se quedó perplejo cuando indujo a Conrado a postrarse de rodillas, y con toda la Cristiandad agradece a Bernardo por haber puesto fin a aquel horrible cisma; pero esas cosas, grandiosas como son, para mí (y estoy seguro de que también para nuestro Abad), son puramente accidentales e incidentales...»

SU VIDA, Y LA OBRA DE SU VIDA, ESTÁ AQUÍ, EN CLARAVAL,
ENSEÑANDO A LOS HOMBRES CÓMO AMAR A DIOS...»

(De «La familia que alcanzó a Cristo», de M. Raymond, O. C. S. O.)

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

Mensaje a Juan

I

«Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó su corazón»

(SAN JUAN, XIII - 21)

El inmortal escenario de la Cena está presente en nuestra imaginación: El Señor preside la parte central del triclinio y tiene a su derecha a Juan, el Apóstol amado.

Al oír el acento angustiado, la mayor sensibilidad de Juan, que siente en su corazón la correspondencia de aquella maravillosa corriente afectiva, alerta sus sentidos y girando lentamente la cabeza, fija su mirada en el Señor.

La indicación es clara: los ojos de la luz maravillosa se presentan velados por el inconfundible diafragma de la angustia.

Entonces, y con un gesto imperceptible que nace de la postura y posición de Juan en la mesa, el Apóstol amado reclina su cabeza sobre el pecho de Jesús.

El Santo Evangelio sigue desgranando los episodios imborrables de aquellos momentos sublimes: nosotros nos detenemos aquí.

Existe un hecho indudable que queda clarísimamente esclarecido. El Dios hecho hombre va a sufrir y sufre en toda su intensidad los dolores inmanentes a su condición humana. Ni uno solo debe de ser evitado. El sacrificio total exige el abandono de los discípulos, la espectante retirada de los Apóstoles, pero también, y necesariamente, la ruptura del lazo afectivo con el último vínculo de la amistad terrena.

Este vínculo afectivo lleva al discípulo a intuir la angustia del maestro. Entre la tierra y el cielo, el amor ha establecido un frágil puente inmaterial. El Apóstol reclina su cabeza sobre el pecho del Maestro por derecho de amor, y este amor, dicho y propagado, va a hacerse perceptible. Por unos segundos, momentos únicos de la historia de la humanidad, el Corazón de Jesús va a manifestarse. En estos segundos que median entre el gesto y la voz, Juan percibe la lenta y solemne percusión del Corazón de Dios. En su cerebro inquieto suenan los ocho o diez golpes que llenan este infinito momento como suenan en la puerta los golpes de una llamada.

El Corazón de Jesús ha hablado al hombre. Desde ahora y hasta el fin de los tiempos, la Pasión va a moverse entre los márgenes de dos momentos del Corazón de Dios. La Pasión empieza así, con esta llamada del amor de Dios, y termina cuando el Apóstol, fijos los ojos en el cuerpo sin vida, asiste al otro momento del Corazón de Jesús en el que la lanzada abre paso a las últimas gotas de sangre y de agua.

Entre estos dos momentos cruciales habla el Corazón de Jesús a los hombres por medio del mejor embajador de su Amor, su mensaje impercedero.

Todas y cada una de las palabras del Señor penetran en forma indeleble en su corazón y en su mente. Él entiende mejor que nadie el sentido de amor del mensaje de su Dios, que le dice: «El precepto mío es que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros. Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos.»

Los momentos que siguen son momentos de estupor y de trastorno. Juan sigue al Señor paso a paso. Pedro está con él. La fidelidad y el afecto acompañan a Jesús en estos primeros movimientos.

Luego, el Apóstol se agita desatentado, no sabe adónde ir ni a quién dirigirse, queda sin historiar el vacío de estas horas trágicas en las que el temor o la incertidumbre

tenían alejados o dispersos a los discípulos y a los Apóstoles. No llega a nosotros reseña precisa de estas andanzas en las horas de la noche y del amanecer. Sólo de Pedro sabemos.

Encontramos a Juan, finalmente, acompañando a las Santas Mujeres. No es difícil deducir. El Apóstol Amado busca, en su angustia, arrimarse a Jesús y, en su defecto, se acoge a lo que más puede acercarle a Él. Puede pensarse que lo más afectivo busque la querencia de lo más afecto, y así se entiende la presencia de Juan junto a su Santísima Madre. Podemos imaginarnos a Juan junto a la Madre del Señor en la medio penumbra de la noche triste de presagios o en los albores pálidos del amanecer del Gólgota, con sus ojos hundidos y sus labios herméticos, cabe a la Madre de Jesús.

Podemos pensar en los largos silencios de estas horas inquietas y podemos seguir el pensamiento de Juan, lleno todavía del galope atropellado de tantas palabras y del subrayado trágico de estos cercanos episodios de traición y violencia. Podemos pensar en la tormenta de su joven cerebro, en la confusión de sus ideas o en las pocas palabras de consuelo o de esperanza que dirigiría a María; pero, dominándolo todo, creemos firmemente que la figura de Jesús, en estas últimas horas de su convivencia con ellos, se le aparecería incesantemente. Cada gesto del «ya» ausente vendría magnificado por la distancia de la separación, y encima del silencio o de la opacidad de aquellas horas lúgubres, cada gesto de Jesús debía presentarse destacado. Cada palabra de las pronunciadas en sus últimas horas vendría a resonar, clara y precisa, en los oídos de Juan: «... como yo os he amado a vosotros». ¡Qué fácil le es a Juan entender esta voz que resuena tan cerca de su corazón! Sus ojos se llenan de lágrimas al reactivo del acento inolvidable. Pero más que nada, dominándolo todo, por encima de la voz y del gesto, el golpe sonoro y potente del Corazón de Dios resuena en sus sentidos. Es un golpe, fuerte y suave a la vez, que llama y que acaricia. Juan no sabe todavía de la extensión de esta llamada, pero empieza a entender su razón. Él ha oído hablar directamente al Corazón de Jesús, él no sabe todavía, pero siente el calor de esta llamada apacible del Corazón de Dios.

Juan descansa un momento de la tortura de estas horas hostiles refugiándose en este oasis del Corazón que ha oído palpar cabe a su cabeza. Descansa como si continuara reclinado en el seno acogedor. Todavía no entiende el sentido de la llamada, pero ya encuentra el refugio.

Las horas siguen lentas, interminables. Van, seguramente, llegando noticias directas o indirectas, afirmativas o contradictorias. Lo han azotado. Lo insultan. Herodes, Pilatos... El Pretorio. La Corona de Espinas. Jerusalén está llena del hervor del accidente. Los unos afirman, los otros niegan. Juan vela cuidadoso que la Madre no se entere. Todavía hay esperanza. No puede ser condenado un hombre así. Pilatos es un funcionario estricto y no se avendrá a comprometerse más allá de sus funciones.

Siguen las horas. Alguien llega, por fin, corriendo. No hay nada que hacer. Todo está perdido. Se lo llevan. Van a crucificarle. Las noticias estallan como latigazos. Ya no es posible disimular la verdad.

Las mujeres salen y Juan las acompaña. Nadie repara

en ellas; forman ya parte de esta riada anónima que la malsana curiosidad moviliza. Las calles ven pasar la triste manifestación. Juan y las mujeres buscan un atajo. Alguien que sabe se presta a esta poco comprometedor misión. «Deben estar por aquí. Seguidme y los encontraremos.»

El corazón de Juan se agita con la emoción del momento y de la marcha. De repente, lo ven. Al doblar una esquina lo ven antes que a nadie. Es el primero de la procesión. Lleva la Cruz a cuestas y a su lado marchan, con andar perezoso y profesional, unos soldados... ¿Qué han hecho con Él? ¡Dios mío! En unas horas es imposible que una persona pueda transformarse así. Quiere apartar a las mujeres. Ya es tarde; lo han visto y han quedado rígidas, las manos crispadas en la pared, el busto adelantado, los ojos atónitos. Él también los ha visto. Sus ojos dan la señal de una chispa de luz y sus labios abren trabajosamente el tenue dibujo de una sonrisa. Sí: es Él.

La Madre acude. La Verónica seca la Faz... Juan queda fijo, estático, clavado en el suelo; los ojos, que han visto la visión instantánea de la crispación, se niegan a seguir viendo. Todo rueda vertiginosamente. Los oídos zumban de ruido de voces y de frases. Alguien le empuja. Por fin se siente atraído por una mano amiga. Una de las mujeres le arrastra y lo lleva nuevamente atrás. El ruido se aleja. La manifestación sigue su pista de sangre.

En un aparte de la calle, las mujeres lloran. Ya saben y han visto. Ya no pueden volverse, deben de seguir. Juan nuevamente dirige la triste y silenciosa marcha de dolor. Hay que ir hasta el fin. Por otro atajo se llega al Gólgota. Desde un lugar algo recatado se asiste a la escena tremenda de la Crucifixión. Al principio, todo es tumulto y agitación. La gente quiere ver y se apiña con el gesto de codicia animal de no perder detalle del dolor ajeno. Unos que llegan tarde acuden jadeantes. Luego, todo decae. El suplicio adquiere firmeza y estabilidad. A la agitación inicial sucede un momento más lento de dolor. El grupo afectivo de la Madre y de Juan se va acercando tímidamente. Nadie se fija en ellos y, por el momento, forman parte todavía del bullicio que remite, con la sola diferencia de su actitud y de su silencio. A medida que se acercan van percibiendo detalles y se mantienen retraídos con los ojos en alto y fijos en la inconcebible visión del dolor de Jesús. Quedan ya pocos curiosos. La gente se hastía del dolor inmóvil. El pequeño grupo se acerca y se sitúa en un ángulo visual para ver y ser vistos. El dolor se ofrece como consuelo al dolor. El Señor ha visto, y nuevamente un imperceptible destello de luz abre sus párpados y un gesto de los labios refleja el mandato amoroso de una voluntad que se extingue.

Siguen nuevamente unos largos momentos de espera, rotos solamente por el comentario aislado de los soldados o de algún retardado que habla ya en voz baja como respetando instintivamente el gesto de sueño de la muerte que avanza.

Por fin llega el fin. Los ojos adquieren nuevamente la luz de la plena conciencia. Los labios se abren una vez más para pronunciar una última y trascendental consagración: «Mujer, ahí tienes a tu Hijo.» Después dice al discípulo: «Ahí tienes a tu Madre.»

Las palabras caen sobre Juan una por una, destacadas por el jadear del moribundo, como para darles mayor dimensión y contundencia. Los ojos de Juan siguen clavados en lo alto en espera de más, hasta que llega el fin. Al remitir la cabeza con el gesto supremo que la reclina sobre el pecho, Juan hace lo mismo, su cabeza se abate lentamente y sus ojos dejan de ver.

Esta es la tercera vela. El tiempo ya no cuenta para este pequeño remanso de humanidad apiñado al pie de la Cruz. Juan está abrumado, vacío de ideas y de palabras. Los momentos transcurren por su lado sin afectarle. Se oye ruido de pasos y de voces. Vienen más soldados y hacen algo a

los ajusticiados que penden al lado de Jesús. Hablan entre sí y, por último, Juan, que mira sin ver, percibe algo concreto. Una lanza destaca su destello y el brazo desnudo que la empuña se recorta en el cielo de ocaso. Juan, de repente, ve, y ve con toda la violencia de que es capaz. Van a hacerle algo más al Maestro, y esto despierta en Juan nuevamente todos los instintos. La lanza se hunde en el costado de Jesús y «al instante salió sangre y agua».

Al impulso de este tremendo reactivo, Juan no sólo ve, Juan empieza a entender nuevamente. La idea se abre paso en su cerebro atónito. Ve a Jesús nuevamente. Lo ve ahora y lo ve antes. Va seguramente a moverse. La vida está tan cerca que no puede haberse ido totalmente. Cristo va a hablarle nuevamente...

Y, en efecto, así es. Cristo le habla sin palabras, haciéndole entender su Mensaje, el Mensaje de aquel Corazón que le llamó en la Cena y que ahora le llama nuevamente. Todo, así, cobra sentido. «*Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos*». Él acaba de dar su vida por sus amigos. Por él, Juan, y por los otros. Por amor a él y a los otros. Por amor, siempre por amor. Hasta las últimas gotas de su sangre, hasta las últimas gotas de sus lágrimas. Estas gotas de lágrimas han sido, para Juan, como un rayo de luz. Lágrimas del Corazón de Jesús. Lo último que este Corazón da: agua de lágrimas.

Ahora, Juan piensa vertiginosamente. Ahora entiende el Mensaje. El Corazón que habló en la Cena sigue hablándole ahora. «Hay que darlo todo por amor y yo lo he dado todo, hasta estas lágrimas, que harán que tú me entiendas.» Todo cobra sentido. Las palabras a la Madre y al discípulo son una última consagración. *La Consagración del Sagrado Corazón al Mundo*.

Desde el fondo de los tiempos nos llega el Mensaje de Juan. El Señor entregó su Corazón al mundo, se lo dijo a Juan para que lo entendiera, y Juan lo entendió. Se lo dijo a solas en mensaje directo, y Juan, que oyó los aldabonazos maravillosos que brotaban de aquella fuente de amor, comprendió el silencio de después cuando en la Cruz hablaba en susurro de sangre y de lágrimas. Juan entendió que el mensaje de amor lo encomendaba Jesús a lo más identificado con Él y con su amor. El Apóstol amado y la Madre. Y le dice a la Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», que es decirle también: «En Juan está la continuación de mi amor a los hombres; amarás a ellos como me has amado a Mí.» Y le dice al Discípulo: «Ahí tienes a tu Madre», que es decir al mundo: «Te doy en amor lo más que en amor un hombre puede dar: el amor a la Madre.»

Juan comprende el Mensaje y comprende la Consagración. La Consagración le viene de los labios mismos de Jesús en forma clara y precisa, y el Mensaje le llega por vía misteriosa, que nace en lo más íntimo y secreto de un latido y muere en el remitir de unas gotas de sangre y de agua. El mensaje es inconfundible. El Señor otorga al mundo la fuente original del amor como legado supremo al Consagrar su Sagrado Corazón al mundo.

Este es el Mensaje a Juan. Queda fijo en el tiempo, suspendido en lo más alto del infinito. En cada ocasión trascendente, Juan desciende del tiempo en el que está y nos hace llegar el eco de su voz misteriosa. En distintos momentos del tiempo, el mundo ha respondido al mensaje de amor. La Consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús es parte de esta respuesta, y decimos que es parte porque entendemos de la necesidad de una continua reiteración. Sólo así la voluntad de amor persiste y se manifiesta.

En este Año Santo de 1950, que se asemeja al Gólgota en movimientos de convulsión y algarabía; en este año en que el mundo vive presagios de crucifixión, se nos antoja precisa esta reiteración ineludible, y así, postrados a los pies del Representante de Cristo en la tierra, nos hacemos eco del Mensaje de Juan.

14 de julio de 1950.

II

«Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó su Corazón.» En este preciso instante entendemos se produce uno de los más trascendentales momentos en la historia de la humanidad. El Señor sintió angustia en su Corazón. Así y con esto empieza para el mundo el momento del Sagrado Corazón de Jesús. Unos segundos después, el Señor confía a Juan su mensaje, que Juan registra y transmite.

La Pasión del Señor comienza en este preciso momento y con esta tan marcada característica de su angustia. La Pasión del Señor termina con el otro momento en el que el Sagrado Corazón remite con su final mensaje de sangre y lágrimas.

Queda así y con esto bien perfectamente consagrado o establecido el principio de que el momento trascendente y definitivo es siempre un momento del corazón.

Por etapas sucesivas, y por diferentes razones, hemos llegado a esta misma conclusión cuando, con la atención crispada y los sentidos tensos, hemos seguido, en el curso larguísimo de estos años cruciales, la inconcebible sucesión de accidentes que han llevado al mundo a un trance total dentro de un accidente definitivo.

Hemos entendido las diferentes etapas de este movimiento de desmoronamiento del mundo como clasificadas en tres distintos momentos: el político, el económico y el religioso, y hemos dicho que, equiparando el movimiento político al proceso funcional de la cabeza y el económico al del vientre, deberíamos necesariamente entender el religioso como movimiento funcional del corazón.

Desde nuestro plano, y como decimos antes, por sucesivas deducciones, hemos llegado a comprender el sentido del momento que viene, que es final, de vida o muerte, y, como tal, momento del corazón.

La Pasión, que es fase terminal de la vida del Señor, transcurre entre estas dos márgenes abiertas al curso del momento del Corazón por la llamada de la Cena y la silenciosa demostración del Gólgota.

Todos los síntomas del momento del mundo coinciden en demostrar que asistimos a la fase terminal de una etapa, de una época o de una civilización. Los momentos que vienen van a ser de pasión, y los días que vivimos transcurren ya bajo el signo inconfundible del «angor». En el momento inicial «se turbó su Corazón».

No podemos ya más esquivar o desentendernos de una realidad que a marchas forzadas se precipita sobre nosotros. No podemos nuevamente esconder la cabeza bajo el ala de un nuevo apaciguamiento o disimular nuestra presencia consciente. La amenaza viene de todos sitios y llegará a los más remotos lugares. El accidente es total: de vida o muerte. Nosotros lo definimos como momento religioso o del corazón. Vamos a hablar de esto.

El Señor, en su infinita sabiduría, y como hemos dicho en la primera parte de este escrito, confió a Juan su mensaje final para que en todo tiempo pudiese la humanidad entender la auténtica dirección de su destino. El mensaje final fué un mensaje de amor divino a los hombres de todos los países y de todos los tiempos. Fué, es y será la culminación de todo cuanto pueda concebirse en demostración de amor, ya que se proyecta entre la inmensa distancia que separa la infinita grandeza de Dios y la infima pequeñez del hombre.

Este mensaje quedó como faro que alumbraba la noche de todos los tiempos, pero que proyecta, en los momentos decisivos de peligro, los vivos destellos de una luz clarísima. En los días que vivimos, la llamada de esta luz es indudable. Desde que, terciado el siglo XVII, en la intrascendente aldea de Paray-le-Monial, los atisbos de esta llamada misteriosa de la Eterna Luz se inician para el mundo, hasta que León XIII abre el siglo XX con el decreto de Consagra-

ción del mundo al Sagrado Corazón, sus destellos se han sucedido ininterrumpidamente. Hoy, el destello se convierte en haz de luz penetrante que ya no puede esquivarse. En este Año Santo de 1950, los signos precursores de la tempestad toman forma y perfil inconfundible. El mundo se halla frente a uno de los más graves momentos de su historia, debiendo someterse a la prueba de una doble desintegración moral y material. Moralmente, por vías materialistas, el mundo naufraga en el caos creado por el principio ateo de una democracia liberal. Materialmente, el mundo debe de someterse a la prueba de armas nuevas capaces de provocar catástrofes incontrolables de exterminio. El momento es de una gravedad tal, que sólo la inconsciencia puede vivir al margen de esta tremenda perspectiva, pretendiendo que aun existen transigencias o apaciguamientos capaces de desviar lo inevitable.

El momento es tal y como corresponde al trazado apocalíptico de una síntesis total de la vida del mundo. Sólo Dios nuestro Señor sabe si, en esto que se nos presenta como principio del fin, se producirán etapas o movimientos dilatorios. Lo que si sabemos es que la revelación o revelaciones que se han sucedido hacen coincidir los gravísimos momentos con la llamada al amor del Sagrado Corazón, y *esta llamada se ha producido clara y precisa*. Es, por tanto, angustiosamente necesario que nos hagamos eco del mandato que nos llega de Roma, secundando la Cruzada de Oración y Penitencia, pero, además, hemos de atender a esta otra llamada tremenda que nos llega desde el fondo de los tiempos a través de este mensaje inconfundible de Juan, que nos lleva, por el Corazón de Jesús, al Corazón de Jesús en invitación apremiante.

El momento es de «angor» del mundo crispado, y para esta pasión que se inicia es para cuando el Señor nos otorga, como siempre y una vez más, el camino de amor de su Sagrado Corazón, pero esto es preciso entenderlo y merecerlo. No puede admitirse inconsciencia o ligereza frente a tan palpable realidad de Dios. Es preciso lanzarse por esta vía del Amor de Dios para llegar nuevamente hasta Él. Hay que entender de la necesidad de una total rectificación, y para comprenderla sólo puede concebirse un argumento que, partiendo necesariamente de Dios Nuestro Señor, como principio de derecho y fuente de autoridad, nos lleve al terreno de humildad del que nos desviamos democráticamente al partir del hombre.

El mundo necesita de un argumento nuevo; lo piden a gritos cuantos seres conscientes asisten al derrumbamiento del materialismo. Para llegar a este argumento, y como decimos antes, es preciso nuevamente llegar a Dios Nuestro Señor y a su Ley invariable. Para llegar a Él es fácil orientarse; el camino de amor que nos traza, en su total entrega, el Divino Corazón, nos conduce a Él, pero es preciso seguir este camino *por propio impulso y voluntad* y manifestarlo así claramente.

Su Santidad el Papa, felizmente reinante, ha dado a entender claramente que una renovación de la Consagración del mundo al Corazón de Jesús podría celebrarse en este Año Santo si viniese a producirse un movimiento general en este sentido.

Quisiéramos que estas líneas tuviesen la fuerza necesaria para hacer entender a las gentes la necesidad de esta inevitable trayectoria que nos lleva, por vías del Amor de Dios, desde el mensaje del Apóstol San Juan a la llamada de Su Santidad Pío XII. Quisiéramos que el mundo entendiese este mensaje y entrase con él en el único refugio capaz de defenderle de los dos gravísimos peligros que se ciernen sobre nuestras cabezas y que son consecuencia de dos igualmente dramáticas deformaciones: el odio del hombre hacia el hombre y el desvío del hombre del Amor de Dios.

19 de julio de 1950.

C.

HISTORIA DE UNA CONVERSION Y DE UNA VOCACION MONASTICA

Un libro de memorias, una autobiografía, un libro de confesiones de un intelectual convertido al catolicismo y hoy sacerdote y monje de la Trapa, publicado a principios del presente año en los Estados Unidos, está haciendo profunda y duradera sensación en aquel país, según me comunica un amigo residente en Nueva York, que me ha remitido un ejemplar de la edición original en lengua inglesa, y según noticias que acabo de leer en una revista católica italiana. Su lectura me ha confirmado estas impresiones, y no puedo resistir el deseo de comunicar la mía a los lectores de CRISTIANIDAD después de haber leído la edición italiana recién salida y mientras esperamos la aparición de la traducción española, que, según me comunican, está próxima a lanzar una editorial argentina. Leo en las cubiertas de la edición inglesa y de la italiana un reclamo de las casas editoras en que se declara categóricamente que éste ha sido el libro más leído en los Estados Unidos en lo que va de año, y que durante este período se han vendido ya cerca de medio millón de ejemplares. El libro es la historia viva del laborioso y dramático proceso de la conversión de un joven y ya conocido publicista norteamericano que la ha escrito en un monasterio de monjes de la Trapa, puerto seguro y tranquilo donde finalmente ha encontrado refugio su alma después de una penosa exploración de los caminos de Dios a través de los mares tempestuosos de la vida moderna. El autor, aun joven, ha publicado hasta el presente tres libros de poesía, uno de meditaciones, uno de historia cisterciense y, antes de su conversión, varios estudios y ensayos.

Tomás Merton nació el 31 de enero de 1915 en Prades, en el Rosellón, esto es, en la Cataluña francesa. Su padre era inglés, de religión anglicana; su madre era norteamericana y de la secta de los cuáqueros. El padre era un buen pintor impresionista, «un artista excelente», declara su hijo. Era un enamorado de la civilización y de los paisajes de Francia, y pasaba largas temporadas pintando y llevando consigo a su mujer y sus dos hijos, aun niños, de una a otra localidad en busca de puntos de vista interesantes. En uno de sus viajes nació su hijo Tomás. El padre era un artista independiente y dotado de una gran sensibilidad religiosa, que su hijo Tomás heredó de un modo eminente y le sirvió de base para la orientación que le condujo a la Iglesia Católica. Tomás dice de sus padres: «Eran prisioneros en el mundo, pero conscientes de que no era suyo. Estaban en el mundo, pero no eran del mundo, no porque fuesen santos, sino porque eran artistas. La integridad de un artista lo eleva por encima del nivel del mundo, aun cuando no lo libere de él.» He aquí, pues, cómo la Gracia se sirvió del sentido artístico heredado por Tomás como de un instrumento para su conversión.

Tomás Merton tuvo una educación cosmopolita. Hizo sus estudios de enseñanza media primeramente en el Internado del Liceo Inglés, de Montauban, en Francia. Luego estuvo de interno en dos colegios ingleses: Ripley Court y en Oakham. Empezó su carrera de lenguas y literaturas modernas en la Universidad de Cambridge. Acabados los estudios de enseñanza media, su estado de alma en aquel período le dicta la declaración siguiente: «Quedé convertido en el clásico hombre del siglo xx. Pertenecía al mundo en que yo vivía. Era un auténtico ciudadano de mi repelente siglo, el siglo de los gases asfixiantes y de las bombas atómicas, el hombre que vive de la muerte con las venas llenas de veneno.» Antes de comenzar sus estudios universitarios hace un viaje a Roma, donde visita las grandes y las pequeñas iglesias. Sobre este viaje hace el siguiente

comentario: «Entonces, por vez primera en mi vida, empecé a descubrir algo sobre la Persona que los hombres llaman Cristo... Fué allí donde vi por primera vez a Aquel que ahora tengo como mi Dios y mi Rey.» Fué también en Roma donde por primera vez aprendió a rezar, «a rezar, no con los labios, sino desde las mismas raíces de mi vida y de mi ser; a rogar a Dios... que me sacase de las tinieblas y a librarme de las mil cosas terribles que me esclavizaban la voluntad». En la Universidad de Cambridge se contagia la corrupción que reina entre la juventud, y pierde el fruto de su visita a Roma. Allí percibe ya «el tufo dulzón de la corrupción moral que nos aboga, el hedor penetrante de descomposición que todo lo invade».

Acaba su carrera universitaria en la Universidad norteamericana de Columbia. Tiene la suerte de encontrar en ella a un gran profesor de historia literaria, que, aunque no católico, es un hombre de fina y comprensiva espiritualidad y del que afirma que «no fué extraño al plan de la Gracia». En esta Universidad estudia a fondo la filosofía católica medieval a través de los libros de Gilson y Maritain, y confiesa que en Columbia «fué donde el Espíritu Santo me esperaba para mostrarme la luz de Dios». Se interesa por los escritores más modernos y atrevidos de Inglaterra (James Joyce, Aldous Huxley, D. H. Lawrence); por los poetas místicos ingleses William Blake, Hopkins; por las doctrinas de Freud, Jung y Adler; colabora en acreditadas revistas con artículos de crítica y ensayos filosóficos y se da a conocer ventajosamente como poeta, crítico y pensador. Durante unas vacaciones se le despierta un deseo acuciante de entrar en una iglesia católica que encontraba todos los días a su paso, para asistir a una Misa. Así lo hace, y el oficio divino deja en su alma una impresión honda e indeleble. Esta impresión le inspira una de las páginas más bellas y emotivas de su libro. Describe con detalle el sagrado rito con una conmovedora e infantil ingenuidad de catecúmeno. Cuando oye sonar la campanilla anunciando el acto de la Consagración, le subrecoje una sensación indefinible de pavor ante el misterio sagrado que va a presenciar, y sale apresuradamente del templo. «Me parece —escribe— que yo respondía entonces a una especie de instinto litúrgico que me decía que no era aquél mi puesto en aquel momento.» Así, inconscientemente, añade, siguió el ejemplo de los antiguos catecúmenos, que se retiraban antes de la Consagración.

Después de varias consultas con sacerdotes y religiosos amigos, pidió ser bautizado. La ceremonia, que comprendía también la Primera Comunión, fué muy sencilla. En ella le acompañaron sus más íntimos amigos. Con la sencillez de la ceremonia corre parejas la sencillez de la ingenua descripción que hace Merton de su ingreso en la Comunión de los fieles. Empieza entonces para él un terrible período de dudas y vacilaciones: «En cierto sentido —dice—, había en mí una especie de imposibilidad moral de que yo hiciese lo que debía hacer, porque simplemente no sabía lo que era orar, hacer sacrificios, renunciar al mundo, llevar aquella vida que se llama sobrenatural.» Problemas como el de la Comunión diaria y de la dirección espiritual le atormentan durante mucho tiempo. Luego fueron las dudas sobre su vocación sacerdotal, sobre su ingreso en una Orden religiosa y, finalmente, sobre su vocación monástica. Transcurrieron cuatro o cinco meses antes de que aprendiera a rezar corrientemente el Rosario, antes de que sintiese la devoción a María. Escribe en su libro páginas de un análisis penetrante sobre las prácticas de la piedad católica. Luchó reciamente, en este período, con

COLABORACION

las ilusiones que le hacía concebir aún su vocación de escritor, poeta, crítico y profesor; con su sentimiento de vanidad personal y con su sed de fama en el mundo intelectual. Mientras tanto, se entrega con ardor a una intensa vida de estudio para preparar el examen del doctorado. Y todo este periodo de dudas y vacilaciones coincide con la entrada de los Estados Unidos en la guerra mundial, otro poderoso motivo de preocupación e inquietud.

Mientras tanto, Merton fué afirmándose en su vocación sacerdotal junto con la religiosa. La elección de la Orden no se decide sino tras una larga vacilación. Su primera elección es para los franciscanos. Pero, tras una breve temporada que pasa en el convento, un detenido examen de su interior acaba por convencerle de que no es aquélla la Orden a la que Dios le llama. Vuelve al mundo y se decide a hacer un retiro de una semana en el monasterio trapense de Ntra. Sra. de Gethsemani, en el Kentucky. Al recordar el descubrimiento que hizo entonces de la Orden cisterciense, de la cual es una rama la de la Trapa, escribe un precioso panegírico de la vida monástica: «¡Qué maravillosa felicidad existía en el mundo! En esta tierra miserable, ruidosa y cruel había todavía hombres que saboreaban la alegría estupenda del silencio y de la soledad, que habitaban en celdas remotas escondidas en los montes, en monasterios apartados, al abrigo de las noticias, de los deseos, de los apetitos y de los conflictos del mundo, etc.» Después de su retiro en aquel monasterio, hace el firme propósito de pedir el ingreso en la Orden. Todavía ha de padecer una breve pero fuerte crisis de irresolución, pues la Orden de los Cartujos le parece aun más perfecta que la del Cister. Y todavía tiene que vencer la honda atracción que ejerce sobre él una obra de misión católica establecida en Harlem para la población negra de los Estados Unidos. Finalmente, en su espíritu cesa la dura lucha contra sus indecisiones, y entra en el noviciado de la Trapa. Merton ha encontrado, al fin, la fórmula cristiana de la felicidad en el sacrificio de todo su ser a Dios: «El monasterio —escribe— es una escuela, una escuela donde se aprende a ser feliz. Nuestra felicidad consiste en participar de la felicidad de Dios, de la perfección de su amor.» ¡La soledad del alma en la beatitud de Dios! Por esto, como recuerda Merton, la vida monástica se funda en la doble jaculatoria: *O beata solitudo! O sola beatitudo!*

Este libro de memorias íntimas no se limita a analizar y comentar los hechos externos y las experiencias interio-

res con las que la Gracia va siguiendo al autor por largos y misteriosos rodeos hacia la meta final de su vocación. Es también el libro de un pensador, un libro sembrado de consideraciones profundas y pensamientos originales sobre los grandes problemas religiosos, morales, intelectuales y sociales de nuestro agitado siglo. El lector encuentra también en estas páginas afinados juicios sobre el pavoroso problema del comunismo, el cual conquistó, por un breve período, la adhesión de Tomás Merton, aunque puramente teórica y llena de reservas, interrogantes y salvedades, hasta que descubrió que «la principal debilidad del comunismo consiste en que es también uno de tantos frutos del mismo materialismo, fuente y raíz de todos los males presentes». En fin, estas confesiones de un convertido tienen también un profundo interés humano, porque es la dramática historia de un hombre de recia espiritualidad que lucha consigo mismo y con el mundo presente. Un libro de sólida y profunda filosofía de la vida humana escrito por un hombre moderno que, como dice San Agustín, no encuentra reposo sino hasta hallar a Dios. A medida que vamos avanzando en su lectura nos vamos dando cuenta de la enorme trascendencia que tienen las experiencias íntimas que el autor nos va comunicando. «Hecho a imagen de Dios —dice—, y, por tanto, libre por naturaleza, el hombre fué esclavo de la violencia y del egoísmo a semejanza del mundo en el que había nacido.» Todo el sentido del libro está concentrado en estas palabras: «Dios ha dado al hombre una naturaleza incapaz por sí sola de lograr la perfección, antes bien, destinada a ser perfeccionada por Él en un orden infinitamente superior a las fuerzas humanas.»

El título de la obra contiene en forma simbólica la esencia del largo y en apariencia inconexo y difuso relato del proceso tan laborioso de la conversión del autor. La montaña de los siete círculos es un reflejo de la montaña del Purgatorio de la *Divina Comedia*. En todo ese largo proceso de su conversión, el autor se siente, como él dice, «encerrado dentro de su ser ciego y deficiente con aquellos siete círculos de aislamiento, con aquellos siete pecados capitales que sólo el fuego del Purgatorio y el del Amor de Dios pueden destruir». El libro es, así, la historia de la penosa ascensión que ha de hacer la criatura humana por la alta montaña de la Purificación para alcanzar la cumbre donde se abre la gloria y el descanso de los bienaventurados.

Manuel de Montoliu

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LAS QUINCE ROSAS, por Francisco Salvá Miquel. Torrell de Reus. Barcelona. 1950.

CAMÍ DE MARIA, por Rossend Perelló. Torrell de Reus.

Dos libros de poesía, ambos de poesía religiosa, como se puede ver por la mera lectura de los índices y aun casi por los mismos títulos de las obras. *Camí de Maria*, de la vida de Nuestra Señora. *Las Quince Rosas*, las tres partes del Santo Rosario divididas cada una en sus cinco Misterios. De poesía mariana, pues que con tan venerable tradición cuenta en nuestra patria y en toda la Europa cristiana.

Esta misma grandeza de la tradición ha sido escollo en que tropiezan los poetas católicos de estos últimos tiempos cuando se quieren entrar en estos temas. ¿Por qué?

El afán de novedad impera en el día de hoy en todos los campos, pero singularmente y peligrosamente en el del arte. La Humanidad es muy vieja ya, pero cualquiera creería, a juzgar por las obras que nos suele brindar el ingenio de los hombres, que hasta ahora nadie había pensado, nadie había escrito, nadie había empuñado la paleta o el cincel. ¿Es esto acaso juventud o decrepitud, es novedad nacida de verdadera originalidad o balbuceo inconsciente y presuntuoso, cuando no programa mal intencionado?

En el campo de las letras, desde que los poetas buscaron las fuentes de la poesía por caminos de artificiosa rebusca en la ima-

gen o la idea trabajosa — en ejercicios que a todo más podrán serlo de ingenio, pero nunca captaciones de lo que es y será eternamente poético, por ser profundamente humano y universal — desde entonces parece que la poesía prefirió huir de una tierra que dejaba de reconocerla, y los grandes poetas tuvieron que ceder su lugar en la admiración de los literatos a extraños engendros gongorinos, los cuales, a pesar de haber sido escritos en romance, ha sido preciso que se vertiesen en corriente lenguaje para la comprensión del lector.

Pero bien, si una de las causas fundamentales de la decadencia de la poesía en general es el estado de desvitalización a que está llegando una cultura que se quiso de intento alejar de su base religiosa, ¿cómo no hemos de saludar con nuestra bienvenida estos dos libros: *Las Quince Rosas* y *Camí de Maria*, que viven de una fe firme y arraigada y en quienes se comienza a ver la tendencia que se aparta, sin respetos humanos de la esclavitud de la moda inconsistente, de aquella *idolatría del ingenio* en que consisten las corrientes más en boga de la poesía moderna?

Sensitiva cuando no sensual, la llamada poesía moderna había dejado de interesar al público serio para constituir el deleite superficial y vago de una pequeña *élite* de aficionados. Por tanto, el volver a un tono sencillo que se advierte en el fondo de uno y otro libro que reseñamos, el interesarse ya por los temas que han sido perenne manantial de poesía con la actitud humilde que debe adoptar el artista frente a su obra, creemos que permiten

(sigue en la pág. siguiente)



La defensa de los derechos de la Iglesia

(Intención del Apostolado de la Oración para el mes de septiembre de 1950).

La Iglesia por institución de Jesucristo es una sociedad perfecta, es decir, se basta por sí para la consecución del supremo fin suyo propio y de sus miembros, y es absolutamente independiente, o sea que a nadie se halla sujeta salvo a Dios, fuera del cual no hay quien sea superior a ella, ni su juez, ni quien tenga poder para obligarla legítimamente. Mas la sociedad civil es también perfecta e independiente, aunque sólo de modo relativo, esto es, que, cuando menos por razón de la positiva institución de la Iglesia por Cristo, viene obligada a consultar a dicha última sociedad, a escucharla y ayudarla por la potestad indirecta que respecto de ella tiene la Iglesia; la Iglesia pues, tiene derecho a enseñar o advertir a las conciencias de los fieles, aun de los gobernantes, y a promulgar sus deberes.

La importancia de esta afirmación salta a la vista. Ya que es la única fuente de defensa para las conciencias contra cualquiera fuerza externa. Pero la Iglesia es llamada sociedad perfecta e independiente, no para detentar o ejercer la dominación temporal, sino en orden a su fin, que es poder libremente santificar las almas; su autoridad se ordena propiamente al bien espiritual de los súbditos.

La Iglesia es el defensor auténtico de los derechos y de la libertad de conciencia contra los espontáneos excesos, con que la fuerza material menosprecia y los oprime fácilmente.

El Estado por deber suyo debe acatar y proteger los derechos de Dios, de la Iglesia y de los ciudadanos.

Por tanto, la Iglesia es esencialmente independiente de la potestad civil en todo el ámbito de medios que conducen al fin divino, es independiente en todas las cosas que son de cualquier modo sagradas, que atañen a la salvación de las almas y al culto de Dios. Así, pues, debe santificar a los hombres libremente, esto es, tiene derecho a *instruirlos* libremente por su potestad de magisterio, a *dirigir* su actividad por su potestad de gobierno y a *unirlos con Dios* por su potestad sacerdotal. Nadie puede limitar sus derechos. Ella resuelve en relación con las diversas circunstancias, qué es lo que debe exigir, qué puede tolerar; y no le es, ciertamente, permitido renunciar a su derecho, aunque pueda no urgir el ejercicio del mismo. Mas cuando no urge dicho ejercicio, debe cuidarse de recordar los principios mismos de aquél.

En especial:

a) Debe ser libre la comunicación de la Santa Sede con los Obispos, el clero y los fieles de toda la Iglesia sin el placet regio (Conc. Vatic. sess. IV, c. 3).

b) Sea libre la elección de los pastores y el ejercicio del ministerio sacerdotal.

c) Libre al dar la instrucción y educación religiosa de la juventud; también en la instrucción religiosa del pueblo por medio de asociaciones religiosas, culturales, caritativas. Sobre el derecho de la Iglesia a educar a la juventud, véase en la Enc. de Pío XI «*Divini illius magistri*», 31-XII-1929.

d) Sea libre la legislación de la Iglesia para formar a su clero.

e) Libre en la institución de la vida religiosa según los consejos evangélicos.

Cuando el Estado quiere limitar los derechos de la Iglesia, sepan todos «que aquellas leyes son írritas, en tanto que contrarían la divina constitución de la Iglesia... los Obispos no pueden ser privados de su cargo episcopal por ninguna potestad secular por más elevada que sea» (Pío IX en la Enc. «*Quod nunquam*», 5-II-1875). «Es una gran sinrazón, una gran temeridad pretender que la Iglesia está sujeta a la potestad civil en el desempeño de sus deberes» (León XIII en la Enc. «*Inmortale Dei*», 1-XI-1885. Denz. 2278).

En relación con la *defensa de los derechos de la Iglesia* cuando son lesionados, leemos lo siguiente en la Encíclica de Pío XI «*Firmisissimam constantiam*», 28-III-1937, dirigida a los Obispos mejicanos: «... Por consiguiente, es muy natural que, cuando se atacan aún las más elementales libertades religiosas y cívicas, los ciudadanos católicos no se resignen pasivamente a renunciar a tales libertades. Aunque la reivindicación de estos derechos y libertades puede ser, según las circunstancias, más o menos oportuna, más o menos enérgica...»

»Por otra parte, también vosotros habéis afirmado que, cuando llegara el caso de que esos poderes constituídos se levantasen contra la justicia y la verdad hasta destruir aun los fundamentos mismos de la Autoridad, no se ve cómo se podría entonces condenar el que los ciudadanos se unieran para defender a la nación y defenderse a sí mismos con medios lícitos y apropiados contra los que se valen del poder público para arrastrarla a la ruina.

»Si bien es verdad que la solución práctica depende de las circunstancias concretas, con todo, es deber nuestro recordarnos algunos principios generales que hay que tener siempre presentes, y son:

1.º Que estas reivindicaciones tienen razón de medio, o de fin relativo, no de fin último y absoluto.

2.º Que, en su razón de medio, deben ser acciones lícitas y no intrínsecamente malas.

3.º Que si han de ser medios proporcionados al fin, hay que usar de ellos solamente en la medida en que sirven para conseguirlo o hacerlo posible en todo o en parte, y en tal modo, que no proporcionen a la comunidad daños mayores que aquellos que se quieren reparar.

4.º Que el uso de tales medios... no es en manera ninguna de la incumbencia de la Acción Católica como tal institución; aunque también por otra parte, a ésta pertenece el preparar a los católicos para hacer uso de sus derechos y defenderlos con todos los medios legítimos, según lo exige el bien común».

Todas estas cosas son de extrema trascendencia para nuestros tiempos, cuando la soberbia negligencia y desprecio de las cosas divinas y humanas serpea y se enfurece. Son enormes las impudencias con que quienes odian el nombre de Dios se hacen con toda clase de ayudas y auxilios. Libros, comentarios, efemérides, emisiones radiofónicas, asambleas, reuniones públicas y conversaciones privadas, estudios científicos y artes, todo les sirve para hacer menosprecio de las cosas sagradas y de los derechos de la Iglesia.

(viene de la pág. anterior)

concebir esperanzas de una renovación. En tanto cuanto los poetas prosigan por este camino, serán aprovechados sus talentos y ni siquiera verán cerrarse el paso que el ingenio fecundo halla hacia la originalidad.

Como ejemplos de poemas de uno y otro libro en que más se cumple lo que acabamos de decir, podemos indicar el IX libro de Perelló, junto con *La joia del Naixement, la Purificació y L'Assumpció*, y las *Primera Rosa de Oro* y *Segunda Rosa de Oro*, es decir, primero y segundo Misterio de Gloria del libro de Salvá Miquel. — L.

CINE, de Darío, publicado por Editorial Sala. Vich.

A la pluma del ilustre canónigo vicense Dr. Ramón Masnou, debemos la reciente aparición del libro presentado con el sugestivo título *Cine*.

El tema del cine, tan polifacético y siempre actual, pide, ante todo, tratadistas serios que, huyendo de vulgaridades, sepan razonar con seriedad y sencillez cuáles sean los peligros y la gravedad que presenta un arma tan poderosa como el cine en manos de quienes actúan al margen de toda consideración moral.

Esta aspiración y esta exigencia, cuando tanto y tanto se ha escrito sobre el cine, quedan colmadas con la lectura del interesantísimo libro que el Dr. Masnou ha publicado. Amenidad en el

relato de lo que llama cuentos y que tienen, sin embargo, la fuerza de la realidad que retratan. Descarnada crudeza en la descripción de cuadros que nos son familiares de puro repetidos en la vida de hoy, pero a los que una discreción y caridad sumas prestan encanto singular, despegándolos del tono excesivamente sermoneador que hemos lamentado en otras publicaciones similares. Y todo esto coronado con unas consideraciones finales — ¡gigantescas verdades! — en donde brilla la profundidad del psicólogo, la perspicacia del observador, la caridad del apóstol.

Celebramos sinceramente la publicación de una obra así. Los que buscan la verdad sobre el cine, la encontrarán clara y atrayente. Y expuesta, además, en forma positiva y constructiva. No se ataca al cine, no se censura el arte ni los avances de la técnica moderna. Se pone, sí, en evidencia, la necesidad de usar de los instrumentos que la ciencia nos ofrece al servicio de empresas limpias, de objetivos altos, de ideales nobles. Que los católicos se sientan unos y fuertes en el cometido urgentísimo de moralizar las costumbres y el ambiente. Y que aporten eficazmente el concurso que con demasiada inconsciencia ceden hoy a los conculcadores y enemigos de la moral cristiana.

Cine, escrito en tono tan vibrante, tiene, entre otros muchos, el mérito de llevar al ánimo del lector este deseo y este propósito.

Que sea muy leído. Y, sobre todo, que se pongan en práctica sus consejos y sus objetivos. — R. C.

POLITICA DEL MES

ASIA, EN EL PRIMER PLANO DE LA POLITICA MUNDIAL

Razones que tiene Rusia para concentrar su máximo esfuerzo en el continente amarillo. - La URSS y China, bajo un mismo Mando, es el Poder interior más fuerte de la tierra. - Divergencias y egoísmos en los pueblos occidentales. Rusia ¿es comunista?

Asia continúa, por tanto, en el primer plano de la política mundial. Es allí donde Rusia espera obtener nuevos triunfos mediante la explotación de cuantos factores le son favorables, a saber: 1.º Hegemonía del sistema comunista en el continente; 2.º Predisposición de los pueblos radicados en el mismo a evadirse del régimen colonial; 3.º Pujanza de la doctrina de Monroe japonesa, "Asia para los asiáticos"; 4.º Situación política y social favorable como consecuencia de la pasada guerra; 5.º Estímulo del ejemplo de China, que la acción de Corea fomenta y amplía.

Larga tarea de captación comunista en China

El comunismo tiene su mirada puesta en los pueblos asiáticos desde el momento en que se consideró triunfante la revolución roja en Rusia. Mejor dicho, antes de que Lenin y Trotski consumaran el asalto al Poder en San Petersburgo, y aun antes de que estallara la primera guerra mundial, el comunismo vió en China una gran presa fácil de lograr y trabajó allí preferentemente, cooperando con el Dr. Sun Yat Sen y su Kuomintang a derrocar la plurisecular Monarquía imperial e implantar la República en 1912. Es muy posible que si el movimiento revolucionario que destronó a la dinastía manchú se hubiera producido diez años más tarde, el Kuomintang hubiera organizado a China según patrón soviético.

En estrecha amistad y colaboración con los comunistas de Moscú actuó la República china desde el final de la guerra civil rusa que consolidó en el poder a Lenin. En la capital soviética fué creada una Universidad del Oriente, denominada "Sun Yat Sen", con Carlos Radek al frente. Los vástagos de los generales y de los altos jefes chinos fueron invitados a asistir a dicha escuela especial de entrenamiento, figurando entre ellos el hijo de Chiang Kai Sek. El Kuomintang, el partido nacionalista chino y el Komin-tern, estuvieron entonces trabajando juntos, y Sun Yat Sen tuvo siempre junto a sí un nutridísimo grupo de especialistas soviéticos con el general Blucher, organizador del Ejército chino, a la cabeza. (Actualmente la viuda de Sun Yat Sen forma parte del Politburó comunista chino de Pekín.)

Hasta el año 1926, los comunistas dominaban en el comité central del Kuomintang y en la Academia militar Whampoa, donde se formaba la oficialidad china. Chiang Kai Sek, yerno de Sun Yat Sen, fué colaborador del mariscal ruso Blucher y recibió ayuda militar de Rusia, pero el 20 de mayo de 1926 rompió con los comunistas y los expulsó de todas las posiciones importantes. La ayuda que entonces prestó Moscú al "general cristiano" Feng, rival de Chiang Kai Sek, convirtió definitivamente a éste en el caudillo anticomunista del pueblo chino.

Recuérdense las trágicas luchas entre los Gobiernos de Nanking y Canton, de tendencia derechista e

izquierdista, respectivamente, que duraron más de un decenio hasta que Chiang consiguió prevalecer sobre sus rivales. Pero prácticamente, siempre una gran porción del vasto territorio chino estuvo dominada por las fuerzas irregulares comunistas, que eran dueñas del interior, en las extensas regiones que se hallan situadas al norte y sur del Yang Tse Kian, donde funcionaban gobiernos comarcales de obreros y soldados de neto patrón soviético. Estas fuerzas establecieron un "modus vivendi" con las gubernamentales para luchar contra el Ejército japonés, cuando el Tenno lanzó sus tropas a la conquista de China en ocasión de la pasada guerra mundial. Derrotado al fin el Japón por los norteamericanos, se reanudó la guerra civil entre los comunistas y el Kuomintang, instrumento los primeros de la URSS, y partidario el segundo, bajo la jefatura de Chiang Kai Sek, de los Estados Unidos, con el resultado conocido.

La acción soviética en China, como se ve, no ha sido esporádica y oportunista, fruto de las circunstancias caóticas surgidas de la pasada guerra mundial, sino antigua, metódica y porfiada. En cambio, se advierte la ausencia de una labor inteligente por parte de Norteamérica, cuyos representantes más eficaces desplazados al territorio chino han resultado flosoviéticos o caracterizados izquierdistas, cuyos informes al Gobierno de Wáshington dieron por consecuencia que éste se desentendiera de los asuntos chinos y dejara el campo libre a Moscú.

URSS-China, el Poder interno más grande de la tierra

El ingreso de China en el sistema soviético amenaza tener repercusiones profundas en el resto de Asia y en el porvenir inmediato del mundo entero: 1.º Porque Rusia y China obedeciendo a una misma voz de mando constituyen una fuerza tal de irradiación que difícilmente se podrá ya impedir la total absorción por el comunismo del resto del inmenso continente amarillo; 2.º Porque Rusia y China unidas dan al comunismo internacional una orientación que acentúa su perversidad intrínseca, y empeora aun más la concepción atea y vengativa que tuvo en su origen europeo, urbano y proletario.

En primer lugar, en Rusia no existe un Estado, sino que reina una horda soberana llamada partido comunista, con un Khan omnipotente, cientos de cabeillas cuya única ley es la voluntad del Khan, y una masa de cientos de millones de seres, sometida e inerte. Ese régimen no tiene de marxismo más que los nombres y el programa; en la realidad existe allí un absolutismo tártaro que agita y saquea al mundo, sin pararse en fronteras, ni siquiera las de la prudencia. Es astuto, cruel, con el asesinato como medio normal de gobierno y la mentira como base de su dialéctica y propaganda. No es la adhesión voluntaria o forzada al programa comunista lo que agrupa a la gente y la

mantiene en obediencia al Estado, sino sólo el miedo a la muerte, por retirada de bonos de alimentación o del documento de identidad personal, por envío a un campamento de trabajo esclavizado, por un balazo o en la horca.

Utilizando la propaganda político-social en gran escala —verdadera diplomacia de nuestros días— se está adueñando vertiginosamente de los pueblos asiáticos, con lo que ha constituido el Poder interno más fuerte y extenso de la tierra, y corroe al propio tiempo la sustancia vital de la Sociedad blanca, predisponiéndola para la capitulación. En ninguna otra época ha estado menos defendido que ahora el mundo civilizado. Nunca fué mayor que hoy la cobardía de los Estados, en cuanto Parlamentos, partidos, oradores y escritores, frente a la subversión mundial en marcha. La civilización occidental está dirigida por los burócratas de los partidos obreros en toda la Europa libre, con Inglaterra y Francia a la cabeza, y por los izquierdistas arrodillados ante el mito de la forma democrática en los Estados Unidos. Da el mundo actual la impresión de que es un juguete del comunismo asiático, en cuyas manos está la iniciativa y el destino de los pueblos.

Los sustitutos de la ONU con defectos semejantes al modelo

Frente al tenebroso Poder que hemos descrito en las precedentes líneas, las potencias blancas consumen su capacidad superior intelectual en el ensayo de distintas iniciativas —con lo que dicho queda carecen de una orientación fija— encaminadas a crear instrumentos susceptibles de detener el avance de la creciente marejada roja. Fracasada la ONU en el fundamental papel que le fué asignado, de mantener el equilibrio alcanzado mediante la segunda guerra mundial entre las grandes naciones vencedoras, y servir de Audiencia única para la sustanciación de los pleitos que entre las mismas pudieran ocurrir, nadie se atreve a prescindir de ella por temor a que ello precipite la ruptura, ya por otra parte más que evidente, entre Rusia y las naciones occidentales. Y al margen, o paralelamente a la ONU, van surgiendo y ensayándose otros organismos.

Uno de ellos es la Unión Europea, asamblea de parlamentarios concebida en rivalidad por los partidos conservadores y los socialistas, que ha celebrado durante los pasados días en Estrasburgo su Asamblea general. En ella, lo más destacado fué un discurso de Churchill pidiendo que se organice urgentemente un ejército europeo lo bastante fuerte para poder batirse con las fuerzas de la URSS en situación ventajosa, en el momento temido en que el Ejército rojo se lance contra la Europa central y meridional.

Los datos contenidos en dicho discurso no son muy alentadores para las potencias representadas en la Asamblea: Rusia tiene una superioridad aplastante en efectivos de infantería, de tanques y aviación, del orden de 170 divisiones, contra 12 existentes en la Europa occidental. "Sólo nos salva hoy por hoy la supremacía en número de bombas atómicas disponibles que tienen los Estados Unidos", dijo el citado orador. Y obtenido el resultado de dar la voz de alarma, poco más de interés hizo la Asamblea.

Por otra parte, carece el tal organismo de poder ejecutivo, y tanto sus deliberaciones como sus acuerdos son meras exposiciones de opinión y recomendaciones a los respectivos Gobiernos, cuya unanimidad

se requiere para la adopción de cualquier iniciativa sustancial. Y como detalle significativo por lo que respecta a la propuesta de Churchill referida, diremos que el mismo día en que llegó a Estrasburgo el ex premier inglés, se marchó de allí el actual ministro de Asuntos Exteriores de Londres, Mr. Bevin.

Planes militares en el papel

Pero todo lo referente a la defensa militar de la Europa occidental corresponde por propio acuerdo a otros dos organismos previamente constituidos y en actuación desde hace ya mucho tiempo: la alianza creada por el pacto de Bruselas entre Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, y el Pacto del Atlántico Norte, que afecta a dichas cinco naciones, más Italia, Portugal, Dinamarca, Noruega, Islandia, Estados Unidos y Canadá. Ambos tienen planes distintos, celebran reuniones por separado y actúan independientemente. Y ninguno de los órganos permanentes creados por cada uno de los dos sistemas, ha podido pasar de la fase preparatoria a la de realización. Es decir, su labor ha sido hasta este momento prácticamente nula.

Todas las potencias europeas esperan a que Norteamérica les suministre el material bélico adecuado para armar a las nuevas divisiones suplementarias que se considera indispensable organizar, y que les facilite los fondos precisos para atender a la subsistencia de las mismas. Ello equivale a transferir a los Estados Unidos la carga total de organizar, equipar y sostener los Ejércitos europeos.

Gran Bretaña y Francia han destinado últimamente fuertes créditos para atenciones militares, pero haciendo la salvedad de que tales gastos desequilibrarán notablemente sus presupuestos y requerirán la continuidad de la ayuda económica yanqui. En el fondo, viene a ser lo mismo.

En los pasados días se han reunido en Londres los suplentes de los titulares del Consejo Atlántico, a fin de examinar los proyectos de rearme convenidos en reuniones precedentes. Se ha dicho que los programas inglés y francés están redactados en función de la ayuda de los Estados Unidos. El memorándum francés propone el nombramiento de Mando único, concentración y simplificación de organismos, "que son demasiado numerosos y se entorpecen los unos a los otros", como reconoce "Le Monde" y levantamiento de un empréstito a cubrir por todos los países adheridos, en cantidades proporcionales. Pero a esta última proposición se oponen los británicos, quienes manifiestan que preferirían "un préstamo y arriendo como el que instituyeron los norteamericanos durante la pasada guerra".

Los trabajos de la conferencia de Londres han producido en Wáshington, en general, más bien decepción que otra cosa. Mr. John Cooper, consejero republicano de Truman, ha dicho: "Me veo obligado a decir que comparadas por las necesidades actuales en tropas, en armamento y en material de defensa, las proposiciones de Francia e Inglaterra son insuficientes." A juicio del citado diario parisino, "una opinión muy extendida en Norteamérica es que el esfuerzo europeo no sería lo suficientemente intenso ni rápido. Los gobiernos tienen demasiados compromisos con los pueblos que temen crisis económicas y el descenso de su nivel de vida. Habrían de hacer creer que éste no sería afectado por el rearme."

La renuncia de Leopoldo III

«El objetivo propuesto ha sido alcanzado. Leopoldo abandona el trono ante la presión popular.» Tal podría ser el texto del comunicado oficial de los socialistas y de los liberales, después de someterse el rey de Bélgica a las exigencias de sus enemigos.

Pero la anterior fórmula nos daría tan sólo una visión muy parcial de los hechos; para que respondiera al desarrollo real de los acontecimientos habría que añadir algo parecido a lo siguiente: «La profunda división en el seno del partido católico, la irresolución y la cobardía de muchos, así como la sujeción del rey y de algunos de sus partidarios a las veleidades de unas prácticas democráticas conformes a los cánones de la doctrina liberal, han colaborado decisivamente en el éxito obtenido por los elementos revolucionarios.»

Si la noticia de la delegación de poderes del rey Leopoldo hubiese sido dada en una forma semejante a la indicada, habríamos ganado mucho en el conocimiento perfecto de los antecedentes de la actual situación en Bélgica; comprenderíamos mejor por qué el resultado final de la cuestión real ha sido tan distinto de lo que algunos esperaban, y nos daríamos cuenta de que la solución lograda es sólo provisional, ya que la destitución —es la palabra que mejor cuadra— del rey Leopoldo representa simplemente el prólogo de la farsa que muy pronto ha de representarse en el país de los flamencos y de los valones para alcanzar la última meta, es decir, la destrucción de la monarquía.

Muchos factores, de índole diversa, han conjugado sus fuerzas para destronar al rey. En primer lugar, la masonería se opone a la continuidad de la monarquía; si toleraba al Regente era únicamente como transición y porque contaba, en cierto modo, con su colaboración; de ahí los elogios prodigados a su persona, elogios que la secta guarda para sus serviles valedores. Con la masonería se han alineado los elementos republicanos; los que combatían el segundo matrimonio del rey, y no precisamente por lealtad al trono; los que soñaron con la destrucción fulminante del ejército belga y aun del país entero para evitar el desastre de Dunkerque; los que en el momento de la invasión por los alemanes huyeron lejos de su patria y levantaron la bandera de la resistencia más allá de las rocas de Dover, dejando al rey y a sus soldados que se arreglasen como pudieran; los partidarios más conspicuos de la unidad europea según la fórmula liberal en boga, para cuya consecución es imprescindible la destrucción de las instituciones tradicionales de los pueblos; los comunistas, en fin, que saben aprovechar los instrumentos que generosamente les brinda el sistema liberal.

Cuando han podido echar mano de los sufragios, los han aprovechado magníficamente; cuando éstos no han sido suficientes, la acción revolucionaria —en proporción, eso sí, mucho menor de lo que se ha dicho— y la amenaza

criminal han entrado en liza. Por el contrario, los partidarios del rey, y nos referimos concretamente a los dirigentes en general, se atascaron en el respeto a las normas constitucionales, pero llegado el momento supremo no se atrevieron siquiera a defender aquéllas del asalto organizado por los elementos turbulentos, en conexión con los revolucionarios profesionales.

Un hombre ha resumido externamente en su persona la dirección del movimiento antileopoldista: el señor Spaak. Él ha sido quien en los momentos cruciales ha salido a la plaza pública para proclamar y orquestar la consigna de cada hora; él ha llenado la prensa mundial con sus denuestos hacia la persona del monarca católico; él ha servido de conexión para unificar hacia el objetivo final las fuerzas dispersas que acudieron presurosas al cebo tendido por la secta. Por ello, el señor Spaak ha contado en la Asamblea europea de Estrasburgo con los votos del laborista Dalton, del conservador Churchill y del socialista Philip; el premio ha sido su reelección como Presidente de dicha Asamblea.

Pero, además, la secta ha sabido influir en varios gobiernos para forzar la marcha de los acontecimientos en contra de las justas aspiraciones de los belgas. En Estrasburgo no se ha satisfecho también la paga, y quien de alguna manera se convirtió en portavoz de intereses extranjeros.

La intervención concreta de los Estados Unidos y de Gran Bretaña en la cuestión real fué revelada hace ya algunos meses por testigos sin tacha. Así, el diputado liberal apellidado Joris, informó ante el Parlamento de Bélgica en estos términos:

«Un día fuimos convocados en la calle Loi para que examinásemos ciertos documentos. Dicha comunicación determinó la posición tomada por algunos, entre otros yo mismo, en el sentido de preconizar la retirada temporal o definitiva del rey.»

Y el ex Primer Ministro Van Acker manifestó, por su parte, lo siguiente:

«Tengo la convicción de que los americanos, y especialmente los ingleses, se oponen a la vuelta del soberano. He hablado con el embajador de Inglaterra y varios miembros de la administración militar, y todos creen que la abdicación es la solución mejor. También el embajador de los Estados Unidos me ha manifestado que el rey debe abdicar. Los aliados pueden abrir una puerta ahí, cerrar otra allá y bloquearlo todo. Lo que digo no es una suposición, sino una realidad: quieren que suba al trono el príncipe Balduino.»

Muy lamentable es que la amplia conjura internacional contra el rey Leopoldo haya logrado pleno éxito. Pero, ¿qué diremos de los políticos «leopoldistas» que, después de devolver al monarca su trono, le han abandonado en el instante más decisivo y han hecho causa común con los enemigos de la monarquía? — J. O. C.

El Papa Pío XII, acaba de hacer pública una Encíclica, HUMANI GENERIS, acerca de algunas falsas opiniones que amenazan corroer los fundamentos de la doctrina católica. CRISTIANDAD dará próximamente a conocer a sus lectores el contenido de este documento.

DOS GRATISIMAS NOTICIAS

De *L'Osservatore Romano* reproducimos:

«Estamos informados de que la Santidad de Nuestro Señor tiene en su ánimo el celebrar el lunes 30 de octubre un Consistorio Secreto para anunciar Su intención de hacer, el miércoles siguiente 1 de noviembre, Fiesta de Todos los Santos, en la Patriarcal Basílica Vaticana, la proclamación del dogma de la Asunción al Cielo de la Bienaventurada Virgen María.»

Y del *Mensajero Italiano*:

«La renovada Consagración del mundo a los Sagrados Corazones de Jesús y de María viene a marcar un progresivo camino de la Cristiandad hacia la realización de los deseos manifestados por el Corazón de Jesús y por María Santísima y deberá tener particulares efectos para promover la fe de los católicos.»

Unido al clero de Italia, el Apostolado de la Oración siente el deber de preparar espiritualmente a los fieles a la solemne consagración del mundo que el Padre Santo querrá renovar en este Año Jubilar.»

AYUDAD A LA PRENSA
CATÓLICA

N.º 1622

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

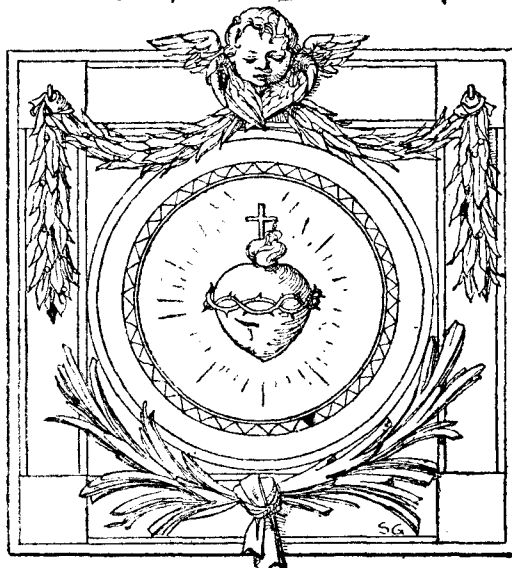
Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80, Apartado 8001.—**Madrid.**

Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3, **Madrid.**

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

EMISARIA
DE
CRISTO REY



SOR MARIA DEL DIVINO CORAZÓN

PRÓLOGO POR EL P. RAMÓN ORLANDIS, S. I.

PUBLICACIONES «CRISTIANDAD»

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Tel. 22 24 46

ARTICULOS DE METAL
PARA USO DOMESTICO

RICARDO MESTRES



Calle Breda, 7 y 9
Tranvía 54 a c/ Ecuador

Teléfono 23 27 54

BARCELONA (15)

J. GRENZNER MONTAGUT

INGENIERO

Construcciones Urbanas e Industriales
Obras Públicas

Ronda San Pedro, 27, 2.º, 4.º - Teléfono 21 20 58

BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

SABADELL

DETALLISTA... recuerde Vd. que

Comercial Ferretera, S. A.

es el primer almacenista de España
en baterías de cocina

Pasaje de la Paz, 5 - Tel. 21 98 21 - BARCELONA

*José Fontanals Hill
Hermanos*

♦ ♦

FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦

ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA